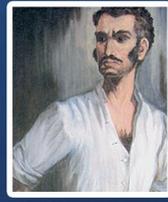


**UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
SECCIONAL CALI**

TEMAS CONTEMPORÁNEOS A LA ALTURA DEL BICENTENARIO

Grupo de investigación FYPC - CIDEH



**Compilador:
Alexander Muriel Restrepo**

Temas contemporáneos a la
altura del Bicentenario



**UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
SECCIONAL CALI**

*Temas
contemporáneos a la altura
del Bicentenario*

Grupo de investigación FYPC - CIDEH

Compilador
Alexander Muriel Restrepo

Santiago de Cali, 2010

© *Temas contemporáneos a la altura del bicentenario*

Compilador: Alexander Muriel Restrepo.
Grupo de investigación: Franciscanos y Problemas Contemporáneos
Centro Interdisciplinario de Estudios Humanísticos - CIDEH
Universidad de San Buenaventura
Colombia

© Universidad de San Buenaventura
 Editorial Bonaventuriana, 2010

Calle 117 No. 11 A 62
PBX: 57 (1) 5200299
<http://servereditorial.usbcali.edu.co/editorial/>
Bogotá – Colombia

El autor es responsable del contenido de la presente obra.
Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio,
sin permiso escrito de la Editorial Bonaventuriana.
© Derechos reservados de la Universidad de San Buenaventura.

ISBN: 978-958-8436-48-7
Tiraje: 300 ejemplares.
Depósito legal: se da cumplimiento a lo estipulado en la Ley 44
de 1993, decreto 460 de 1995 y decreto 358 de 2000.

Contenido

PROLEGÓMENOS	11
Palabras preliminares.....	13
La Universidad y el Bicentenario	
<i>Grupo de investigación FYPC</i>	17
Inventario a la luz del Bicentenario	
<i>Alexander Muriel Restrepo</i>	21
TEMÁTICAS URGENTES A LA ALTURA DEL BICENTENARIO	25
Afrodescendencia-nación: puntos de encuentro	
<i>Edna Carolina González Cardona</i>	27
La Política contra la diversidad	
<i>Delfín Igancio Grueso</i>	35
La mujer en la independencia y la independencia de la mujer	
<i>Judith Colombia González Erazo</i>	51
EL ITINERARIO DE LA INDEPENDENCIA	63
Un recorrido virtual por la Independencia	65
OTRAS VOCES, OTROS APORTES	71
El pensamiento político de Enrique Dussel: una respuesta al nihilismo del mundo contemporáneo	
<i>Carlos Andrés Méndez Sondoval</i>	83

LAS IMÁGENES REMEMORATIVAS.....	99
El vestuario de la independencia recreado durante el bicentenario	
<i>María Claudia Cabezas Charria</i>	101
La exposición de vestuario de la Independencia	117
Noche de gala por el Bicentenario.....	123
Imágenes de los concursos	127
LAS VOCES DE LOS ESTUDIANTES	131
Bicentenario: ¿Celebración de la Independencia	
<i>Estefanie González Córdoba</i>	133
Bicentenario de la Independencia de Colombia	
<i>Eylen Yanina Terán Martínez</i>	139
Un Encuentro Con Bolívar	
<i>Ricardo Andrés Urrutia Vivas</i>	143



I
Prolegómenos

Palabras preliminares

Presentación

El grupo de investigación Franciscanismo y Problemas Contemporáneos (FYPC), adscrito al CIDEH de la Universidad de San Buenaventura, seccional Cali, cuenta con dos líneas de investigación: una denominada *Ecumenismo y diálogo interreligioso* y otra *Sociedad y conflicto*; en el seno de esta última línea se desarrolla el trabajo de investigación *Permanencia crítica: Aspectos del conflicto en la educación superior*. Si bien el proyecto estudia las nuevas significaciones que envuelven a los agentes de la educación, estudiantes y profesores, y las formas como se asumen en la actualidad los contenidos académicos, los dispositivos y las didácticas mediante los cuales se transmiten, así como los espacios y temporalidades de la educación superior, también es cierto que ese nuevo ámbito de la educación, donde deviene un nuevo ser universitario, supone una relación de mutua influencia entre lo que podríamos denominar el adentro y el afuera que gira en torno a ese nuevo ser: en efecto, el afuera como ámbito en el que entran en juego situaciones más generales y determinantes –llámense sociales, culturales, existenciales, políticas, etc.– y el adentro que comporta el ámbito de los mencionados espacios y temporalidades de la educación superior –el campus universitario, las actividades académicas y de bienestar, las clases, las didácticas, los dispositivos, los eventos académicos, las relaciones, etc.–.

La tesitura de problemáticas que abordamos en el grupo de investigación, tiene aquella virtud de abarcar la generalidad, en tanto definida como problemas contemporáneos, lo cual incluye la visión franciscana; es decir que a la luz de lo que hemos denominado problemas contemporáneos, el grupo de investigación FYPC se mueve en una amplia instancia de cuestiones problemáticas que definen esta actualidad que nos ha correspondido vivir.

En este sentido, el grupo de investigación FYPC, se dedicó a lo largo del primer semestre de 2010, en el marco de la celebración del Bicentenario de la Independencia del país, a crear espacios de reflexión y escritura que pudieran aportar elementos de juicio en torno al ser colombiano, que particularmente es ser trabajador, ser mujer, ser adolescente, ser oprimido, ser marginado, ser universitario, etc. El ser colombiano, pues, y sus condiciones de posibilidad en un mundo que impone complejos y difíciles desafíos a la territorialidad nacional, estatal y cultural, es el epicentro de esta reflexión que hemos querido proponer en los diversos espacios académicos dispuestos y adecuados en el rigor de lo que podríamos denominar como nuestra mocedad bicentenaria.

Digamos que en este contexto, es necesario hilvanar los hilos conductores que van de la macro-tesis de problemáticas que atravesamos como comunidad colombiana hacia la micro-tesis del ser colombiano, siendo éste así signado por actitudes, comportamientos, quehaceres, dispositivos, normatividades, legislaciones, etc., que le hacen aparecer en su carácter de peculiaridad, pero atravesado por relaciones más amplias en las que se ponen en juego el poder, la normatividad, la juridicidad, la conflictividad, la solidaridad, etc.

Las actividades que el grupo de investigación FYPC ha realizado a lo largo del primer semestre de 2010, con la colaboración de facultades y unidades académicas, técnicas, y administrativas de la Universidad de San Buenaventura-Cali, son, en esa dirección, imperativos que mueven a la academia en procura de la construcción, transmisión y aplicación del saber, en aras de realidades mejores. Es desde este quehacer que podemos asegurar que estamos en capacidad de enfrentar los retos que el presente nos impone, como comunidad académica con responsabilidad, comprometiendo en ello la indagación científica, la imaginación artística, lúdica y, en forma específica, la relevancia de nuestro ámbito cultural que ha permitido cimentar una historia, sui generis, que nos obliga a preguntarnos por el lugar que ocupamos en un universo que cada vez más reclama la identidad, el reconocimiento, la integración, pero a la vez, la autonomía y la libre determinación de los pueblos.

Los espacios y eventos académicos que el Grupo de Investigación FYCP ha impulsado, han dado cuenta de diversas temáticas, urgentes de tratar en el contexto de este gran acontecimiento del Bicentenario:

- **La Lectio Inauguralis**, evento en el que se desarrollaron las conferencias “Inventario en la proximidad del Bicentenario” a cargo del profesor Alexander Muriel Restrepo, adscrito al CIDEH y “El papel de los franciscanos en la independencia de Cali”, a cargo de Fray Luis Carlos Mantilla Ruíz, OFM.
- **La Cátedra Abierta** contó con disertaciones pertinentes: Jean-Pierre Bastian, en torno a la pluralización religiosa, laicidad del Estado y proceso

democrático en América Latina; el profesor Delfín Grueso de la Universidad del Valle, en torno a la política contra la diversidad y Edna Carolina González Barona, investigadora de la Universidad del Valle, alrededor de afrodescendencia-Nación: Puntos de encuentro.

- **El Foro de Filosofía**, cuyo tema fue La mujer en la Independencia y la independencia de la mujer, a cargo de la investigadora de la Universidad del Valle, Judith Colombia González.
- **Las asignaturas electivas** programadas en torno al análisis de la historia de Colombia, contó con cátedras como La violencia política en Colombia, a cargo del profesor Alexander Muriel Restrepo.
- El periódico estudiantil **Bitácora**, cuyos números en el semestre tuvieron el aporte de un significativo grupo de estudiantes, con artículos pertinentes, a propósito del Bicentenario.

En los ámbitos artístico y cultural se realizó el acto de lanzamiento de las actividades pro Bicentenario el 16 de febrero, acompañado de una exposición de acuarelas de la Independencia y un concierto de guitarra con temas del folclor colombiano; en este mismo ámbito se realizó el 29 de abril el itinerario de la Independencia, o recorrido virtual por los acontecimientos y escenas de aquella época, con la asesoría académica del CIDEH y la implementación de herramientas de la informática a cargo del Ingeniero Víctor Peñeñory del Programa Ingeniería Multimedia; simultáneamente, se realizó la exposición de vestuario del siglo XIX con una participación muy destacada de las estudiantes del tercer semestre de Diseño de Vestuario, coordinadas por la profesora Maria Claudia Cabezas y en gran medida apoyados por Felipe Duque Aragón, director de dicho programa.

Igualmente se realizó entre el 17 de febrero y el 10 de marzo el ciclo de cine titulado Imágenes y memorias con la colaboración del Cine Club “24 x segundo” de Bienestar Institucional con películas de excelente factura estética, tanto nacionales como extranjeras, que promovieron la reflexión alrededor de nuestro legado histórico y cultural; esta magistral selección, así como la orientación del ciclo, estuvo a cargo del profesor Pedro Mario López.

El 19 de mayo el grupo de teatro Al teatro, de la Universidad de San Buenaventura, presentó su obra El Juglar del Maestro, en el Auditorio Central. Esta presentación, a cargo por el Departamento de Bienestar Institucional y el CIDEH,

significó una oportunidad para reflexionar con los estudiantes sobre el papel de la comunidad franciscana en la constitución de nuestra nación.

El 20 de mayo se llevó a cabo la gala cultural por el bicentenario, evento que coronó las actividades realizadas y en el que se desarrolló la premiación de los concursos de escrito, caricatura y antigüedades, en el marco de la celebración del Bicentenario a lo largo del primer semestre de 2010.

Por cierto, el éxito de estas actividades se debe al compromiso y el apoyo de un importante número de miembros de la comunidad bonaventuriana, entre quienes debe mencionarse a la profesora Carmen Edith Henao, de la Facultad de Educación, organizadora y gestora de las exposiciones y los concursos; a la profesora Liliam María Paz, de la Facultad de Arquitectura, que aportó valiosas ideas y esfuerzos en las actividades; a la profesora Viviana Andrea Ramón, de la Facultad de Derecho, quien apoyó en todo momento actividades académicas y culturales; a Ruby Chauz, directora del Departamento de Biblioteca, quien también brindó su valioso apoyo en materia organizacional, académica y logística. Asimismo, a los profesores María Elvira Arboleda, del Programa de Economía; Carlos Arturo Vargas, de Contaduría; Luis Mario Blanco, de Administración de Negocios; y Octavio Orozco, de la Facultad de Psicología, quienes siempre acudieron puntuales a sus compromisos adquiridos en estas actividades, a pesar de sus múltiples ocupaciones.

Agradecimiento especial extensible a las diferentes unidades que brindaron su expeditivo y solidario apoyo, como la Oficina de Comunicaciones y Protocolo, el Departamento de Audiovisuales, la Editorial Bonaventuriana, el Departamento de Control Físico, el Departamento de Idiomas, la Oficina de Presupuesto y el Departamento de Compras.

No puede olvidarse tampoco el reconocimiento que se merecen los docentes del CIDEH, los estudiantes que participaron en las actividades y los concursos, así como la ingente labor realizada por la secretaria del CIDEH, Ana María Chaves Pineda.

Finalmente, extendemos nuestro agradecimiento y reconocimiento al Rector, Fray Álvaro Cepeda Van Houten, OFM; al secretario de la Universidad, Fray Hernando Arias Rodríguez, OFM; y al director del CIDEH, Fray León Darío Gavía Rojas, OFM. Ellos constantemente mostraron su preocupación y disposición para que las actividades realizadas en el contexto del Bicentenario se dieran con el rigor y la altura que dicho acontecimiento ha requerido.

La Universidad y el Bicentenario

Grupo de investigación FYPC

Introducción

El grupo de Investigación Franciscanismo y Problemas Contemporáneos (FYPC), en la proximidad del Bicentenario de nuestra Independencia, en consonancia con las líneas de investigación que realiza en el contexto de problemas contemporáneos, coordina actividades significativas al interior de nuestra Institución, con el concurso de toda la comunidad universitaria, a la altura de tan magno acontecimiento y teniendo en perspectiva que es arduo aún el accionar en la construcción de la democracia participativa. Esta propuesta de actividades y eventos de diversa índole que se realizan a lo largo del primer semestre de 2010 es, en esa dirección, un comprimido del imperativo que mueve a la academia en procura de la construcción, transmisión y aplicación del saber; es desde este quehacer que podemos aseverar estar a la altura para enfrentar los retos que el presente nos impone, como comunidad académica con responsabilidad, comprometiendo en ello la indagación científica, la imaginación artística y lúdica y, en forma específica, la relevancia de nuestro ámbito cultural que nos obliga a preguntarnos por el lugar que ocupamos en un universo que cada vez más reclama la identidad y el reconocimiento en medio de la diversidad.

Contextos

A partir de un ejercicio hermenéutico que comporta lo rememorativo, lo interpretativo, lo didáctico y lo ejemplar, entendidos como componentes de la reflexión y la acción, se creyó necesario desglosar las actividades a realizarse a lo largo del primer semestre de 2010 en cuatro contextos:

1. **Contexto histórico:** que permitirá recrear los acontecimientos del 20 de julio, sus antecedentes y hechos posteriores, a través de lo que hemos dado en llamar itinerario de la independencia. Se trata de que en un lugar estratégico de la Universidad se ubiquen unas estaciones suficientemente documentadas, con computadores, con programas, con anuncios decorativos, ilustraciones, etc., que contengan información y enlaces con los temas pertinentes. Tiene carácter permanente.
2. **Contexto cultural:** que permita recrear, con matices teatrales, la vida de la época, la idiosincrasia, las costumbres, las actividades alrededor de la plaza, a través de lo que hemos denominado muestra cultural de la época, ubicada igualmente en otro sitio estratégico de la Universidad donde aparezcan elementos significativos como el mercado, la indumentaria, los productos, los alimentos, los utensilios, las curiosidades y los personajes. Tiene carácter cíclico.
3. **Contexto artístico:** que permita desde el presente hacer relevancia del pasado histórico que celebramos, a través de lo que hemos dado en llamar arte para el bicentenario, con actividades que involucren la música, la literatura, la caricatura, el teatro, entre otras manifestaciones artísticas. Tiene carácter permanente
4. **Contexto académico:** Que permita realizar un ejercicio académico que aporte elementos de juicio para la interpretación y comprensión de nuestro devenir desde las prácticas históricas propiamente dichas y utilizando los espacios institucionalizados por el CIDEH, como La Lectio Inauguralis, La Cátedra Abierta, El Foro de Filosofía y las asignaturas Electivas que se programarán para el análisis de nuestra historia. Tiene carácter permanente

Guía para la organización de algunas actividades

Muestra cultural de la época

1. Elección de un lugar estratégico, por ejemplo la plazoleta de biblioteca.
2. Recreación de la plaza de Santa Fe de Bogotá en un día como el 20 de Julio.
3. Destacar elementos costumbristas como: vestuario, edificaciones, el mercado, personajes en actividades trascendentales del momento, utensilios, simbolismos, etc.

4. Recrear, desde una representación teatral, aspectos de la vida cotidiana del instante histórico celebrado.

Arte para el Bicentenario

Actividades artísticas y concursos a lo largo del semestre, a saber:

1. **Concursos**, alusivos a la independencia en las siguientes modalidades:
 - Ensayo,
 - Caricatura,
 - Poesía,
 - Antigüedades
 - Floreros.
2. **Ciclo de cine histórico**: para lo cual se ha pensado en una selección de películas significativas como:
 - Quemada
 - Aguirre, la ira de Dios
 - La Misión
 - Doña Inés de Hinojosa
 - Napoleón Bonaparte
3. **Festival de la canción social** o con sentido nacionalista.
4. **Obra de teatro** que, desde la creación del grupo de teatro, recree algunos aspectos de la época rememorada, involucrando en tal propósito ironía, humor, crítica y otros elementos dinámicos.
5. **Gala cultural**, en el auditorio central que oficie a manera de cierre de la conmemoración con un concierto de la Filarmónica del Valle o una muestra de danza y baile con grupos reconocidos.

Los comités de ejecución

1. **Itinerario de la independencia**. Se sugiere que el comité encargado de pensar, diseñar y llevar a cabo el Itinerario de la Independencia esté conformado por representantes de las siguientes facultades y unidades de la Universidad: CIDEH, Derecho, Arquitectura, Diseño de Vestuario e Ingeniería Multimedia e Ingeniería de Sistemas.
2. **Muestra cultural de la época**. Se sugiere que representantes de las siguientes facultades y unidades conformen el comité encargado de pensar, estructurar

y realizar esta actividad: CIDEH, Arquitectura, Ingeniería Agroindustrial, Ingeniería de materiales, Diseño de Vestuario, Bienestar Universitario, Ciencias Económicas, Pastoral, Biblioteca.

3. **Arte para el Bicentenario.** Se sugiere que representantes de las siguientes facultades y unidades conformen el comité encargado de pensar, estructurar y realizar las diversas actividades artísticas: CIDEH, Bienestar universitario, Facultad de Educación, Psicología, Idiomas, Oficina de Relaciones Interinstitucionales.
4. **Academia para el Bicentenario.** Se sugiere que el comité encargado de pensar, organizar y llevar a cabo las actividades académicas esté conformado por representantes de las siguientes facultades y unidades de la Universidad: CIDEH, Derecho, Ciencias Económicas, Educación, Oficina de Relaciones Interinstitucionales.
5. **Logística.** Se sugiere que el comité encargado de apoyar e implementar logísticamente el ámbito de todas las actividades planeadas esté conformado por las siguientes unidades de la Universidad: Audiovisuales, Control físico, Comunicaciones, Almacén, Publicaciones, Departamento de Sistemas.
6. **Comité coordinador.** Encargado de coordinar la totalidad de actividades, desde el momento en que son estructuradas hasta su culminación. Se sugiere que esté conformado por un representante de cada comité.

Cada comité organizador debe ser instaurado a la mayor brevedad posible y aplicarse, con carácter de urgencia, a la labor de pensar, estructurar, organizar y poner en marcha las actividades correspondientes, colocando para ello trabajo en equipo, creatividad, sincronía, diacronía, dinamismo y pertinencia.

Inventario a la luz del Bicentenario

Alexander Muriel Restrepo*

La proximidad del Bicentenario de nuestra Independencia representa un buen pretexto para reflexionar sobre lo que hemos logrado como comunidad que se arroga el derecho de tener una de las democracias más estables e ininterrumpidas de América. En ese sentido, aspira a un reconocimiento dentro del concierto de las naciones que han adquirido mayoría de edad tanto por la vigorosidad de su institucionalidad y la plenitud de los derechos, como por la impronta de su idiosincrasia.

El ser colombiano, en otras palabras, presupone un trascender fronteras y unos acentos peculiares que nos han dado un determinado certificado ontológico de nacimiento. Quizás si esa trascendencia y peculiaridad del “ser colombiano” es verificable, entonces lo más importante que se ha logrado en su configuración, a partir de aquella gesta revolucionaria de enormes significados para nosotros, es precisamente esta noción ontológica de “ser nacional” forjada a punta de caracteres que devienen identitarios, prototípicos, consuetudinarios y problemáticos.

De hecho, esta peculiaridad nacional -no absoluta ni exclusiva porque nos conecta en muchas formas con el ser latinoamericano- que a partir de la Independencia y a lo largo de estos dos siglos intenta avanzar hacia una solidez republicana, intentando, a su vez, incorporar a través de un devenir por demás

* Profesor de tiempo completo, Universidad de San Buenaventura, Cali.

traumático, reconocimiento, unicidad y convicción. Sin embargo, dicha peculiaridad no basta por sí misma para adquirir certeza de plenitud en el sentido de contener ya de suyo los gérmenes de la libertad inscrita en terrenos de la justicia, la igualdad, la solidaridad y la inclusión. Bien sabemos que al intentar desplegar la historia patria como historia realizada desde aquel temprano accionar de los próceres, podríamos caer en juicios ahistóricos al pretender insertar estos conceptos como estandartes de una época tan prematura para ello como lo es nuestra gesta de Independencia.

La relevancia del pasado no admite caracteres de sublimación del tipo ¡oh gloria inmarcesible! puesto que estos significantes nos remiten a un tipo de razón suficiente desde la que establecemos una conexión absoluta entre lo que consagraríamos como las hazañas, los actos heroicos y los acontecimientos grandiosos de aquellas épocas y lo que a partir de ese pasado mítico se estatuye como lo posible, como lo realizado; a saber, que en surco de dolores el bien germina ya.

Lo problemático estriba precisamente en pretender desde el presente atribuirle al pasado caracteres de historia realizada. La gesta de Independencia ha sido utilizada eficazmente para establecerse como relato histórico primigenio que tuvo la virtud de instaurar la historia prometida, como terreno de ese bien realizado de una vez y para siempre. Tanto la dinámica conducente a poner o quitar atribuciones como aquella de inflar o sublimizar situaciones o acontecimientos para ser utilizados en los combates del presente, bien pueden significar perversiones mediante las cuales sea posible enredar los hilos conductores que desde el pasado hilvanan el presente que nos ha correspondido vivir y en el cual debemos actuar y, a partir de allí, justificar ese accionar.

Particularmente puede ser muy nocivo en este quehacer del presente asumir ante la celebración lo que denominaríamos postura carnavalesca, que es muy procedente en otras instancias, pero que en este caso no es otra cosa que un cierto estado de ebriedad ante el pasado erigido, por consiguiente, como epopeya. El pasado como epopeya, válido para exaltar desde la historia como narrativa el orgullo nacional, es posible que desde el rigor de la historia nos conduzca a un proceder que nos despoje de todo rigor crítico impidiéndonos, por tanto, hacer un balance consecuente de lo transcurrido y, con base en esto, una proyección bien ponderada del ahora y del porvenir.

Si bien hacer alusión al Bicentenario lleva implícitos los signos de significativas remembranzas, orgullos patrios y esperanzadores alicientes que sirvan de referentes importantes para la construcción de un país cada vez más definido

como espacio de la plenitud y de la convivencia pacífica; un país cada vez más incluyente y al alcance de todos y todas, no es menos cierto que esa relevancia del pasado pueda conducir a la tentación de caer en situaciones apoloéticas de lo que podríamos denominar una historia realizada, ante lo cual estaríamos proclives a cantar a coro el cese de la horrible noche. Por este camino, no es nada deleznable la eficacia de una masiva interiorización del júbilo inmortal que puede explotar merced a lo que se pregona como el bien conquistado.

Llegar a una especie de paroxismo en la celebración creo que pone en evidencia un poder manifiesto, pero también soterrado que, en gran medida, ha sabido arrogarse el derecho de ser el hacedor de la historia y desde allí regir y dictar el relato histórico; por esta vía muy posiblemente se llegue a glorificar y justificar a los vencedores de la historia a través de una historia de los vencedores.

Nuestro devenir, particularmente el devenir de Colombia, parece seguir siendo decimonónico: confinado a la figura bipartidista (que a la altura del presente parece configurarse en un monolítico y remozado frente nacional) como escenario de una corrupta economía del poder político; confinado igualmente a la espiritualidad religiosa como factor pretencioso de una fundamental cohesión social; a la perspectiva mesiánica del líder o el caudillo que nos lleve a buenos parajes; a la figura de un centralismo omnímodo en el poder –centralismo territorial y aristocrático- que se ha ofrecido como remedio de los peligros de fragmentación política y social; en fin, a lo que podría llamarse una tradición militarista que desde la colonia se ha ido acumulando, atraviesa el siglo XIX y aparecerá con nuevos vigos en la historia reciente del siglo XX y principios del XXI. Indudablemente otros lastres decimonónicos conservamos, pero al menos estos me servirán para bosquejar aquellas repercusiones ontológicas de nuestro “ser nacional”.

Me parece entonces que esta celebración del Bicentenario debe ser más bien la oportunidad para hacer un alto en el camino y reflexionar sobre lo que queda como acontecimiento efectivo que, tras la ebriedad de la conmemoración, nos lanza insoslayablemente a asumir la historia con ciertas responsabilidades y que para mis dominios inscribo, entre otros posibles, en terrenos de lo ontológico; es decir, una ontología de nosotros mismos a través de la cual nos constituimos en sujetos con connotaciones de ser colombiano y que comporta la responsabilidad de potenciar y construir realidades mejores; el devenir hacia lo mejor supone descifrar ciertas situaciones problemáticas que como lastre de su historia carga ese ser colombiano.

Bibliografía

- BIRULÉS, Fina (2000) (comp.). *Hannah Arendt. El orgullo de pensar*. Barcelona: Gedisa, p. 11.
- BLOCH, Marc (1979). *Introducción a la historia*. México: F. C. E, p. 38.
- CARR, Edward (1978). *¿Qué es la historia?* Barcelona: Seix Barra, p. 15.
- FALS BORDA, Orlando (1961). *Las revoluciones inconclusas de América Latina*; México: Siglo XXI, p.p. 17 – 33.
- FEBVRE, Lucien (1983). *Combates por la historia*. México: F.C.E., p. 180.
- FOUCAULT, Michel (2000). *Defender la sociedad*. México: F.C.E.



II
*Temáticas
urgentes a la altura
del Bicentenario*

Afrodescendencia y nación: puntos de encuentro

Edna Carolina González Barona*

La nación como un conjunto de situaciones que abarcan lo político, lo económico, lo social, lo cultural, lo ideológico y lo religioso se ha construido en un proceso complejo en todos los pueblos de este planeta. Colombia no es la excepción. Aunque en ella esta compleja construcción significó un proceso en muchas circunstancias sangriento, para poder constituir un paradigma de nación.

Y es que para Colombia la nación, o mejor dicho la construcción de nación, empezó desde los primeros asentamientos indígenas, y siguió con la llegada de los europeos, y por tanto también con la esclavización de los afrodescendientes. Desde entonces se han creado dinámicas sociales, económicas, culturales y religiosas que han incidido en la construcción de la nación colombiana.

El concepto de nación representa entonces un complejo en el que se mezclan un territorio, un idioma, una cultura y una historia común. Ahora bien, este proceso de construcción de nación en Colombia como paradigma ha pasado por una serie de representaciones y simbologías, de las cuales quisiera hablarles. Y con la independencia las élites locales empezaron a recrear el ideal de configuración de un estado y una nación que respondieran a las dinámicas ilustradas del momento.

* Historiadora de la Universidad del Valle. Integrante del Grupo Afrocolombiano de la Universidad del Valle GAUV.

Sin embargo, aunque políticamente el joven país pretendía separarse de su pasado colonial, ideológicamente el nuevo gobierno conformado por las élites coloniales todavía pensaba en ese ideal de civilización al modo europeo. Es decir que en el proceso de construcción de la nación colombiana el paradigma dominante ha sido un pensamiento eurocentrado.

Hemos visto como desde la independencia los sucesivos gobiernos han querido crear una nación. Así a lo largo del siglo XIX se aprueban y desaprueban constituciones con el ánimo de realizar un estado casi sin lograrlo, por los intereses políticos, económicos y sociales de una élite colonial, los cuales desencadenaron sucesivas guerras civiles, cuyas consecuencias vivimos aún en nuestros días. En este ambiente los afrodescendientes empezaron a construir, desde sus dinámicas sociales, otras formas de hacer país.

Pero, como lo hemos dicho, aunque Colombia es el resultado de una mezcla de distintas etnias como la indígena, la afrodescendiente y la europea, el arquetipo de nación que se configuró giró en torno a un ideal europeo, tanto social, como económico y político. Este ideal se plasmó en la idea de una homogenización de toda la sociedad con base en el paradigma de nación europea, para conseguir la tan mencionada modernización occidental.

Digamos entonces que la nación colombiana se empezaba a configurar en la ignorancia soterrada de la diversificación de su propia población. Pero para esta construcción de nación y pesar del orden establecido, los afrodescendientes empezaron a aportar social, económica, política y culturalmente a esa otra nación de la que no se quería hablar.

En ese sentido debemos empezar por hablar de los cimarrones y la formación de los palenques, como formas de resistencia al orden establecido. Estos movimientos no cesaron y constituyeron una forma de rebeldía y de organización muy especiales. Así los cimarrones por ejemplo apoyaron al movimiento de los comuneros al final del siglo XVIII, el cual fue la antesala de los movimientos independentistas.

Así los afrodescendientes empezaron procesos de disidencia con el cimarronismo. Y sin embargo en las nuevas estructuras del estado estos levantamientos poco se tuvieron en cuenta. En los textos de primaria y bachillerato poco o nada se habla del asunto. Aunque en 1851 con la presidencia de José Hilario López se promulgó la ley que ponía fin el esclavismo en Colombia, la situación social siguió siendo la misma, a pesar de toda la historia del cimarronismo. Esa construcción de nación que se trataba de edificar por medio de una constitución

fuerte, se desvanecía a cada instante por las sucesivas guerras civiles entre los partidos conservador y liberal durante todo el siglo XIX, y durante el período de violencia que vivimos en Colombia en el siglo pasado, y cuyas consecuencias, hay que decirlo, padecemos aún hoy.

Las diversas constituciones que ha tenido Colombia, total diez con la actual, durante el siglo XIX y gran parte del XX, reflejan esa casi imposibilidad de concebir una identidad común en torno a un mismo origen. Las instituciones y los gobiernos trataban de construir una nación a toda costa, pero al mismo tiempo negaban la realidad social, cultural y económica de esa construcción. Más bien en ese proceso de construcción de nación, como ya lo hemos dicho, Colombia se empeñó en realizar bajo la idea ilustrada de igualdad y fraternidad, y de construcción de una sola cultura, su postura de nación, y en cierto modo lo logró. Pero ese ideal de igualdad y fraternidad solo funcionaba para unos cuantos y no para todos en general.

Es así como, después de diez guerras civiles, catorce guerras locales, un sinnúmero de motines en el siglo XIX, Colombia durante la regeneración y bajo el gobierno de Rafael Núñez decide concentrarse en un solo paradigma para construir un estado y una nación fuertes de cara al siglo XX. Con ello la realización de la constitución de 1886 se basó en el orden, en el progreso, en la tradición y en una sola religión, o sea que se quería abrazar a toda la sociedad en un solo ideal que por supuesto no cobijaba a todos.

Es decir que para estos grupos políticos habían quedado atrás los ideales de la independencia, los ideales del cimarronismo y todo el paradigma de la resistencia. El proyecto político que tenían en mente para construir de una vez la nación colombiana, consistía en la construcción de una sociedad centrada en el conservatismo. Para ellos la nación y el estado eran los agentes de una homogenización completa.

Sin embargo en este contexto los afrodescendientes, en ese largo camino de construcción nacional, ya habían empezado a aportar a esa otra cara de nación. Esa de la que no se quería hablar. De esa otra nación en donde confluían otros territorios diferentes a Bogotá, de esa otra geografía fuera de la sabana y que hacía parte de Colombia. Entonces podemos decir que había dos naciones dentro de Colombia: la oficial, la de mostrar al mundo, y la real, la que se estaba construyendo soterradamente. Esa otra nación se revistió de procesos políticos y dinámicas de vida en los que convergían los afrodescendientes y los indígenas, mujeres y hombres.

Por ejemplo, en esa dinámica de la otra nación podemos hablar de la mujer afrodescendiente que desde que llegó a América no cesó de trabajar. Hacía parte tanto del entorno privado como del público. Y esto es algo sobre lo que se cuestionaría más tarde al feminismo de la igualdad. Este pequeño espacio de la historia complementaría lo que la otra nación construía. Habría que mirar las otras dinámicas sociales y económicas, las que ignoraron los que redactaron las diversas constituciones en este país.

Colombia quería construir una nación mediante la negación de la transversalidad de sus procesos sociales y étnicos. A este complejo país se lo quería encasillar dentro de la dicotomía colonial de lo bueno y de lo malo. Por ello la visión de progreso se materializó en la persecución de los ideales europeos, porque así se creía que se estaba haciendo algo bueno. De hecho me atrevo a afirmar que en Colombia todavía se piensa así, es decir se quiere imitar a Europa para conseguir eso que llaman la “civilización”. Y se piensa que lo demás, lo que no entra en este paradigma, supuestamente no sirve.

El sistema político colombiano se adentro en esta dicotomía fortalecido por los respectivos partidos políticos tradicionales. En ese sentido Colombia empezaba a construir el proyecto de nación mestiza, conservadora y con una sola religión, impulsado además por el ideal de raza europea. La colonialidad del poder ya se había edificado. Aníbal Quijano en el texto *Colonialidad del poder. Eurocentrismo y América Latina* nos dice que “uno de los ejes fundamentales de ese patrón de poder es la clasificación social de la población mundial sobre la idea de *raza*, una construcción mental que expresa la experiencia básica de la dominación colonial y que desde entonces permea las dimensiones más importantes del poder mundial, incluyendo su racionalidad específica, el eurocentrismo. Dicho eje tiene, pues, origen y carácter colonial, pero ha probado ser más duradero y estable que el colonialismo en cuya matriz fue establecido. Implica, en consecuencia, un elemento de colonialidad en el patrón de poder hoy mundialmente hegemónico”¹.

Colombia empezaba el siglo XX con una construcción de nación basada en la colonialidad mental y de poder, aunque ya se había independizado de España. Esto se respiraba en la nación oficial, pero en la otra nación, es decir la subalterna y subterránea, el mundo era diferente. En ese sentido poco a poco se iban creando unas dinámicas sociales profundas y diversas que no solo reunían a la

1. Quijano, Aníbal. *La colonialidad del poder. Eurocentrismo y América latina*.

población afrodescendiente si no también a todas aquellas personas que estaban excluidas del marco del proyecto de nación mestiza y de una sola cultura.

Esta concepción de nación desde una visión eurocentrada traía consigo consecuencias estructurales muy arraigadas, y por lo tanto no era posible concebir una comunidad diversa, por la restricción de la participación de otros grupos sociales. En ese sentido los ideales de nación del siglo XIX, los que han dejado un lastre hasta nuestros días, se basaban en ideas subjetivas de las élites tradicionales. Estas ideas los llevaban a defender su americanismo y dar cabida al mundo europeo, invisibilizaban y estereotipaban a los afrodescendientes, y representaban en realidad una estrategia política, económica y social de dominación. Sin embargo el aporte cultural y social fue y ha sido una forma de resistencia de los afrodescendientes, mediante el aporte de otras reflexiones y de otros conocimientos. De esta manera nos ofrecen otros paradigmas u otros cristales para mirar la realidad colombiana y por supuesto criticar ese ideal de nación en el cual la gran población no cabía.

Ahora bien la constitución de 1886, con su incidencia en toda la historia del siglo XX, configuró un ideal de nación en una sola cultura, pero sin modificar el orden establecido. Solo hasta el año 1991 del siglo pasado se estructuró el sistema político para cambiar una constitución retardataria y obsoleta. Solo hasta este año se reconoció política y legalmente que Colombia más que una nación mestiza es una nación diversa y pluriétnica.

La construcción de procesos sociales fue y aún continúan siendo elementos que hablan acerca de la realidad y a su manera se enfrentan al orden establecido, como una forma de comprender e interpretar una historia concreta. Los afrodescendientes empezaron a trabajar en ello. Por ejemplo las mujeres afrodescendientes que abortaban a sus hijos o hijas para evitar que siguieran siendo esclavizadas. También están las que fueron condenadas por brujas, como Paula de Eguiluz e Isabel Noble, las que con estas prácticas crearon un movimiento de resistencia y de disidencia en contra del orden establecido, y en ese sentido lo criticaron en su misma esencia, o sea en lo que lo caracterizaba principalmente: su miedo a lo diferente. La participación de Benkos Biojón en el Palenque de San Basilio es otro ejemplo.

Así también hay que nombrar a los comuneros de Tumaco liderados por Vicente de la Cruz, los que formaron las primeras revueltas a finales del siglo XVIII y además ayudaron a los motines de José Antonio Galán. A José Prudencio Padilla quien hizo parte del ejército libertador y estuvo en las más altas esferas de la

armada, y murió fusilado por defender sus ideales. Se dice que cuando le iban a quitar sus insignias le gritó al sargento al mando: “Estas insignias no me las dio Bolívar sino la República”. Otro aporte es el de Manuel Saturio Valencia quien fue fusilado por aportar otros conocimientos a la construcción de nuestra nación. A los empautados del Patía quienes con su resistencia, liderados por José Cinecio Mina, evitaron ser socados de sus territorios por culpa de la guerra de los mil días. A Diego Luís Córdoba quien fortaleció la educación en el departamento del Chocó.

En ese sentido también debe hablarse de la tradición oral como una forma de acervo cultural de la diáspora africana. Es así como los rezanderos, las rezanderas y las cantadoras hacían y hacen parte de la memoria oral de esta nación con sus aportes. A su vez la narrativa y la poética también representan esa historia ancestral y hacen parte del patrimonio intangible de nuestra nación. Por ello debemos hablar de Candelario Obeso con su libro *Cantos populares de mi tierra* a través del cual nos acerca al campesino de las orillas del río Magdalena.

Jorge Artel con sus libros de poemas relatan las vivencias de su tierra, y evoca el dolor y la nostalgia, y de esta manera conjuga una protesta poética con una tradición cultural. Manuel Zapata Olivella con *Changó el Gran Putas* nos acerca a la diáspora afrodescendiente. Arnoldo Palacios con su libro *Las Estrellas son Negras* nos comunica su convicción y orgullo de ser afrodescendiente. Alfredo Vanín con varias obras entre ellas, *El príncipe Tulicio: Cinco relatos orales del litoral Pacífico*. Las poetisas contemporáneas María de los Ángeles Popov con *Enwaginarsé*, María Teresa Ramírez con *Flor del Palenque*. Y desde la ciencia Raúl Cuero quien trabaja en la NASA y ya ha obtenido ya siete patentes por sus inventos.

Y aunque se me escapen muchos nombres, en ese proceso de construcción de nación intervienen muchos afrodescendientes de diferentes sectores sociales y culturales, los cuales aportan desde la cotidianidad. Estas personas no salen en la TV, ni en las revistas de la farándula pero están ahí trabajando con la comunidad desde diversas dinámicas. Yaneth Valencia y Vicenta son un ejemplo de ello.

Hay muchos ejemplos sobre procesos de resistencia de las personas afrodescendientes, pero este tipo de situaciones nunca fue escrita y descrita por la historia oficial colombiana. Entonces, para mirar estos conocimientos que ellos nos aportan, hay que buscar esas otras historias que están escondidas y desde ahí trabajar en la construcción, no de la historia oficial, sino de la historia que no se quiere contar.

Todos estos aportes nos dicen mucho sobre lo que somos y sobre nuestra realidad. Este pequeño esbozo sobre la construcción de nación de Colombia desde su independencia trae consigo que ad portas del bicentenario se reflexione sobre el concepto de nación que tenemos en Colombia. Lo más importante era empezar, y con la constitución del año 1991 se comenzó a construir una nación en donde se tiene en cuenta a toda su población, y esta transformación tenemos que decir que ya se inició.

Ahora la cuestión es seguir trabajando en ello, y en ese sentido las organizaciones sociales aportan realizaciones y realidades verdaderamente importantes. Y es que no es sólo las organizaciones de personas afrodescendientes, sino también las de las mujeres indígenas, las organizaciones lgbt y otros grupos. Lo más importante es decirle a Colombia por medio de procesos sociales y organizaciones sociales que también pertenecemos a Colombia.

Este tipo de dinámicas sociales hacen que le digamos a Colombia que se mire en su interior, desde su propia composición étnica y social, y que no trate de imitar ideales eurocentrados que poco o nada aportan a la reflexión de nación. El bicentenario de la Independencia de nuestro país significa mirar todos estos procesos de los que no se hablan, pues es evidente, que a los medios masivos de comunicación no les interesa este tipo de noticias. También es mirar nuestro sistema político y democrático y preguntarle cómo está trabajando en la construcción de nación.

Ahora bien, este proceso de nación continúa porque significa preguntar qué nos hace pertenecer a Colombia. También implica cuestionar la globalización, porque de hecho no se globaliza casi nada sino que se impone un ideal de nación para todo el mundo Y porque además se pretende homogenizar a casi todo un planeta por cuestiones e intereses económicos, sin siquiera mirar las particularidades de cada persona. Pues bien, este tipo de particularidades son el resultado de profundos procesos sociales, económicos, culturales e históricos que no se deben ignorar.

Es así como en el proceso de construcción de nación están incluidas también la crítica y la reflexión sobre nuestra sociedad, nuestra democracia y nuestra política. La pregunta a reflexionar es: ¿qué nos hace ser colombianas o colombianos?, y si a ello le quitamos la euforia por la selección Colombia y la tricolor ¿qué nos queda como nación? En esencia ¿qué nos hace ser colombianos y colombianas? ¿Será que en ese fervor interior cuando abrazamos nuestra bandera tricolor cabe los y las afrodescendientes, los y las indígenas, los gays, las lesbianas, los

discapacitados y discapacitadas, todos los de baja estatura, los y las del norte, los y las del sur, los y las de oriente, en resumen todas nuestras particularidades?

A manera de conclusión decimos que los afrodescendientes empezaron a configurar esta nación desde que llegaron a este territorio como mano de obra esclavizada, enriquecieron a otros y a otras, y edificaron todo un sistema económico. Y de esta manera no solo en este aspecto se ha contribuido al crecimiento de esta nación, como ya lo hemos hablado en este escrito, sino que incluso a partir de las llamadas brujas, así como de por medio de los procesos organizacionales y culturales actuales, se ha construido nación.

Por último tengo que decir que la construcción de nación va más allá de decir “Colombia es Pasión”. En este sentido nuestra construcción de nación seguirá mientras, como dice William Ospina, Colombia dignifique a su comunidad y le de oportunidades reales a la gente, a toda su gente.

La política contra la diversidad

Delfín Ignacio Grueso, Ph. D.*

En este año del Bicentenario de la Independencia de la Nueva Granada, tal como sucedió en las celebraciones del Centenario, se están realizando balances sobre el pasado y el futuro de nuestro país. Este es también el año del Centenario del Valle del Cauca, es decir que hace cien años se creó este departamento al separarlo del Gran Cauca, y también se supone que habrá mucha discusión acerca de qué ha sido y será esta región en el futuro. Además estamos viviendo el primer proceso electoral para elegir un presidente después de otro que estuvo en el poder durante dos periodos consecutivos. Esto no había ocurrido en Colombia desde que el intento del general Rafael Reyes de perpetuarse en el poder, hace ya cien años, fue impedido por un movimiento político republicano. El otro intento de hacer lo mismo, hace ya más de cincuenta años, por el general Gustavo Rojas Pinilla, fue también abortado por un levantamiento social. El actual intento por parte de Alvaro Uribe de lograr un tercer mandato como presidente acaba de ser declarado inviable por un fallo de la Corte Constitucional y ahora tendremos una campaña presidencial reñida, y esperamos que lo que resulte de allí implique un cambio en el destino político nacional.

Pero yo solo voy a referirme al Bicentenario, el cual por todas partes está suscitando valoraciones de lo que ha sido la historia de Colombia, de lo que fue realmente el proceso de lograr la independencia de la Corona española y el tipo de proyecto de nación que emergió de ese proceso, y las correcciones a ese proyecto que luego, en diferentes coyunturas históricas, se fueron haciendo.

* Docente Departamento de Filosofía, Universidad del Valle.

Comenzaré con la siguiente afirmación: la Independencia, de la que hoy celebramos doscientos años, no fue una revolución social, como lo fue en parte la Independencia de los Estados Unidos y lo fue indiscutiblemente la Revolución Francesa. Para aclararlo digamos que una independencia es un acto de cortar con el dominio de un gobierno exterior, pero que no representa una ruptura total, puesto que no amplía, como veremos en nuestro caso, la participación política de las minorías raciales por ejemplo; en cambio una revolución es una serie de cambios sociales e institucionales, presionados desde abajo, los cuales sí amplían la participación política de todos los grupos sociales. Así en el caso de Colombia, como sucedió además en todas las nacientes repúblicas hispanas, lo que se gestó entre los años 1810 y 1820 no fue en modo alguno una revolución social. Eso quiere decir que no hubo inmediatamente cambios sociales profundos, que significaran por ejemplo una inclusión política de los mestizos, los campesinos, y sobre todo de los indígenas y los negros, a la vida nacional. Lo que sucedió fue que las élites criollas, las que lideraban el proceso de liberación, se deshicieron del dominio español para que todo siguiera más o menos igual, en lo social y en las formas de subordinación y exclusión de la diversidad. Y aquí agrego otro dato fundamental: en Colombia no se llevó a cabo una revolución, pero tampoco se realizó una revolución posterior como sucedió en México y en Cuba, ni enfrentamos un populismo como el que vivieron en Argentina, Brasil y Perú. Diversos intentos de revolución a lo largo del siglo XX, si bien ampliaron la base educativa de la población, emanciparon a los negros y extendieron los derechos civiles, así como abrieron el comercio y establecieron el estado laico, no tuvieron la capacidad para definir, de una manera clara y contundente, la vinculación de amplios sectores de la población al proyecto de nación.

De eso es de lo que voy a hablar hoy, o sea del proceso de exclusión y de cómo se los incluyó, después de casi dos siglos, en la Reforma Constitucional de 1991, cuando se los consideró como parte de la Colombia real, de la Colombia oficial. Esa exclusión no fue tanto a través de la negación de derechos políticos, como en otras partes, sino a través de la negación de su existencia en el imaginario de lo que era la nación. A esta negación la llamo la negación política de la diversidad, y por ella entiendo la diversidad regional, religiosa, étnica y cultural. Pero voy a referirme casi exclusivamente a esta última y al modo como el racismo y el desprecio cultural encontraron siempre argumentos para excluir al otro, al resto del país, de lo que era el ideal de nación de las élites granadinas y después de las élites colombianas. Esta situación cambió, repito, en la Reforma de 1991, cuando al fin el carácter multiétnico y pluricultural de la nación vino a ser reconocido.

En mi presentación de esta situación, trataré de mostrar muy brevemente lo que ha sido este proceso de negación de la diversidad en Colombia, con relación al resto del continente; las similitudes y diferencias. Y luego me concentraré en dos figuras que guardan entre sí diferencias y similitudes, Francisco José de Caldas y Miguel Antonio Caro.

La diversidad en las manos criollas

Al momento de la Independencia las élites criollas estaban mal equipadas para organizar las nuevas repúblicas a partir del reconocimiento de la diversidad étnica y cultural. Si algo compartían con los españoles que acababan de expulsar de sus territorios, era su orgullo 'racial', su pretensión de estar por encima de la diversidad humana que estaba por debajo de ellas en la escala pigmentocrática, o sea en la escala que se establecía con base en las diferentes pigmentaciones o colores de la piel. Si bien las nuevas mentalidades políticas propiciaban nuevas organizaciones sociales y nuevos derechos, nada parecía inspirar en ellas, o en la mayoría de ellas, la posibilidad de darle un reconocimiento muy amplio a negros e indígenas en la construcción de la nación.

Si miraban al nuevo orden mundial que se estaba consolidando, las elites criollas no contaban con herramientas adecuadas para realizar esta construcción. Lo que se les ofrecía eran teorías y modelos que las excusaban de ir más lejos e intentar ese anhelo de eliminación u ocultamiento de la diversidad que el imperio español nunca hizo manifiesto y que, en cambio, caracterizaría la época postcolonial. Porque el propósito imperial de la Corona nunca fue el de crear una comunidad política igualitarista o republicana. La diversidad, lejos de ser un obstáculo, era prueba del carácter expansivo del dominio mismo, de la capacidad hispana para ampliar su lengua, su credo y la obediencia a su rey. Muy al contrario, los propósitos republicanos eran los de crear una comunidad política capaz de darles esa identidad con la que nunca habían contado frente a los españoles. Y no tenían ante sí sino dos modelos: aquel de corte moderno y liberal que se estaba abriendo paso con la independencia de los Estados Unidos y con la Revolución Francesa, y que inspiraba a los más osados artífices de la Independencia hispana, y el hispano-católico que, por mucho que dijeran odiarlo, era el más afín con su talante señorial.

En modo alguno, sin embargo, pretendo insinuar aquí el efecto de una costumbre o la acción continuada de una mentalidad colonial. Todo lo contrario, insistiré en señalar el rol que en esta exclusión va a jugar una serie de elaboraciones conceptuales, de factura claramente moderna, a cargo de los mismos constructores de

nación o de intelectuales de nuevo cuño. Eludo así un poco la tesis de la inercia, es decir aquella que no ve en la exclusión más que la prolongación de la lógica colonial dentro del nuevo orden republicano. No le niego cierta validez a esa tesis: ya la usaron ciertos voceros de las élites aduciendo que, por efecto perverso de su larga vida bajo instituciones coloniales, grandes sectores de la población carecían de las virtudes cívicas necesarias para la vida política. Lo extraño es que la sigan usando los académicos que quieren enfatizar lo que consideran una falta de lealtad de las élites hacia las ideas de la ilustración francesa y del liberalismo inglés, que pasan por haber inspirado su afán independentista. Esta lectura pretende mostrar que si las élites fueron desleales a esas ideas, lo fueron porque prefirieron defender intereses y posiciones heredados del orden colonial.

Dejar de lado la tesis de la inercia y más bien volver la mirada al rol jugado en la exclusión de la diversidad por ciertas elaboraciones conceptuales a cargo de intelectuales de nuestras élites, implica varias cosas. En primer lugar mostrar que esa exclusión fue en gran parte legitimada por un pensamiento social y político genuinamente criollo. En segundo lugar que este pensamiento, más que traicionar un pretendido ideario ilustrado y progresista, favorable a la inclusión, es la respuesta a un desajuste entre la parte puramente normativa de ese ideario y la valoración que las élites hicieron de la capacidad de la población americana para la vida política, según los cánones mismos del pensamiento político moderno. No niego que esa valoración dependía mucho de prejuicios propios de la mentalidad colonial frente a lo que no era cultura hispano-católica; lo que enfatizo es que el desajuste entre esa valoración y los ideales modernos, una vez percibido, obligaba a pensar en salidas autóctonas para la construcción de nación. En tercer lugar, aunque siguiendo desarrollos propios, ese pensamiento tomó su impulso inicial de filosofías y teorías científicas en boga, más de corte comprensivo que normativo que, no por ser más favorables al racismo, al desprecio cultural y la exclusión política, eran menos modernas que aquellas ponderadas como ilustradas y progresistas.

Luego volveré sobre esto, a propósito de la historia colombiana. Antes quisiera echar una mirada a lo que en otros países fue el intento de eliminar la diversidad étnica y 'racial' (básicamente negros e indios, pero también mestizos) del orden cívico, y a veces hasta del territorio nacional, por no considerarla compatible con la vida política². En algunos casos, la exclusión operó en términos absolu-

2. Martínez y Gallardo, por ejemplo, señalan que, para el caso del cono sur, habría que distinguir dos momentos en la relación exclusión-inclusión de los indígenas en el proceso de construcción de los imaginarios nacionales. Durante el periodo de guerra de independencia hubo "una fuerte sensibilidad hacia algunos aspectos (los más románticos e idealizados) de las sociedades indígenas precolombinas". Esta sensibilidad fue el primer discurso criollo indigenista. Luego "la situación cambió". La idea predo-

tos, desechando a los individuos sobre bases racistas y, en otros operó sobre las etnias y modos de vida, sobre la base de un desprecio a la diversidad cultural. En cualquiera de sus variables, esa exclusión corresponde a eso que, según Heraclio Bonilla, ha atravesado “el pensamiento social dominante: (la idea de que) es precisamente esa diversidad la que constituye el mayor obstáculo en la construcción de la identidad latinoamericana”³. En algunos casos solo se trató de una actitud despectiva hacia la diversidad étnica y racial, capaz de levantar *fronteras simbólicas* para excluir lo *otro* y sentar las condiciones necesarias para una nación civilizada. En otros casos, en cambio, se avanzó hacia legislaciones orientadas a controlar o eliminar amplios grupos poblacionales étnica y racialmente distintos.

Dependiendo o no de legislaciones, a menudo se desarrollaron prácticas cuyo objetivo Michael Mann no duda en calificar de ‘limpieza étnica’ y que obraron de manera análoga al genocidio. En general fueron políticas de *integración inducida*, *inmigración inducida* y *emigración inducida* que, eludiendo el exterminio físico, y solo apelando al desplazamiento de los indeseables a un calculado mestizaje, intentaron desaparecer físicamente a quienes no se quería conservar dentro del nuevo orden. En últimas, borrar a! otro del territorio expulsándolo o asimilándolo al prototipo que se quería potenciar⁴. Si en algunos casos se acudió a la fusión territorial o al mestizaje para desaparecer al étnica o racialmente distinto, en otros se impidió el mestizaje mismo prohibiendo la integración racial en un mismo vecindario o restringiendo el matrimonio interracial. También se ensayaron técnicas de limpiar étnicamente un territorio sin empujar los cuerpos fuera de él y sin forzarlos a recibir genes de otras etnias; también se ensayó la esterilización masiva, aplicada a mediados del siglo XX a ciertas minorías siguiendo políticas demográficas orientadas desde afuera y complacientemente aplicadas en las naciones, pues coincidían con el racismo de las élites: se trataba de eliminar una etnia sin eliminar su generación presente.

Estas medidas iban mucho más allá de la pirámide pigmentocrática propia del periodo colonial, orientado a dominar la diversidad, no a eliminarla, y obedecía a una preocupación evidentemente post-colonial: construir naciones dignas y soberanas. El pensamiento criollo que legitimaba esas políticas, por otra parte,

minante fue la de que las sociedades indígenas “representaban un peso (una parte del pasado colonial con el cual había que terminar”. José Luis Martínez, Nelson Martínez y Viviana Gallardo, “Rotos’, ‘cholos’ y ‘gauchos’: la emergencia de nuevos sujetos en el cambio de algunos imaginarios nacionales republicanos (siglo XIX), en *Nación, Estado y Cultura en América Latina*, Ediciones Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, Santiago, 2003. Pp. 161-162.

3. Heraclio Bonilla, “El choque de culturas y la inacabada identidad latinoamericana”, p. 159.

4. Ver Michael Mann, “La cara oculta de la democracia: la limpieza étnica y política como tradición moderna”, en *New Left*, 2002.

echaba mano de teorías ‘científicas’ y filosóficas sobre las ‘razas’ y sus virtudes, que solo pudieron desarrollarse en la Modernidad y, precisamente, en relación estrecha con preocupaciones propias de los estados nacionales europeos, necesitados de aclarar las relaciones entre la nacionalidad, la ‘raza’, la cultura y la religión. Algunas de estas teorías desarrollaron el racismo, en general una actitud tan antigua como la historia y tan extendida como la humanidad, como una ideología típicamente moderna y con formato científico que aquí llamaremos, siguiendo el uso de Tzvetan Todorov, *racialismo*⁵.

El racialismo tuvo dos variables: la primera, que no necesariamente apelaba al concepto de ‘raza’, hacía énfasis en la determinación de las condiciones climáticas y geográficas para la afirmación de la cultura y de las virtudes cívicas. La segunda, más claramente racialista, apelaba a las determinaciones genéticas, propias de una ‘raza’, que necesariamente son transmitidas de una generación a otra y que deciden la capacidad o no para la recepción y el cultivo de la cultura.

Claro que antes y después de estos intentos, la impaciencia muchas veces irrumpió y el racismo no esperó a sofisticar técnicas de dominio y purificación. En algunos casos, especialmente en las regiones de frontera, se acudió al menos complicado y más deseado recurso de las guerras, que consistía en eliminar *el desierto -lo indígena-* para abrir campo a la *civilización*⁶.

Modos paradigmáticos de desconocimiento de la diversidad en la historia colombiana

Creo que puedo afirmar que, sin desconocer algunas excepciones, la tendencia de desconocimiento de la diferencia no siguió en Colombia el expediente de la desaparición física del otro. Identificando algunos episodios centrales en relación con el manejo de lo que podríamos llamar, en la perspectiva de las élites, “el

5. Como bien dice Tzvetan Todorov, “el racialismo es un movimiento de ideas nacido en Europa occidental, y cuyo periodo más importante va desde mediados del siglo XVIII hasta mediados del XX”, Tzvetan Todorov, *Nosotros y los otros*, Siglo XXI Editores, México, 2003, pp. 115-116. Todorov identifica cinco tesis que constituirían, en general, el racialismo moderno: 1) La existencia de las razas (como especies diferentes, aunque todas hagan parte de la humanidad). 2) La continuidad entre lo físico y lo moral (las diferencias físicas determinan diferencias culturales). 3) La acción del grupo sobre el individuo (el comportamiento del individuo depende, en gran medida, del grupo racial al que pertenece). 4) Jerarquía única de valores (aparte de diferentes, las razones son superiores o inferiores a otras). 5) Política fundada en el saber (que es la proposición doctrinal derivada de las otras, que se suponen enunciados empíricos: hay que someter o eliminar a las razas inferiores). Op. Cit., pp. 117-119.

6. Sobre este particular, ver Susana Villavicencio, “José Ingenieros y el imaginario positivista de la ciudadanía”, pp. 108-123 y “Ciudadanos para una nación”, pp. 13-30.

problema indio”, no muy distinto, en términos generales, del “problema negro”, podríamos identificar dos o tres momentos o tendencias, intelectualmente muy validadas, de excluir la diversidad del proceso de construcción política de la nación. En algunos casos, incluso, la exclusión de la diversidad se da a través del aparentemente contrario propósito de redimir a las masas de lo que se consideraba su postración mental y su biológica decadencia. Más a menudo de establecer una jerarquía cultural basada en la geografía, ubicando el progreso y el desarrollo espiritual en el centro y en las tierras altas y lamentándose de la inevitable situación lastimosa de quienes viven en la periferia, en las tierras bajas, cerca a las costas y a los ríos, a donde la cultura no puede llegar. En general, creo que a lo largo de sus primeros cien años de existencia republicana, hasta donde se pudo, la forma predilecta de ignorar las identidades étnicas en Colombia consistía en achicar la frontera simbólica de la nación. Pero la insuficiencia de este recurso llevó a soñar con otras políticas para la eliminación de la indeseada alteridad; sueños que proyectaban un intento de eliminación genética de la alteridad (pero que nunca se transformaron en sostenidas políticas de Estado). Lo común a ambas situaciones fue la preocupación, que aguijoneaba a las *élites*, por darle un lugar decente a la nueva nación dentro del concierto internacional, lugar que ellas veían peligrar por lo que tomaban como una obstinada negativa de las *gentes de color* a ingresar por la ruta del progreso y la educación.

La inferiorización del territorio de periferia

Con relación a la población que en ese momento era esclava, la negra, recién abierto el periodo republicano, ella concentró un temor de desborde moral y social que inspiró toda suerte de argumentos para posponer el momento de abolir la esclavitud. El paternalismo criollo opuso desde un comienzo un instinto de casta a la promesa de abolición total de la esclavitud, que Bolívar le había hecho a Alejandro Petión, presidente negro de Haití, cuando este le ayudó con armas al comienzo de su campaña. Una gran parte de la nueva élite intentó preservar la gran hacienda y la mina como estructuras económicas centrales y para ello la esclavitud era esencial; para otra parte de esa misma élite, los modernizantes, la esclavitud debía abolirse; pero aun algunos de estos últimos se inquietaban con la idea del desborde moral. Estos últimos no acababan de ponerse de acuerdo: los negros debían ser libres porque así lo imponía el proceso modernizador, pero no se los dejaba libres porque no estaban listos para ser libres (argumento que luego repetiría Miguel Antonio Caro para el caso de los indígenas)⁷. Cuando

7. Basta con recordar los argumentos, que expresando un temor a un posible desborde moral y social, impidieron, recién ganada la independencia, abolir la esclavitud. Basta con recordar las paradojas que

por fin la abolición de la esclavitud llegó, el negro siguió ocupando el nivel más bajo en la escala de estimación racial en el orden simbólico y cultural, al menos en buena parte de las regiones colombianas.

Ahora bien, en la representación simbólica de la nacionalidad colombiana que se hacían las élites, por estar relativamente ausentes de los centros urbanos del altiplano, los negros no constituían un problema considerable, como tampoco lo constituían los indios que habitaban en las riveras de los ríos de la Orinoquia y la Amazonia, que también podían ser más o menos ignorados. Frente a todos ellos se podía optar por lo que Ane-Marie Losonczy denomina la diferencia entre la frontera legal del Estado y la frontera patriótica, siempre más pequeña que la primera, lo que se logró amputando “simbólicamente la región amazónica, la costa pacífica y una parte del oriente en pro de una región andina, única cuya historia se consideraba la colombiana”⁸.

El historiador Alfonso Múnera, al referirse a esta tendencia, encuentra su génesis intelectual en Francisco José de Caldas, el héroe científico de la Independencia. Allí encuentra la justificación de esa “intrínseca relación de los discursos de las élites criollas colombianas del siglo XIX sobre raza y geografía con la construcción de la nación”⁹; lo que en últimas se traduce en una tendencia a minusvalorar territorios a través de la idea de frontera. El éxito de esas imágenes, construidas por Caldas y seguidas por otros intelectuales, es que terminaron por enseñarles a los colombianos cómo verse a sí mismos como nación. Y esa enseñanza mezclaba la minusvaloración de ciertos territorios y, a través de ellos, el cuestionamiento a la capacidad de negros e indios para acceder a la figura cívica de la ciudadanía.

Múnera se refiere a dos estudios donde Caldas conecta las ‘razas’ con la geografía: “Del influjo del clima sobre los seres organizados” y “Estado de la geografía del virreinato de Santafé de Bogotá, con relación a la economía y al comercio”. Pero hay que advertir, para comenzar, que esos estudios no tienen una vocación política, ni están proyectando políticamente una idea de nación. ¿Qué es, entonces, lo que ve en él Alfonso Múnera para catalogarlo como el precursor de

luego rodearían esa abolición, gracias a una guerra liderada por Tomas Cipriano de Mosquera, única revolución armada que en la historia colombiana ha llegado triunfante a la capital y de la cual fueron protagonistas los negros macheteros del Cauca. Es paradójico que, lograda esa emancipación, bajo el gobierno de Hilario López, Tomas Cipriano de Mosquera, una vez aplastado el levantamiento conservador contra esa abolición, se hubiera llevado sus esclavos para venderlos en el Ecuador.

8. Anne-Marie Losonczy, “Hacia una antropología de lo interétnico: una perspectiva negro-americana e indígena”, pp. 269-270.
9. Alfonso Múnera, *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano* (2005). Bogotá: Planeta, pp. 21.

la nación excluyente de la diversidad étnica y cultural? Lo concreto es hacer avanzar algunas tesis sobre la relación entre los pisos térmicos, las 'razas' y la cultura. Para comenzar, fija en 4.900 yardas el "término superior a donde ha llevado el hombre la cultura y los ganados"¹⁰ y, cuando habla de las poblaciones que viven en las tierras bajas, expresa un claro determinismo geográfico, más claramente climático. Al hombre que vive a orillas del Magdalena, lo presenta "casi que desnudo, (con) una red, una hamaca (y) algunas plataneras que no exigen cultivo, (que) forman sus riquezas". Un hombre de ideas tan limitadas como sus bienes y para quien "el reposo y el sueño hacen sus delicias". En fin, un hombre moralmente limitado¹¹. Distingue entre los indios suaves de las cordilleras, más blancos y de carácter más dulce, capaces de pudor, recato, con costumbres moderadas y ocupaciones tranquilas, e indios del océano Pacífico, cuyas mujeres tienen rostros varoniles; pueblos taciturnos, tan graves, tan serios en el tiempo de sus trabajos, y capaces de escuchar durante tres a más días el mismo sonido monótono de un tambor¹². Muestra a los mulatos como altos, esbeltos, con una mano en el remo y la otra en el cuchillo¹³. Y de todo eso deriva consecuencias para el trabajo y la cultura. Pero, repito, no habla de construir una nación: por el tiempo en que escribe estos ensayos, Caldas ni remotamente piensa en la posibilidad de que la Nueva Granada sea independiente de España.

Pese a eso, Múnera tiene razón en lo esencial. Sin que se lo volviera a leer ni tuviera una expresa influencia en otros intelectuales a este respecto, Caldas inaugura un gesto de nuestras élites de relacionar las etnias y las razas con la geografía y de derivar de allí conclusiones políticas. Lo que podríamos llamar *el caldismo*, muy a pesar de Caldas, es esa actitud de refugiarse en el altiplano y mirar, desde lo alto, como desde una acrópolis, el mundo allá abajo, donde hay zancudos y negros, indios y víboras. Porque estos sectores racialmente diferenciados son los que constituyen, desde el comienzo, la alteridad frente a la cual se forma la nación cívica. Esto prefigura un orden simbólico y cultural capaz de definir los contornos civilizados de la patria; un lugar donde la civilidad podría ponerse a salvo no solo del alcance del negro y del indio, algo que marcó claramente y por mucho tiempo a los intelectuales del altiplano. La geografía así termina

10. Francisco José de Caldas, "Del influjo del clima sobre los seres organizados". En: *Francisco José de Caldas. Obras completas*. Universidad Nacional de Colombia, 1966, p. 94.

11. Francisco José de Caldas, "Estado de la geografía del virreinato de Santa Fe de Bogotá, con relación a la economía y al comercio". En: *Francisco José de Caldas. Obras completas*. Universidad Nacional de Colombia, 1966, p. 203.

12. Caldas, "Del influjo del clima sobre los seres organizados", p 96-100

13. Caldas, "Del influjo del clima sobre los seres organizados", p 98.

ofreciéndoles a estas élites una solución consistente, como dice Anne-Marie Losonczy, en apuntar “simbólicamente la región amazónica, la costa Pacífica”.

Encoger la frontera de la patria, sin embargo no solucionaba el problema con los indígenas de los valles y las tres cordilleras. Ellos constituían el verdadero “problema indio” porque se percibía que si permanecían encerrados en los resguardos eran un obstáculo para la modernización de la agricultura, y que si se los disolvía en la sociedad eran la causa de la guerra, de la alta criminalidad y la baja productividad. Frente a ese problema el siglo XIX conoció distintas soluciones, de las cuales quiero destacar tres:

1. El proyecto de Bolívar que apuntaba a la disolución de los resguardos indígenas, con los que la corona española había organizado finalmente el asunto poblacional indígena en las regiones centrales del país. La idea del Libertador era romper eso que consideraba una arcaica institución, hacer sus tierras enajenables y forzar a los indios, ahora propietarios y hombres libres, a ser ciudadanos plenos de la nueva nación. Ese proyecto sin embargo solo apuntaba a las comunidades étnicas del interior.
2. La Ley 11 de 1874, de orientación liberal, la que se dirigía a las comunidades indígenas de frontera, básicamente de los llanos orientales, consideradas ‘tribus no reducidas’, y con las cuales se intentaba establecer “relaciones regulares y pacíficas para fomentar su civilización y asegurar la tranquilidad de las poblaciones civilizadas establecidas en el mismo territorio”¹⁴.
3. La Ley 89 de 1890, de clara inspiración conservadora y proteccionista, y con carácter transitorio. Buscaba lograr la asimilación de los indígenas en un plazo de 50 años, pero los conservaba en los resguardos mientras tanto y se los entregaba, para ser civilizados (en un principio, evangelizados), a las misiones religiosas. Clasificaba a los indígenas en tres categorías: ‘salvajes’, que tenían que ser evangelizados, ‘semisalvajes’, que estaban en proceso de evangelización y ‘civilizados’, o sea evangelizados¹⁵. La ley se dirigía más en concreto a los civilizados, que podían autogobernarse mediante el cabildo, al cual se le entregaba la tarea de manejar la economía del resguardo, llevar el censo de la población y administrar la tierra, así como aplicar justicia.

En esta última, y en la personalidad de su inspirador, Miguel Antonio Caro, quisiera detenerme, porque él practicaba un modo no racista ni racialista de

14. Ver Beatriz Eugenia Sánchez, “El reto del multiculturalismo jurídico. La justicia de la sociedad mayor y la justicia indígena”. En: *El caleidoscopio de las justicias en Colombia*, tomo II, p 15.

15. *Ibid*, p. 16.

excluir la diversidad, sino uno que pudiéramos llamar imperialista cultural, más concretamente un imperialismo cultural hispanófilo y católico a ultranza. Finalmente me referiré al uso que hicieron algunos intelectuales colombianos del discurso eugenésico, el que, basado en cierto acervo con formato de ciencia, hablaba de razas puras e impuras, de razas inferiores y superiores; un discurso que fue crecientemente acreditado hasta que llevó a la catástrofe del nazismo y luego se desacreditó, pero que aquí en Colombia sirvió para explicar por qué nuestro problema nacional era que teníamos muchos indios o muchos negros o muchos mestizos, o que nos habían conquistado los españoles y no los ingleses. Como pueden ver, aunque ya nadie pretende que esto se pueda sostener científicamente, para explicar nuestros problemas, ese tipo de explicaciones todavía operan como estereotipos para explicar nuestro atraso.

En fin, hablaré de tres modos de excluir la diversidad. Si los tres modos quedan bien diferenciados, mi presentación habrá cumplido con el propósito central.

La solución asimilacionista cultural

La figura de Miguel Antonio Caro es, a este respecto, un poco más compleja. Para comenzar digamos que es un férreo defensor de la herencia hispana y de la religión católica, la cual erigen como guía suprema para organizar las nuevas naciones. Eso ya hace de él alguien que va en contravía de la tendencia dominante en el resto de Hispanoamérica, como lo enfatiza Jaime Jaramillo Uribe. Porque es evidente que la herencia hispano-católica no sale a menudo bien librada del examen sociológico que emprenden los más prominentes ideólogos del nuevo orden político, cuando se preguntan por las condiciones necesarias para la construcción de naciones¹⁶. Esa herencia es, tanto como la existencia de las poblaciones indias y negras, una de las razones para volver la mirada, en busca de inspiración, a las teorías racialistas; actitud que, según Jaramillo, en el resto del continente se personifica en el argentino Juan Bautista Alberdi. Lo que tiene en mente Jaramillo, al poner como ejemplo a Alberdi, es esa consigna de ‘desespañolizar’ a América y ese modo como, al hacer hincapié en la contraposición entre civilizado y bárbaro, lo hispano casi queda más bien del lado de lo bárbaro, como lo que todavía no llega al *ethos* industrial que Al-

16. Mientras la tendencia generalizada y avasalladora “propuso como solución de sus problemas la orientación de América sobre la base de una educación fundada en los valores propios de la conciencia burguesa y del hombre moderno tal y como lo concebían los distintos matices del positivismo”, la de Caro “proclamaba la continuidad de la tradición hispánica como única manera de conservar la autenticidad espiritual y mantener una equilibrada organización política” Jaime Jaramillo Uribe, *La personalidad histórica de Colombia* (1994). Bogotá: Ancora Editores, pp. 49-51.

berdi tiene como referencia. Para él, y para otros, la civilización no se logrará mediante legislaciones sabias, sino a través de cambios en la población, de una transformación racial y biológica de la misma. En esto Alberdi (como Sarmiento, según Jaramillo) evidencia una profunda convicción en la superioridad racial anglosajona. Facilitar la inmigración anglosajona, entonces, es una fórmula para combatir el desierto (el despoblamiento y la falta de un *ethos* industrial)¹⁷. Y todo eso, como ya vimos, está en clara sintonía con las fórmulas de ingeniería social estudiadas por Mann.

Caro va en otra dirección. Su modo de construir nación no busca eliminar a nadie, sino educar a todos. Eso haría de él, en principio, un aperturista, pues para él la participación política está abierta a todos, a condición de que acrediten los méritos, culturalmente idealizados, que convierten a alguien en un miembro pleno de la comunidad política.

Esto esencialmente es verdad. Pero, como ocurría con la tesis de Múnera sobre Caldas, esta de Jaramillo sobre Caro también requiere ser matizada. Es evidente que Caro toma distancia de la posición que reprueba la diversidad a partir de un examen naturalista de la misma; uno que ata a una parte de la población a estados insuperables, lo que justifica que sea puesta al margen de la vida política. Caro no es un racialista, ni acepta esa invasión de los métodos propios de las ciencias naturales en el estudio del ser humano, su sociedad y su cultura. Por el contrario, esa es su gran batalla y para ella unifica a sus adversarios bajo el rótulo de 'positivistas' y 'utilitaristas'. De no ser, como él, un católico ferviente y un hispanófilo, los estudios de Caldas hubieran merecido de Caro el mismo rechazo que le merecieron los estudios del novelista Jorge Isaacs sobre las tribus indígenas del Magdalena¹⁸. Allí está la gran diferencia.

Pero no debe confundirse apertura a todos los individuos, sin discriminación racial, con apertura a todas las culturas y etnias. Como ocurre con el modelo liberal, con el modelo católico-centralista de Caro la diversidad va perdiendo toda opción de resistencia cultural; pero no porque, como ocurre con el liberalismo, las minimice y casi las privatice, haciéndolas políticamente irrelevantes, sino porque impone su desaparición como condición para la aceptación de todos

17. Ibid, pp. 57-58.

18. Me refiero al ensayo "Estudio sobre las tribus indígenas del Magdalena, antes provincia de Santa Marta", publicado por Jorge Isaacs en 1882. Caro reacciona contra él en un artículo publicado en *Repertorio Colombiano*, en 1887, acusándolo de imitar mal a Darwin, autor también preferido por él en sus ataques. Ver a este respecto "Ciencia y fe: Miguel Antonio Caro y las ideas positivistas", Leonardo Tovar, en *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*, edición a cargo de Rubén Sierra, Universidad Nacional de Colombia, 2002.

en la vida nacional. En esto Caro es tajante. En la construcción de la nación las etnias y culturas tienen que desaparecer y esto se logra a través de un estándar que opera como un centro al cual tienen que acercarse desde la periferia los otros, para que puedan reclamar su derecho a ser parte integral de la comunidad política. La exclusión al modo de Caro, que pasa por ser inclusión, se decide por una civilización superior, la hispano-católica, a la cual todos pueden acercarse y en virtud de la cual pueden reclamar su derecho a ser miembros de la comunidad política. Aquí, evidentemente, los individuos no son excluidos sobre bases biológicas; no hay una insuperable incapacidad determinada por la 'raza'. Su hegemonía católica, por otra parte muy similar a la impuesta en otras partes de América hispana, admite a todo aquel que abandone ciertas situaciones de origen que son declaradas (las condiciones, no los individuos) incompatibles con la vida política. Todos los individuos de la nación colombiana son potencialmente aptos para la vida cívica si se acercan a los intelectuales, ya no en su categoría de científicos sino de tipos ideales de una cultura compatible con la civilidad, los cuales se erigen en el modelo social a ser imitado. Mestizos, negros e indios son invitados, como individuos, y no como colectividades, a dar un paso adelante y hacerse merecedores de su inclusión en la comunidad política.

La tentación eugenésica

Pese al éxito de la regeneración de Caro y Núñez, como régimen político, la cuestión de la diversidad, en formato racial, siguió rondando como preocupación en la mente de muchos intelectuales. Y me gustaría cerrar mi intervención con lo que podríamos llamar la tentación eugenésica, mediante la cual el racismo alcanzó en Colombia su máxima expresión, ya entrado el siglo XX.

Si Caro podría conceder que los indios del altiplano eran la mejor avanzada del indio civilizado, buena parte de la intelectualidad interesada en explicar nuestro atraso como nación no pensaba así. O, como dice Aline Helg, no veían como suficientemente culturizadas a esas masas bárbaras y peligrosas que se emborrachaban con chicha y "no tenían nada en común con las élites cosmopolitas y ciudadinas que ellas estaban habituadas a frecuentar ni con las europeas a las cuales querían imitar"¹⁹.

Así cuando a comienzos del siglo XX se hizo urgente explicar, tras las cien mil muertes de la *Guerra de los Mil Días*, lo que se entendía como el carácter violento del pueblo colombiano, los indígenas del altiplano fueron fácilmente

19. Aline Helg, *Civiliser le peuple et former les élites, L'éducation en Colombie, 1918-1957*, p. 93.

el chivo expiatorio y el centro de elucubraciones cuasi-científicas con las que algunos intelectuales colombianos se vincularon al debate que se estaba dando en otras partes sobre la higiene, la antropotaxis y el orden social y la que se llamó entonces la *degeneración de las razas* y de la cual se conocieron y repitieron en el país varias tendencias²⁰. En efecto allí hicieron presencia quienes tomaban como una maldición haber sido conquistados por españoles, y no por ingleses o franceses, y quienes defendían el talante español como la mejor salvaguarda contra el racionalismo francés o el frío pragmatismo anglosajón; quienes propugnaban por abrir las puertas a los inmigrantes europeos para mejorar la raza, y quienes invitaban a cerrarlas para evitar la contaminación de nuestro tipo racial propio²¹; quienes pensaban que todas las razas, incluyendo la negra y la india, eran fuertes en su estado puro y que la degeneración provenía del mestizaje²², y quienes veían en el mestizaje el mejor camino para eliminar las razas indeseables.

Paradigmático de todos estos discursos fue el ensayo de 1918, de Miguel Jiménez López: “Nuestras razas decaen. El deber actual de la ciencia”. Jiménez trataba de probar la degeneración colectiva del colombiano a través de su talla pequeña, sus pocos glóbulos rojos y su temperatura inferior a la normal, producto, según él, de la mezcla de los colonizadores españoles, aventureros inmorales, y de los indígenas, inmorales aún antes de la colonización. Eso explicaba la locura y la criminalidad, la frecuencia de las guerras civiles, el recurso al suicidio, el alcoholismo y la sífilis. Jiménez recomendaba propiciar la higiene y traer en cambio nórdicos, que habían sido altamente decisivos en el progreso de los Estados Unidos²³. La recomendación de Jiménez y de otros de traer extranjeros al país

20. Los participantes en este debate fueron, entre otros, Miguel Jiménez López, Jorge Bejarano, Calixto Torres, Luis López de Mesa, Lucas Caballero, Alfonso Castro y Simón Arango. Esta discusión se entronca con otras que se estaban dando sobre la identidad del antioqueño, por un lado, y con la necesidad de un proyecto de orden nacional conservador, por el otro. Figuras centrales del primer debate fueron Tulio García y el filósofo Fernando González. Figura central de lo segundo fue Laureano Gómez. Sobre este debate, aparte de otras obras citadas aquí, consultar la monografía de grado de Henry Holguín R., *Descripción y análisis de la polémica sobre la raza en 1920 en Colombia* (1994). Cali: Universidad del Valle.

21. Jorge Bejarano hacía hincapié en que “no es lógico ni conveniente que nosotros queramos sujetar nuestra fisiología dependiente del clima, presión atmosférica, etc., a las normas de lo que suceda para el hombre europeo”, citado por Henry Holguín, op. cit. p. 15.

22. Miguel Jiménez, por ejemplo, pensaba que “todas las razas componentes de nuestra población actual fueron en algún tiempo superiores a lo que hoy son”, citado por Henry Holguín, op. cit. p. 22.

23. El hecho de que un médico conservador como Jiménez quisiera minimizar la sangre española apelando al recurso de los nórdicos y mirara con admiración a los Estados Unidos, era doblemente excepcional. En primer lugar, desde *La regeneración* los conservadores tendían a ponderar positivamente la sangre, los valores y el catolicismo español como la única defensa contra la barbarie nacional, como lo prueba el discurso de Laureano Gómez, que defendió una colombianidad expresada en ciertos valores morales de la teología española de los siglos XVI y XVII, contra liberales y masones, negros e indios, comunistas y judíos, evangélicos y ateos.

no fue la dominante, pues Colombia, a diferencia de otros países latinoamericanos, no acogió con convicción la creencia de que “gobernar es poblar” y poblar es traer europeos. Jorge Bejarano por ejemplo recomendaba usar la raza negra para regenerar los pueblos mestizos e indígenas de las montañas²⁴ y luego, planteando una variante de la raza cósmica del mexicano José de Vasconcelos, el filósofo Fernando González apelaría al ‘gran mulato’, tipo de hombre superior que recoge todas las virtudes de las etnias nacionales²⁵.

La cuestión de la raza no fue exclusiva de intelectuales del altiplano. González era antioqueño, aunque se diferenciaba de los antioqueños puristas, interesados en demostrar que su región se encontraba a salvo de la degeneración nacional y libre de indios –al menos de *indios de raza india*– y judíos²⁶. El más importante de estos autores antioqueños, el médico y sociólogo Luís López de Mesa, daba por sentado que había razas inferiores que había que asimilar mediante el cruce de sangres, revirtiendo el proceso allí donde la sangre limpia andaluza había perdido su original ventaja frente a “la mucha influencia que pequeñas cantidades de sangre aborígen y africana retienen en las mezclas de nuestra población”²⁷. La cosa, sin embargo, no se podía hacer con etnias nacionales si de verdad se quería entrar de lleno en la civilización contemporánea²⁸. Había que introducir ciencia y espíritu sajón, ingredientes necesarios para regular la ruinosa imaginación del habitante del trópico²⁹. En un trabajo donde clasificaba al *hispano-chibcha*, al *mestizo-caribe* y al *mulatoide*, López terminaba por recomendar la inmigración, pero no de inmigrantes bárbaros (indostánicos, árabes, gitanos, judíos o chinos) sino de comunidades cultas y experimentadas como los escandinavos, franceses, ingleses y alemanes, “inmigración europea de buena calidad (que) tendería a

24. Ver Helg, op. cit. p. 95.

25. “Entiendo por *gran mulato* el producto definitivo que se obtendrá de la mezcla científica de las razas hasta unificar el tipo de hombre.(...) Por ahora no tenemos sino los ingredientes para fabricar el *gran mulato*, consistentes en las varias razas, subrazas y variedades... Pero es evidente que el producto suramericano se reseca, se va resecando”, Fernando González, *Don Mirócles, Conferencias en Aranzazu*, p. 131.

26. Uno de ellos, Tulio García, se esmeraba en probar que los indios de Antioquia eran de raza blanca, alófilos, es decir, indios con nariz recta y aguileña, boca fina y ojos horizontales que al cruzarse con los colonos vascos, también alófilos, produjeron un tipo racial fuerte y homogéneo. García citado por Rafael Montoya Uribe, *El centenario de la raza*, p. 24. Y otro, Gabriel Arango Mejía, trataba de probar que “ni rastro de judío se encuentra en nuestros ascendientes y mucho menos de que estos fueran criminales y presidiarios sin Dios ni ley” Gabriel Arango Mejía, “Algo sobre los orígenes del antioqueño”, p. 19.

27. Luis López de Mesa, *De cómo se ha formado la nación colombiana*, p. 68.

28. El objetivo de López de Mesa era romper con lo limitado de los grupos étnicos (blancos, indios, mestizos y negros), de un lado, y de otro lado, la disolución de las características regionales para producir el *hombre nacional*, una identidad propia que supere la heterogeneidad. Holguín, p. 59.

29. Ver Gonzalo Cataño. *Historia, sociología y política*, pp. 121-125.

enriquecer las cualidades de nuestra fusión racial”³⁰. Proponía inyectar sangre europea en cierto departamento (Boyacá) para superar la descompensación cultural y en otro (Huila) para superar la anemia. Consistente con esos planteamientos, en su calidad de ministro de relaciones exteriores durante la Segunda Guerra Mundial, haría todo lo posible por evitar que los judíos que escapaban a los hornos crematorios nazis llegaran a nuestro país.

Lo que une a la variedad de autores que acabo de mencionar, como puede verse, no es ya el intento de ignorar las minorías étnicas achicando la frontera de la patria, o el de ocultarlas en el cuarto de atrás, sino el de, por medio del mestizaje y la inmigración, desaparecerlas. Ahora bien, como ya dije, esas propuestas y otras no se convirtieron en políticas estatales, por lo cual el recurso del ocultamiento siguió siendo el preferido. Porque efectivamente ningún impulso exitoso a la inmigración se consolidó en Colombia, a lo largo del siglo XX, continuó la tendencia a ignorar las apartadas regiones del país donde vivían las minorías étnicas (por mucho tiempo llamadas ‘intendencias’ y ‘comisarias’, unidades políticas de menor rango que los departamentos). Pero los discursos racistas con ropaje académico, que empataban muy bien con la actitud dominante, aliviaron por largo tiempo la conciencia de las élites políticas frente a este abandono.³¹

30. López de Mesa, op. cit, p. 122

31. Investigadora del *Centro de Estudios de Género, Mujer y Sociedad* de la Universidad del Valle.

La mujer en la Independencia y la independencia de la mujer

Judith Colombia González Erazo

Introducción

Aprovechando que el tema de la conmemoración del Bicentenario de la Independencia, está en la pauta de los debates historiográficos en América Latina, quiero sumarme a este proceso investigativo, desde el aporte de la *Historia de las mujeres*, y la *Historia desde el género*, corrientes que aportan a la visibilización histórica y política de las mujeres y de los diferentes movimientos de mujeres que participaron de diversas maneras en el proceso independentista colombiano.

Con la esperanza que esta *vez los aires de renovación*³² historiográfica lleguen a las nuevas producciones que se realicen sobre este Bicentenario, en particular me referiré a la posibilidad de revisar los discursos historiográficos oficiales, en lo que respecta a las mujeres, de reescribir y reinterpretar su participación como sujeto político, y no como la de simple solidaria sin ninguna conciencia de su acción y función social y familiar.

El comienzo del siglo XIX es fundamental en la historia de los países latinoamericanos, ya que es el momento en que ellos nacen a la vida política. Sin embargo a nivel nacional, regional y local aún se mantiene una total ausencia

32. SPINOSO ARCOCHA, Rosa María. "Contra-historia de la independencia en la prensa mexicana. El cardillo de mujeres 1828". En: Revista *Historia y Espacio*, N° 31. Cali, Colombia, Julio-Diciembre 2008, p. 117.

e invisibilización de las mujeres en este proceso. Así mismo no se han realizado estudios historiográficos regionales sobre la época independentista desde la perspectiva de los estudios y las teorías del género.

La historia en nuestro país estuvo centrada por mucho tiempo en la historia del Estado, de las élites y las guerras, como si estos fueran los únicos campos de análisis para la historia. El actor por excelencia del periodo es, y esperamos que no lo siga siendo, y sin lugar a dudas, el hombre criollo. Pero no cualquiera porque la elección de los líderes implicó exclusiones y discriminación históricas de otros grupos sociales, por ejemplo de los criollos pobres. Pero quiero dejar claro que sectores como los indígenas, afrodescendientes, campesinos, ciudadanos, criollos pobres, niñas-os, incluidas a las mujeres, que se encuentran dispersas en cada uno de estos grupos humanos, incidieron de manera importante en este proceso.

Exploraciones historiográficas sobre las mujeres en la Independencia

Para Bernardo Tovar Zambrano los historiadores colombianos del siglo XIX centraron su interés en la formación y organización del Estado Nacional, el cual se comenzó a configurar por supuesto con el proceso de independencia. De esta manera se generó la primera historiografía del país³³, que no estuvo exenta de conflictos y tensiones ideológicas, así como se definieron las posiciones bipartidistas que incidían en las distintas maneras de mirar la historia.³⁴

Hay que decir que en Colombia sí se ha escrito sobre las mujeres en la gesta independentista, pero hay que preguntar ¿desde qué perspectiva? Si rastreamos y exploramos solamente algunas de las producciones sobre las mujeres en la época independentista en Colombia, encontramos escritos a partir de la segunda mitad del Siglo XIX. Para esta época, y para los primeros decenios del Siglo XX, la imaginación y la pluma se dedicarían a perfilar en mayor medida a Policarpa Salavarrieta y a la santandereana Antonia Santos Plata; y en menor medida a Mercedes Abrego de Norte de Santander y Simona Duque de Antioquia. Así la figura de estas féminas ingresaría al imaginario colectivo y nacional del panteón patriótico como “heroínas”.

33. Los primeros historiadores del nuevo Estado independiente colombiano, no discriminaron del panteón patriótico las figuras heroicas. Aunque la incorporación de las heroínas tomaría algunos decenios. Sin embargo, son nombradas en las primeras producciones historiográficas de mitad del siglo XIX y principios del XX, figuras como Policarpa Salavarrieta y Antonia Santos.

34. TOVAR ZAMBRANO, Bernardo. *La historiografía colombiana. Nueva historia de Colombia*. Bogotá: Editorial Planeta, p. 199.

A comienzos del siglo XX encontramos al general José Dolores Monsalve³⁵ miembro adscrito a la Academia Colombiana de Historia³⁶. Fue uno de los escritores más prolíficos sobre el tema de la independencia y de las mujeres independentistas. Su obra *Mujeres de la Independencia* (1926) influenciará a varias de las investigaciones que se realicen sobre este tema, ya que parecía ser la más completa. A partir del análisis de las exploraciones realizadas sobre la participación de las mujeres en la independencia, encontramos que las primeras obras, generalmente son escritos de corte tradicionalista, en los cuales las mujeres solo son vistas como “heroínas”, “mártires” o “colaboradoras”, sin que se haya realizado una investigación más rigurosa e individual sobre ellas y su acción y función políticas.

La mayoría de los textos, entre libros y artículos analizados, son escritos en estilo literario, en forma de novelas históricas o historias noveladas; y poemas y biografías, en su mayoría familiares. Pocas obras son de carácter propiamente histórico, en lo referente a las fuentes primarias, pues en su mayoría se basan más en fuentes secundarias. Un porcentaje alto se remite solo a incluir los nombres de algunas mujeres; pocos tienen fechas exactas de nacimiento, origen y muerte, como si las mujeres solamente fueran la esposa de... la hija de... la hermana de... la madre de... la familiar de... la amante de...

La gran mayoría de escritos que dicen tratar el tema de las *Mujeres de la Independencia*, profundizan más en los hechos heroicos masculinos, en sus batallas, triunfos y derrotas. Por cada seis páginas, tres renglones se dedican a nombrar a la mujer. Relatos historiográfico como este muestran a la mujer como mera espectadora, apolítica y estúpida.

Por otra parte, los estudios y las producciones historiográficas sobre heroínas y mujeres en la independencia, se han centrado en algunas regiones del país, más que en otras. Gran parte de las publicaciones anteriormente citadas se centran en lo que hoy son las regiones de Cundinamarca, Boyacá, Antioquia, Santander, Norte de Santander, Santa Marta, Cartagena, Mompo. En ellas es casi nula la mirada histórica a las mujeres de la región del sur occidente y la región oriental.

35. Nació en Santo Domingo (Antioquia, Colombia), 1864 – murió en Bogotá (Colombia), 1935. Abogado, educador, cuentista e historiador. Presidente del Consejo de Estado, miembro de las academias Nacional y Antioqueña de Historia.

36 En el año de 1922, la Academia Colombiana de Historia, realizó un concurso enmarcado en el tema de “Mujer en la Independencia”, para el cual se presentaron dos trabajos, uno titulado Oriente, otro, Las Mujeres de la Revolución de la Independencia. El ganador fue el segundo, cuyo autor era supuestamente Martiniano Martínez y Martín, quien era en realidad era el seudónimo de José Dolores Monsalve.

Lo que hace que se le de más trascendencia a unos personajes, hechos y lugares, que a otros. Desde la perspectiva de género, esta exclusión histórica le da más relevancia a las mujeres de unas regiones del país y no a otras.

Por ejemplo, en la obra de José D. Monsalve *Mujeres de la Independencia* se cita solo a una mujer vallecaucana, a *Doña Juana Camacho y Caicedo*, pero se la nombra solamente porque fue esposa y prima hermana del prócer caleño Joaquín Caicedo y Cuero. El citado escrito se centra en él y en su odisea en Pasto.³⁷ Por lo general este mismo trato histórico se da a muchas mujeres, respecto a las cuales no se describe su vida, sino la descendencia de su patriarcado familiar.³⁸

Los historiadores han argumentado que la invisibilización u omisión de la historia de las mujeres independentistas es debida a una supuesta falta de fuentes, ya que ni las más reconocidas gozan aún de una rigurosa investigación biográfica. Sentimos aún el eco silencioso de lo fantástico y mítico, en estas historias de las mujeres.

Por ejemplo, en el caso de Policarpa Salavarrieta “las dudas sobre el lugar y fecha de nacimiento, al igual que su nombre, se deben a que no hay ningún documento explícito y preciso”.³⁹ De la quiteña Manuelita Sáenz, se dice: “No se ha encontrado ni la partida de nacimiento, ni la de matrimonio, ni tampoco la de su muerte”⁴⁰. Al parecer la biografía más completa es sobre Antonia Santos Plata. ¡Cuánto silencio!

Según Miguel Bonasso, en el caso de Manuela Sáenz, “no sorprende entonces que buena parte de su correspondencia y diarios, la más rica desde el punto de vista político, haya sido ocultada durante más de un siglo”⁴¹. Igualmente dice Horacio Rodríguez: “La posteridad y los historiadores hasta principios del

37 Según J. D. Monsalve, la biografía publicada en su libro “Mujeres de la Independencia” (1926), sobre la caleña Juana María Camacho de Caicedo, se la obsequio el historiador Guillermo Hernández de Alba, de su obra inédita “Los Caicedos”.

38 La obra más antigua sobre el tema y que se centre en el Sur Occidente es la de José Ignacio Vernaza “Homenaje a la Mujer: Heroínas Caucañas” (1936). Podríamos decir, que la obra más reciente es la del historiador Alonso Valencia Llanos, “Mujeres Caucañas y Sociedad Republicana” (2001).

39 CASTRO CARVAJAL, Beatriz. “Policarpa Salavarrieta”. “Las Mujeres en la Historia de Colombia. Tomo I, Mujeres y Política. Dirección Académica: Magdala Velásquez Toro. Presidencia de la República. Grupo Editorial Norma. Bogotá. 1995, p.118

40 MIRAMÓN, Alberto. La Vida Ardiente de Manuelita Sáenz. Colombia. Ed. ABC Librería Sudamericana. 1946, p. 8.

41 BONASSO, Miguel. “El Libertador, la Amazona y los Espejos de la Historia Oficial”. Patriota y Amante de Usted. “Manuela Sáenz y el Libertador” Diarios Inéditos. Editorial. Diana. México. 1993. Pág. 256

corriente siglo, no habían reconocido suficientemente los merecimientos y el sacrificio de Antonia Santos. Prácticamente permaneció ignorada durante una centuria... ”⁴²

Durante más de un siglo las mujeres que participaron en el proceso independentista vivieron solo en el recuerdo de algunas mentes y lugares. La razón es simple: la historia estuvo reservada solo para quien gozaba del estatus de sujeto, según el marco cultural heredado de occidente. Si nos referimos a la época de la colonia y a la época republicana, se observa que la noción misma de sujeto era una prerrogativa masculina. Las mujeres en este contexto no disfrutaban de la condición de sujeto (político), pero paradójicamente la mujer, que no era supuestamente “sujeto”, definía a los hombres como tales y a ella se reservaba entonces el carácter de no-sujeto. Se la consideraba como *la otra* del hombre.

La información encontrada en archivos y hemerotecas sobre las mujeres ha sido ocultada, deformada y tergiversada; sufre así los embates de la historiografía hegemónica patriarcal, en la cual se olvida el papel de muchas mujeres que transgredieron y subvirtieron un orden socio-cultural, político y económico colonial. Aprovechaban así los tiempos de guerra.

Exploraciones e imágenes de las heroínas colombianas en la historiografía

Hasta el momento la referencia a nuevos estudios sobre de las heroínas colombianas es escasa por no decir nula. A nivel latinoamericano ya se asoman las voces de nuevos discursos y estudios históricos para estudiar a las mujeres como sujetos activos, en el proceso de la “*Independencia*”.⁴³

42. RODRÍGUEZ PLATA, Horacio. Antonia Santos Plata: (Genealogía y Biografía). Academia Colombiana de Historia. Edición conmemorativa del sesquicentenario del sacrificio de la heroína. Ed. Kelly. Bogotá. 1969. Pág. 215. .

43. Ver: QUINTERO, Inés. “Las mujeres de la independencia: ¿Heroínas o Trasgresoras? El Caso de Manuelita Sáenz”. En: Mujeres y Naciones en América Latina Problemas de inclusión o Exclusión. Barbara Potthast y Eugenia Scar-zanella (eds.) Barcelona, Vervuert Iberoamericana. 2001. TECUANHUEY, Alicia. “Imágenes de las Heroínas Mexicanas”. En: La Construcción del Héroe en España y México (1789-1847). CHUST, Manuel y MÍNGUEZ, Víctor (eds.) 2003. SPINOSO ARCOCHA, Rosa María. “Contra-historia de la independencia en la prensa mexicana. “El cardillo de mujeres”, 1828”. En: Revista Historia y Espacio, N° 31 Cali, Colombia, Julio-Diciembre 2008. LONDOÑO, del Pilar Jenny. Las Mujeres en la Independencia de Quito. Colección del Bicentenario, Quito. EEQ, 2009. SALAZAR GARCÉS, Sonia & SEVILLA NARANJO Alexandra. Mujeres de la Revolución de Quito. FONSA. Quito. 2009.

Es pertinente preguntarse en femenino: ¿qué es una *heroína*?, ¿quién es una *heroína*?, ¿quién elige a las *heroínas*?, ¿quién las construye?, ¿con qué fin?, ¿por qué son necesarias las *heroínas*?, ¿cómo una mujer anónima puede convertirse en *heroína*?, ¿qué trascendencia tienen hoy las *heroínas*? El concepto de héroe no es originario del siglo XIX, está presente desde el mundo antiguo, clásico, medieval y moderno. Podemos reafirmar que los héroes o heroínas no nacen, se hacen. Son contruidos por el poder tanto estatal como local, son sometidos a un proceso de idealización de sus cualidades y gestas, aprobados o desaprobados por el imaginario colectivo, “*de los que el estado se apropia para nacionalizarlos, ponerlos como ejemplos nacionales, integradores, unívocos de todos los ciudadanos de ese Estado*”.⁴⁴

En Colombia las figuras nacionales de heroínas se consagran en mucho tiempo después que sus compañeros masculinos: los héroes, mártires y patriotas. Las heroínas se construyeron como ofrecimiento nacional a fines del siglo XIX, y cobraron esplendor en las primeras décadas del siglo XX en las *Celebraciones centenarias*, y se convirtieron en referentes de identidad colectiva, y para acentuar el tema que aquí interesa, digamos que se comienza a reconocer identidad de género a las mujeres. Los discursos heroicos ayudaron a consolidar los incipientes estados nacionales, y tendieron a unificar la diversidad territorial de una nueva sociedad que se estaba construyendo, en la cual se debían crear o inventar igualmente a los “*nuevos*” ciudadanos.

Las mujeres tuvieron un gran papel en la historia de la Independencia de Colombia, pero solamente fueron dignas de atención y júbilo nacionalista, como *Heroínas y mártires* las que realizaban actividades únicamente destinadas a los varones, como las de la guerra; las que participaron y colaboraron en las guerrillas, o cuando por la calidad de sus acciones ingresaron al inventario de los sucesos en la condición de heroínas; otras como mensajeras en el correo secreto; unas más como víctimas de los realistas, lo que las convertía en mártires de la guerra; y otras como las “*juanas*” y “*guarichas*” que acompañaron a sus familiares masculinos, maridos, amantes en las campañas guerreras. Y ¿por qué no?, iban a la guerra porque querían...

Desde la historiografía la independencia se constituye como una época de guerra y coyuntura, en la cual las mujeres no se quedan tejiendo en casa, esperando

44 Algunas de estas preguntas son hechas en género masculino en el libro CHUST, Manuel y MÍNGUEZ, Víctor (eds.) “Presentación”. La construcción del héroe en España y México (1789-1847). Universitat de Valencia. 2003. p. 10

a su guerrero, como la Penélope homérica. Sin embargo “su incorporación se presenta asociada a sus extraordinarias virtudes morales y su amor a la patria. No hay diferencia entre ellas”⁴⁵; ya que las hazañas femeninas no se valoran desde lo individual sino desde lo colectivo, siempre y cuando aporten a la “patria” y al bando en el poder. Lo que permitió construir un discurso protagónico de la “heroína”.

Los historiadores colombianos rescataron a las mujeres por su ideal de virtud femenina, eco de la religión católica, para la cual sus acciones no fueron vistas como rupturas, ni como trasgresiones de los valores morales de su tiempo; ya que el proyecto independentista en ningún momento había previsto modificar las relaciones desiguales entre los géneros. El esquema de mujer moldeado por la doctrina cristiana debía permanecer porque conservaba virtudes como “La castidad, moderación, discreción, obediencia, sumisión, fortaleza, generosidad, disposición al sacrificio, contención...”⁴⁶. Pero hay que recordar que estos discursos moldeaban la identidad femenina, pero no la determinaban. Sin embargo, estos discursos sobre *lo femenino*, alimentados desde la conquista y colonia, serán reproducidos como elementos fundamentales en los cánones que seguirán activos en la república, y que serán aprehendidos por los historiadores del siglo XIX y principios del XX.

La gesta de la independencia invadió la vida femenina, transtocó e irrumpió en su cotidianidad, al igual que lo harían las subsiguientes guerras civiles hasta el día de hoy. La cotidianidad de las mujeres atravesada por el conflicto armado, violentó las consideraciones y preceptos que moldeaban su comportamiento en la sociedad. Después de la época bélica se buscó “recuperar el orden de la sociedad... en ello fue de primera importancia reforzar los valores y las prácticas habituales respecto a la mujeres”⁴⁷.

Finalmente, al establecerse la República, a través de los diferentes códigos civiles y jurídicos, se comienza a legislar sobre la condición civil y jurídica de la mujer, al igual que sobre sus cuerpos. Al establecer como referentes las legislaciones españolas que rigieron en la colonia como *Las siete partidas del Siglo XII*, *Las leyes de toro del siglo XVI* entre otras, los legisladores colombianos las armonizaron

45 QUINTERO, Inés. “Las mujeres de la independencia: ¿Heroínas o Trasgresoras? El Caso de Manuelita Sáenz”. *Mujeres y Naciones en América Latina Problemas de inclusión o Exclusión*. Barbara Potthast y Eugenia Scarzanella (eds.) Barcelona, Vervuert Iberoamericana. 2001. p. 56.

46 *Ibíd*, p. 58.

47 QUINTERO, Inés. *Op. Cit*, p. 58.

con el *Código Napoleónico* que influyó en el *Código Civil de Chile*, obra de don Andrés Bello, el cual sirvió de modelo a los emergentes estados nacionales, en los cuales se enviaba a la mujer de vuelta a la casa. Esto en lo teórico. En la República, la consigna de *libertad, igualdad y fraternidad*, junto a la noción y construcción del ciudadano, se reafirmará.

En conclusión, la historiografía colombiana sobre las mujeres en la independencia se delineó a partir de la fantasía épica y heroica sobre la patria, la que además tenía una única orientación racial; la verdad es que solamente se reivindicó lo femenino cuando contribuía a la exaltación masculina. Solamente se la idealizaba heroicamente. Nuestra historiografía no tenía como objetivo defender el derecho de las mujeres, ni mucho menos reconocer que ellas actuaban como sujetos políticos. Aún sin embargo, la historia y la historiografía colombiana están en deuda con las mujeres y sus diferentes clases, razas, etnias, orientaciones sexuales, edades y regiones; no se trata de nombrarlas por nombrarlas, incluirlas por incluirlas. La inclusión no sólo significa describir su participación, sino estudiarlas a ellas, devolverles su lugar.

Preguntar, redescubrir, desenmascarar, subvertir la historia, es la tarea, es el compromiso... Falta analizar ¿qué paso con las mujeres realistas?, ¿quiénes eran las mujeres realistas, cuál fue su historia, qué pensaban, cómo actuaban?, ¿acaso llegaron a existir entre las mujeres realistas, heroínas o mártires?, ¿qué pasó con las mujeres traidoras al régimen Republicano?, ¿existieron mujeres Republicanas que abogaran por un mejor trato a la mujer?, ¿cómo fue la participación, la historia de las mujeres pobres, ciudadanas, campesinas, negras, indias y mulatas y de todos los colores?, ¿qué pasaba con la población femenina desplazada y violentada por la guerra cuando se presentaban invasiones de territorios entre Realistas-Republicanos y viceversa?, ¿qué ocurría con las mujeres?, ¿con sus cuerpos?... ¿Sucedería como en el conflicto actual, donde es botín de guerra?... “Será la historiografía de la emancipación la responsable de justificar y avalar la incorporación femenina a la causa de la patria”.⁴⁸ Y más allá de esta.

Mujeres en la Independencia: “Eco de fantasía” en las voces feministas

A partir de la reforma, Art. 4° de la Ley 8ª de 1922, en la cual se le reconoce a la mujer su participación como actora jurídica, empieza una serie de luchas

48 QUINTERO, Inés. Op. Cit, p. 59.

y reivindicaciones políticas, jurídicas y sociales femeninas, en torno a sus derechos económicos y patrimoniales, educativos, laborales, y principalmente el reconocimiento a la ciudadanía y al sufragio.

Encontramos que las mujeres se encontraban laboralmente desprotegidas igual o peor que los varones. Dentro de las reformas liberales de los años treinta, empiezan a elaborarse una serie de políticas en materia laboral y sindical. La Ley 28 de 1932 “le dio a la mujer plena capacidad civil y la habilitó en materia laboral, para contratar libremente”⁴⁹, actividades que antes no podían realizar las mujeres.

Así mismo, el gobierno liberal de Enrique Olaya Herrera, marcó una línea de continuidad con reformas que favorecían a las mujeres, entre ellas encontramos el derecho a terminar el bachillerato (Decreto 1.874 de 1932), que simultáneamente abrió las puertas de la universidad a las colombianas, mediante el decreto 172 de 1933.

Muchos historiadores-as aseguran que las mujeres independentistas no lucharon por sus derechos políticos. Según Evelyn Cherpak “*la mayoría de las mujeres aún no aspiraba a desempeñar otro papel que el de tradicional de esposa y madre. Así, pues, los desenvolvimientos en el ámbito de los derechos de las mujeres tendrían que esperar algún tiempo*”⁵⁰. ¿Será esto cierto? Es mejor ponerlo en duda. Como todo lo escrito sobre la historia de las mujeres. Puede ser que se haya suprimido esta parte de la historia, o que para el historiador-a este discurso no era de importancia. Para Cherpak las mujeres se “inmiscuían” en la lucha independentistas por varias razones: 1) Lazos de parentesco; 2) Aspectos económicos; 3) Sentimientos patrióticos; 4) Razones personales; 5) Por expresar su rebeldía⁵¹. ¿Será que a estas tres últimas, por no decir que a todas estas razones podríamos aplicarles lo que llama Michel Foucault el análisis del discurso? Para encontrar otros replanteamientos discursivos, mediante los cuales las mujeres puedan expresar de forma muy sutil y simbólica, su construcción como sujeto político. Pero con el machismo naturalizado en el inconsciente colectivo, del cual los historiadores-as no se escapan, es difícil que se pueda justificar en la historia de la independencia un “feminismo empírico”, si así podemos nombrarlo.

49. *Ibidem*.

50. Evelyn Cherpak. El movimiento de la Independencia de la Gran Colombia. En: *Las mujeres latinoamericanas. Perspectivas históricas* (1985). Asunción Lavrín (Comp.). México: Fondo de Cultura Económica, p. 256.

51. *Op. Cit.*, p. 256.

Si suponemos que existió un supuesto *pacto patriarcal entre historiadores*, mediante el cual las mujeres fueron intencionalmente borradas y tergiversadas, y solamente se muestran las actuaciones de unas pocas mujeres “blancas y heterosexuales” en la historia patria, tendríamos que formular nuevos interrogantes, con los cuales nos adentramos en la utopía, en la fantasía: ¿Exigieron las mujeres independentistas un mejor trato a su condición social de mujeres? Si tenemos en cuenta este “supuesto” yo diría que tenemos repensar-nos, releer, reinterpretar, deconstruir las producciones históricas dadas hasta el momento, buscar nuevas fuentes que nos permitan responder esta pregunta o justificar la hipótesis según la cual sí lo hicieron. Claro está que estas mujeres tenían una posición política acorde con sus necesidades y las necesidades de su contexto sociocultural, económico y religioso. Recordemos que las mujeres no gozaban de ser sujetos de derechos políticos. Pero las mujeres sí intervenían, sí participaban e influían en la construcción del mundo privado, público y político. Porque en todo poder hay resistencia, tal como Foucault lo demuestra, y las formas de resistencia no siempre son las mismas.

Retomemos la categoría de la historiadora post-estructuralista Joan Scott, denominada *Eco de Fantasía*⁵², la cual amplía la visión de la historiografía feminista y de los estudios de género. Según ella el significado de identidad puede ser visto como un tipo de “eco”, y como tal varía y puede ser una “repetición imaginada” o la “repetición de algo imaginado”. Es una repetición imperfecta que incluye como un elemento creativo la “fantasía”. Esta expresión, la “fantasía”, está relacionada con las operaciones de identificaciones retrospectivas, que se establecen partiendo de semejanzas entre actores presentes y pasados. En este caso “*las mujeres independentistas*” fueron una estratégica invocación política en el pasado, la cual contribuyó a la construcción discursiva de la identidad de “*las mujeres feministas*” en el presente. Y es por la fantasía como podemos lograr esa identificación retrospectiva, y como podemos sacar a relucir las raíces de esta herencia cultural. Pero hay que dejar en claro que ambos tipos de mujeres, las independentistas y las feministas, son, si las analizamos por sí mismas, identidades diferentes, con sus condiciones distintas de tiempo, espacio, y cultura; así mismo sus reivindicaciones no serán las mismas. Lo que las asemeja es la lucha que tienen que liderar socialmente por su condición de mujeres.

52. Joan Scott. “El eco de fantasía: la historia y la construcción de la identidad”. (Fantasy Echo: History and the Construction of Identity). Revista Critical Enquiry 27, Winter 2001. Resumen, comentario y traducción de Simone Accorsi. Centro de Estudios de Género, mujer y Sociedad. Universidad del Valle. 2006.

Contrariamente a la subvaloración de la mujer independentista, encontramos como en la época de la denominada *Primera Ola del Feminismo en Colombia (1930-1957)*, las mujeres feministas-sufragistas, para legitimar su acción y sus exigencias de derechos políticos desde lo jurídico, civil y social, como el régimen de capitulaciones o derecho a manejar sus bienes, dejaron de ser jurídicamente las eternas menores de edad; y pudieron exigir su derecho a la educación en todo sus sentidos, y al trabajo en todas sus manifestaciones, así como sus derechos de ciudadanía y al sufragio. Para relatar sus discursos, ya fuera este liberal, conservador o socialista, recurrían frecuentemente al pasado. Legitimaban e invocaban la lucha de las “heroínas”, “mártires” “rebeldes”, “beligerantes”, “subversivas” en la época independentista, como la voz de un eco fantasmático del pasado, a seguir en el presente. Un eco distorsionado por el tiempo, eco melodioso, envuelto entre la fantasía y la realidad.

Del 23 al 28 de diciembre de 1930, se celebró en Bogotá el *IV Congreso Internacional Femenino*, igualmente se celebraba el centenario de la muerte del Libertador Simón Bolívar, ocasión que aprovecharon las mujeres para rendirle homenaje a las independentistas, e hicieron hincapié en que los colombianos necesitaban aprender de la vida de las mujeres, que en distintos periodos habían transmitido un legado de heroísmo ejemplar: “*Cambian los mundos, se transforma las sociedades, y cada día se contempla la mujer delante de una nueva situación que resolver (...) confronta hoy la humanidad una situación muy semejante a la de las primeras edades (...) Una competencia casi feroz impone a la humanidad un esfuerzo que el hombre solo no alcanza a soportar. De nuevo toca a la mujer tomar sobre sus hombros una parte de la carga*”.⁵³

Encontramos *Ecos de Fantasía*, en Soledad Acosta de Samper, quien hace parte de las mujeres ilustradas de mitad del siglo XIX. Quien es reconocida como literata, pero no como historiadora.

Ella nos dice que “en Colombia, señoras de alta sociedad se unieron a las del pueblo para trabajar en pro de la independencia y libertad de su patria; las más importantes de estas fueron las señoras Andrea Ricaurte de Lozano; Juana P. Navas de García Hevia; Carmen Rodríguez de Gaitán; Policarpa Salavarrieta y Antonia Santos...”⁵⁴. Y agrega: “Señalamos tan solo a éstas como tipos de mujeres de esa época y por consiguiente no mencionaremos a otras que siguieron sus

53. María Pinzón de Madero Paris. Homenaje al Libertador. *El Tiempo*. Diciembre 18 de 1930, p.p.. 14-15.

54. Soledad Acosta de Samper. *La mujer en la sociedad moderna (1895)* París.: Ed. Garnier Hermanos, p. 392.

huellas y ejemplos. Las mujeres en Colombia se han distinguido siempre por su ardor patriótico y por la parte que han tomado siempre en la luchas políticas”.⁵⁵

Las feministas colombianas, como Lucila Rubio de Laverde, apelaban a la invocación del eco de fantasía, desde la corriente feminista: “Buscando los orígenes del feminismo, encontramos ejemplos aislados de seres generosos que se dolieron de la situación de la mujer y quisieron liberarla”⁵⁶.

Pero también había varones que estaban a favor de los derechos políticos de las mujeres, y apelaban al eco de las mujeres independentista. Un ejemplo de “Eco de Fantasía” escrito por un hombre, Heraclio Uribe Uribe, quien escribió en el *diario Relator* de Cali en 1930, un artículo titulado: Candidatura feminista, en plena campaña presidencial de Enrique Olaya Herrera, en el cual exalta a las mujeres que formaran por todo el país los *Comités Olayistas Femeninos*, que apoyaban la candidatura del primer presidente colombiano que incluyó en su agenda de gobierno los derechos políticos femeninos. El texto dice así:

“Con su bella actitud imitan las virtudes y el heroísmo de aquella Manuela Beltrán... de Policarpa Salavarrieta, de Antonia Santos, de Mercedes Abrego y de aquella nueva Cornelia, que fue Simona Duque... las mujeres colombianas no tienen motivo alguno para renunciar a la herencia de abnegación y de sacrificio que les legaron sus progenitoras”.

Muchos hombres, no sólo apelaban a rescatar y colocar como ejemplo a las heroínas colombianas, sino también a las latinoamericanas; un ejemplo claro lo encontramos en el artículo periodístico titulado *Las heroínas del Río de la Plata* escrito por Z. M Valencia, en el *diario El Relator* de la ciudad de Cali, quien señala “Así, combatió, con arrogancia y valor procer, ostentando gloriosa estirpe de mujer espartana, María Josefa Piedrahita de Rovira y, con ella, sus compañeras patriotas de La Plata, para ejemplo de las mujeres colombianas que deben mirarse en aquellos espejos, nunca empañados y siempre relucientes al sol del honor y del patriotismo, en estos momentos en que han conquistado constitucionalmente en la nación la misma posición ciudadana que el hombre”.⁵⁷

55. Soledad Acosta de Samper. *La mujer en la...* op. cit., p. 256.

56. Lucila Rubio de Laverde. *Postulados del feminismo* (1947). Bogotá: Ed. Minerva, p. 5.

57. *Diario Relator*. 13 marzo. 1954. p. 5.

III

El itinerario de la independencia



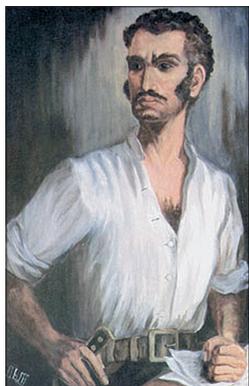
Un recorrido virtual por la Independencia



El Itinerario de la Independencia. Con este nombre se ha diseñado un recorrido virtual por los acontecimientos y escenas de la época de la Independencia de Colombia; su finalidad es tratar en forma elementalmente didáctica aspectos de nuestra génesis republicana y, por tanto, se pretende generar elementos de juicio para el debate procurando involucrar a la comunidad bonaventuriana y al ciudadano en general, en la construcción de realidades mejores para todos (as). Cuatro planos virtuales han sido diseñados y presentados: en el primero se exploran algunos acontecimientos considerados antecedentes decisivos para los hechos de la Independencia; en el segundo, se tratan los acontecimientos propios del 20 de julio de 1810; un tercer plano trata algunos aspectos de la vida de la época; un último plano, hace una proyección de las consecuencias inmediatas de los acontecimientos del 20 de julio.

Antecedentes

Revolución de los Comuneros



José Antonio Galán

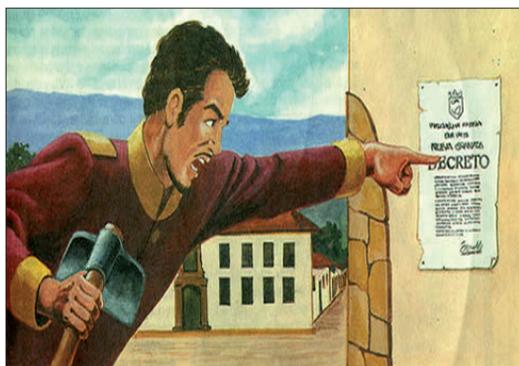


Manuela Beltrán, efigie en sello de postal

La Revolución de los Comuneros se ha definido hoy como un movimiento masivo de desobediencia civil contra las reformas impuestas por la Corona española, a partir de marzo de 1781.

Manuela Beltrán y otros inconformes rompieron en la población del Socorro el edicto que contenía los nuevos impuestos decretados por la Corona, dando origen a una protesta generalizada bajo el lema “Viva el rey, pero no queremos pagar la Armada de Barlovento”.

Los alzamientos se extendieron por toda la geografía nacional. Criollos, mestizos, indios, negros libertos se unieron a lo que John Phelan denominó la “coalición multiétnica”: Ambrosio Pisco fue representante de los indios; José Antonio Galán, de los mestizos; Francisco Berbeo y Salvador Plata fueron exponentes de los intereses criollos.



Zipaquirá, a una jornada de Santafé, fue el lugar de concentración del movimiento y tras un acuerdo con el arzobispo Caballero y Góngora, representante de la corona española, se firman las capitulaciones de Zipaquirá. Se produjo una división en el movimiento. Mientras Juan Francisco Berbeo decidió acep-



tarlas como salida. José Antonio Galán consideró este acto una traición.

Tras la aceptación de las capitulaciones por parte de Juan Francisco Berbeo, se produjo entonces la división en el movimiento. No pasó mucho tiempo para que la traición fuera confirmada, porque una vez se dispersaron los comuneros



Martirio de Galán. Por Ignacio Gómez Jaramillo.

los acuerdos son derogados y Galán apresado por las autoridades.

Galán y los líderes insurgentes fueron fusilados, descuartizados y sus miembros exhibidos en varias plazas, para escarmiento de la población. Otros fueron enviados en galeras a cárceles españolas.

La rebelión de los comuneros fue un antecedente de la Independencia, pero sentó un precedente funesto en la his-

toria del país: la desconfianza ante todo proceso de negociación que signifique salida pacífica y ecuánime a los conflictos.

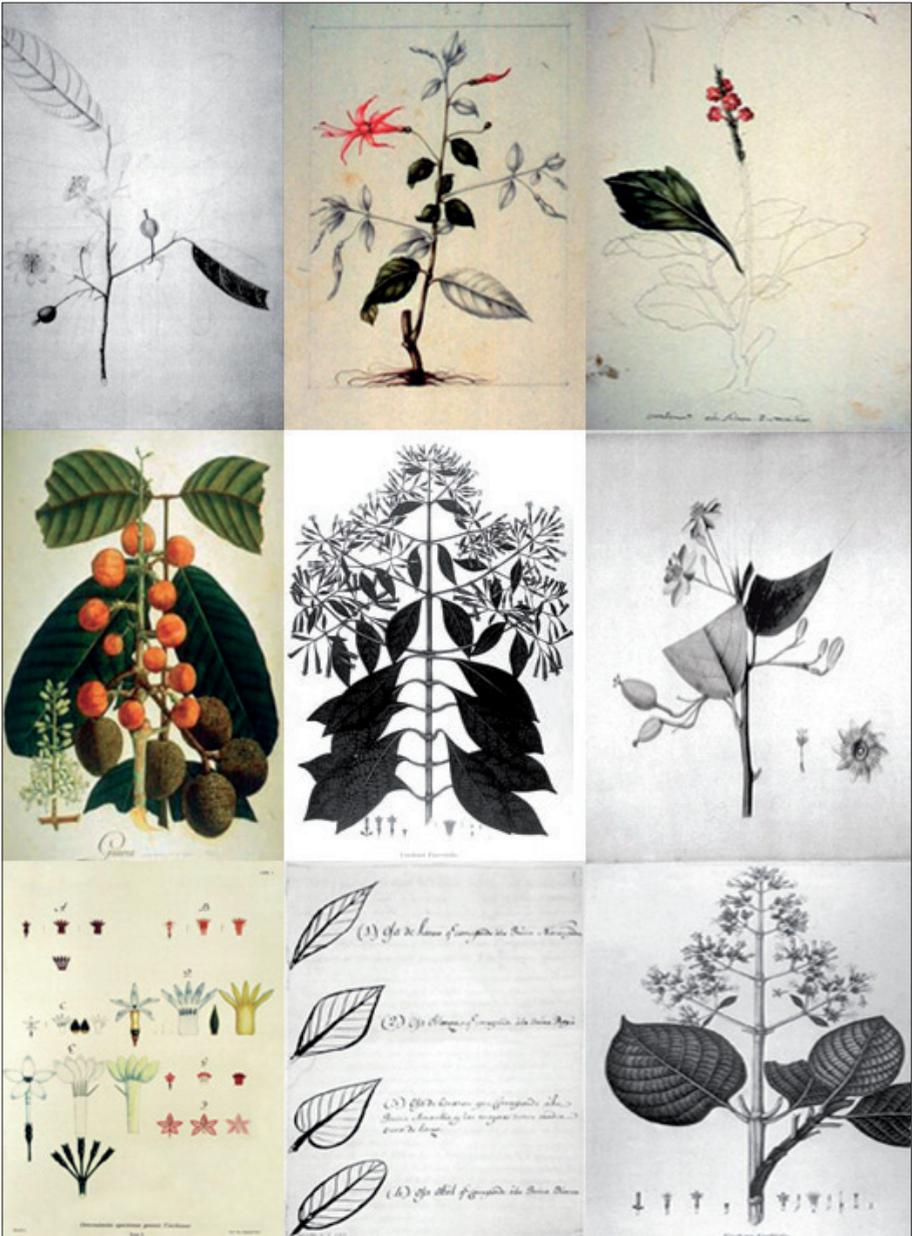
Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada



José Celestino Mutis, médico, naturalista y matemático, director de la Expedición Botánica

La Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada fue un inventario de la naturaleza del Virreinato de Nueva Granada dirigido por José Celestino Mutis, durante el reinado de Carlos III de España. La Expedición Botánica dio como resultado la recolección y clasificación de 20 mil especies vegetales y 7 mil animales de nuestro territorio, la fundación del observatorio astronómico de Santa Fe de Bogotá –uno de los primeros de América meridional–, la formación de un selecto grupo de científicos y artistas y los fundamentos para la concientización de las riquezas naturales del Nuevo Mundo. Se inició en 1783 y duró treinta y tres años.

El arzobispo y virrey Antonio Caballero y Góngora, da inicio en 1783 a la trascendental empresa, aprovechando los conocimientos, el talento y la sabiduría de Mutis.



Es de resaltar que el expansionismo español privilegió el dominio de tierras y recursos naturales a costa del interés científico sobre el estudio de la naturaleza; no obstante, el inventario de flora y fauna con el tiempo se convirtió en base

de la fundamentación política y científica que permitiera generar convicción independentista.

Los discípulos de Mutis fueron decididos impulsores de la causa de la Independencia. Por extensión se señala a Mutis como uno de los precursores de esta gesta y a su *Expedición* como génesis de la misma. Sus integrantes formaron un núcleo de fuerte influencia, que irradió por todo el país las ideas revolucionarias, utilizando medios como el periódico *El Semanario*, publicado bajo la dirección de Francisco José de Caldas.



Francisco José de Caldas, geógrafo, astrónomo y matemático. Primer director del Observatorio de Santafé de Bogotá, producto de la Expedición Botánica.

Ilustración y revolución



Charles Louis de Secondat, Barón de Montesquieu

Las grandes revoluciones de la época, la Revolución Norteamericana y la Revolución Francesa, influyen poderosamente en el proceso de Independencia latinoamericana.

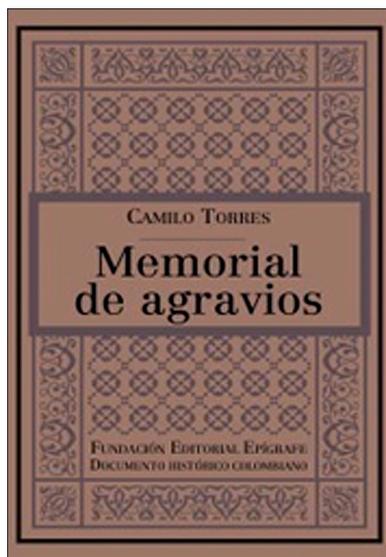
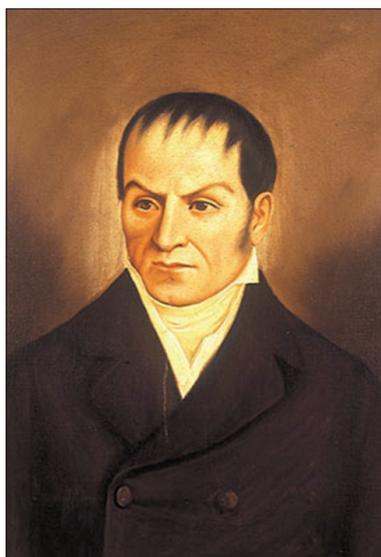
Las ideas de la Ilustración, movimiento cultural europeo que se desarrolló desde principios del siglo XVIII hasta el inicio de la Revolución francesa, influyeron poderosamente en los próceres de la Independencia.





Nariño y los Derechos del Hombre. Óleo de Enrique Grau, 1983. 159 x 189 cm. Casa de Nariño, Bogotá.

La Declaración de Derechos Humanos, traducida y publicada por Antonio Nariño, en 1794, para ser distribuida en Santa Fe de Bogotá, podría ser considerado el primer proyecto de constitución política en el Nuevo Mundo.



Memorial de Agravios. Camilo Torres, miniatura de Luís Felipe Uscátegui, acuarela sobre marfil. Colección Museo de la Independencia, Bogotá.

Aunque el *Memorial de Agravios* no tuvo efectos políticos de importancia en su época y sólo lo conocieron contadas personas, su texto sirve, mejor que cualquier otro documento, para precisar la profundidad de los cambios que estaban operándose en el clima político de América.

El 20 de julio de 1810



Tomado de: Bogotá
1538-1938: Homenaje del
Municipio de Bogotá a
la ciudad en su IV Cen-
tenario. Texto de Daniel
Samper Ortega. 1938

Se considera el 20 de julio de 1810 como el acontecimiento fundacional de la República de Colombia. Los episodios de aquel viernes, día de mercado, encienden la antorcha revolucionaria que se consolidará en Independencia total de España nueve años después, el 7 de agosto de 1819, en la Batalla de Boyacá.

*La reyerta de Morales
y Llorente, óleo de J.M.
Quijano, de la Casa Museo
del Florero de Bogotá.*



Un incidente planificado por algunos criollos, entre ellos Don Antonio Morales, José Acevedo y Gómez, Francisco José de Caldas, José María Carbonell, Camilo Torres, José Miguel Pey, Joaquín Camacho, Jorge Tadeo Lozano y Luis Rubio, fue el inicio de la independencia.

Según don José Acevedo y Gómez "...fue don Luis Rubio a pedir prestado un ramillete a don José González Llorente, comensal del fiscal Frías; Llorente le negó con excusas frívolas; se le dijo que era para disponer la mesa que se le preparaba en obsequio del diputado regio don Antonio Villavicencio y respondió que se caga en Villavicencio y en todos los americanos; al momento que pronunció estas palabras le cayeron los Morales, padre e hijo; se juntó tanto pueblo, que si no se refugia en casa de Marroquín, lo matan".



Don Antonio Villavicencio



José María Carbonel

Carbonel es conocido en la historia de nuestra independencia como el "chispero de la Revolución", por su acción dinámica y decisiva aquel día, agitando la multitud congregada en la plaza de mercado. "Mueran los chapetones, cabildo abierto", era la consigna.

José Acevedo y Gómez es conocido en la historia de la Independencia como "el Tribuno del Pueblo".

Se dice que su oratoria encendió hasta el delirio al pueblo santafereño cuando expresó con vehemencia:



José Acevedo y Gómez

"Si perdéis estos momentos de eferescencia y calor, si dejáis escapar esta ocasión única y feliz, antes de 12



Firma del Acta de Independencia en Santa Fe, 20 de julio de 1810. Óleo de Coriolano Leudo.

horas, seréis tratados como los insurgentes, ved los calabozos, los grillos y las cadenas que os esperan.”

José Acevedo y Gómez condujo la conformación de la Junta Suprema de Gobierno que sustituiría al virreinato.

Reunido el Cabildo, se procedió a elegir una Junta Suprema de Gobierno; la cual se encargaría del gobierno y se desconocía la autoridad del virrey.

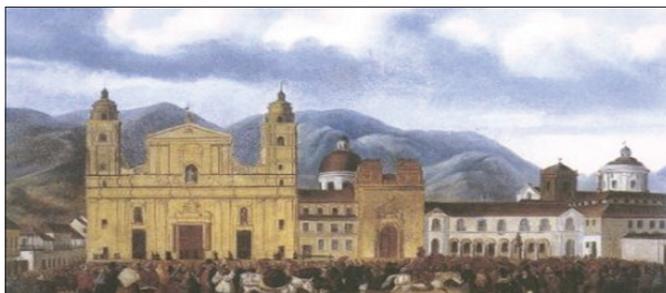


Los azares del virrey Amar y Borbón en sus últimos avatares como funcionario real los describe Arturo Abella así: “Las etapas se habían cubierto casi en horas: de cabildo extraordinario a cabildo abierto; de cabildo abierto a junta suprema; de golpe contra el virrey a nombramiento simbólico de presidente de la junta; de visita al ex virrey para que prestara juramento, a orden para que

concurriera a escuchar –por fortuna era sordo– un bando que desde el balcón del cabildo se leería al pueblo; de ‘traslado’ de la casa a su primera detención y de ésta a la cárcel con grillos; no cabía otra acción: expulsar cortésmente a los símbolos de la tiranía española y empezar a romper las ligaduras de los criollos con los peninsulares”.

Vida de la época

La Plaza Mayor de Santa Fe de Bogotá, escenario de los dramáticos sucesos acaecidos en aquellos días en los que se ha dado relevancia a la historia de floreros, reyertas y revoluciones patrióticas, en una cromada tesitura de historias de la historia.



Era, como siempre suele ocurrir en este tipo de acontecimientos traumáticos, un día de mercado.



Plaza Mayor de Bogotá. c.1840. Atr. Francisco Castillo y Escallón

Poco antes del medio día la plaza mayor estaba colmada por una nutrida y abigarrada concurrencia: tratantes, vivanderos, mayordomos de las dehesas de la sabana, indios de los resguardos y gente de todas las clases sociales de la capital.

Plaza Mayor de Bogotá. Obra de Edward Walhouse Mark. 1846. Colección Banco de la República.



Bogotá en aquella época tendría alrededor de 20.000 habitantes, incluyendo entonces su perímetro parroquial los sectores de San Diego, Chapinero, Las Cruces, Egipto y La Capuchina.

En el marco de la plaza mayor estaban edificios del establecimiento político colonial: la cárcel, la casa de los alcaldes ordinarios, el cabildo, la escribanía y archivo, y la casa privada del virrey.

Ese viernes, día de mercado, en la ciudad de Santafé habían confluído, como era costumbre,



campesinos de diversos poblados aledaños a la ciudad, como la Peña, Egipto, Belén, San Cristóbal, Usaquén y La Calera.

La “Casa del Florero”, hoy Museo 20 de Julio, escenario de la reyerta entre el patriota Antonio Morales y el comerciante español José González Llorente. Acuarela de Pablo Emilio Achury, Casa Museo 20 de Julio, Bogotá.



En la esquina de la calle Real con 11 se ubicaba la casa y el negocio –hoy en día Museo del Florero– de José González Llorente, español que llegó a Cartagena de Indias en 1779. Habiendo adquirido fortuna se traslada definitivamente a Santafé a comienzos del siglo XIX. Era identificado políticamente por sus ideales realistas, es decir, era partidario del rey soberano.

El florero de González Llorente, cuya petición por parte de los criollos para homenajear a Don Antonio Villavicencio, otro criollo que venía de Quito y tenía el cargo real de comisario regio, sirvió de pretexto para coadyuvar a los acontecimientos del 20 de Julio.



¿Es realmente este el florero de la discordia?



La vida parroquial transcurría pausada, apacible; con alguno que otro sobresalto, que iban desde la querrela en el juzgado a la reyerta callejera, que no pasaba a mayores.

*Juzgado parroquial (Bogotá)
Torres Méndez, Ramón*



Familia del general Antonio Morales Galavís. Anónimo

El 20 de julio de 1810 en la ciudad de Santafé de Bogotá, un incidente planificado por algunos criollos, entre ellos Don Antonio Morales e hijo, José Acevedo y Gómez, Francisco José de Caldas, José María Carbonell, Camilo Torres, José Miguel Pey, Joaquín Camacho, Jorge Tadeo Lozano y Luis Rubio, fue el inicio de la independencia.

Consecuencias de los acontecimientos del 20 de julio de 1810



Entre 1810 y 1816 deviene un periodo de inestabilidad que, en medio de que discordias entre criollos por la forma en que debía organizarse el nuevo gobierno, conlleva a una contienda entre federalistas y centralistas; bien podría considerarse ésta como la primera guerra civil del país y como tal abre un derrotero nefasto para la historia del país.

Juramento a la bandera de Cundinamarca

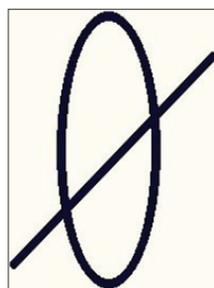
Esta época se inscribe en la historia del país con el nombre de "Patria Boba". Por una parte, cada provincia proclama sus autoridades, su constitución, sus juntas independientes y soberanas; en tanto, desde otras tribunas Nariño y Bolívar claman centralismo.



Batalla de Río Palo



El sabio Caldas rumbo al cadalso.



Con este símbolo dibujado en la pared de la celda donde pasó sus últimos días, el sabio Caldas parece haber querido expresar algo así como ¡Oh negra y larga partida!

En 1814, Fernando VII recupera el trono español, tras la derrota de Napoleón iniciando inmediatamente la reconquista de sus territorios coloniales.

En noviembre de 1816 Pablo Morillo, el general de la reconquista española, ingresa a Bogotá iniciando un periodo de ejecuciones de líderes revolucionarios.



Manuela Sáenz. Dibujo: Adriana Méndez

La participación de las mujeres fue de suma importancia tanto por su accionar político como por su apoyo moral y logístico a los revolucionarios; La Pola, Antonia Santos, Mercedes Ábrego, Manuelita Sáenz, son algunos de los nombres preclaros, pero hay muchas otras, anónimas, que pusieron el pecho a los cañones de Sámamo impidiendo



Policarpa Salavarrieta: Obra de José María espinosa, 1855.

que las tropas realistas dispararan a los rebeldes.



Campana Libertadora rumbo a los Andes

Desde los llanos de Casanare, Bolívar y Santander organizan el ejército libertador; pronto cruzarán los Andes y asediarán al ejército español en el altiplano cundiboyacense.



La batalla del Pantano de Vargas, el 25 de julio de 1819 y la batalla de Boyacá, el 7 de agosto del mismo año, fueron decisivas para sellar la independencia definitiva de España.

Batalla de Boyacá

Las batallas de Boyacá, Ayacucho, Carabobo y Junín dejaron las puertas abiertas para la conformación de una gran nación, lo cual quedó en suspenso...



Provincias del Virreinato de Nueva Granada.

La proximidad del Bicentenario de nuestra Independencia representa un buen pretexto para reflexionar sobre lo que hemos logrado y lo que es factible lograr como seres colombianos y latinoamericanos, con la convicción

de que avanzamos en la construcción de democracia incluyente, participativa, pluralista y garante de la convivencia pacífica.



IV

*Otras voces,
otros aportes*

El pensamiento político de Enrique Dussel: una respuesta al nihilismo del mundo contemporáneo

Carlos Andrés Méndez Sandoval*

El nihilismo como consecuencia lógica del despliegue de la Modernidad

En un texto ya famoso, Friedrich Nietzsche narra una fábula aparentemente inocente en la cual recoge, de manera estricta y sintética, el discurrir de la historia del pensamiento filosófico en Occidente. Este texto, titulado *Sobre cómo el mundo terminó por convertirse en una fábula*, es un ajuste de cuentas que Nietzsche hace con la tradición. Vale la pena recuperar algunas ideas centrales contenidas en este texto para elucidar, posteriormente, el concepto de nihilismo tan caro al filósofo alemán:

(...) 3. El mundo verdadero no es asequible ni demostrable ni puede ser prometido, pero, por el hecho de que se pueda pensar, constituye un consuelo, una obligación, un imperativo.

(El antiguo solo sigue alumbrando al fondo, aunque se le ve a través de la neblina y del escepticismo; la Idea ha sido sublimada, se ha vuelto pálida, nórdica koenigsburguense).

* Profesor de tiempo completo, Universidad de San Buenaventura-Cali.

4. ¿Es inasequible el mundo verdadero? En cualquier caso no lo hemos alcanzado, y por ello nos es también desconocido. En consecuencia no puede servirnos de consuelo, ni de redención ni de obligación. ¿A qué nos podría obligar algo desconocido?

(Mañana gris. Primer bostezo de la razón. Canto del gallo del positivismo).

5. El mundo verdadero es una Idea que ya no sirve para nada, que ya ni siquiera obliga, una Idea que se vuelve inútil, superflua; en consecuencia es una Idea que ha sido refutada: eliminémosla.

(Día claro; desayuno, vuelta del sentido común y de la serenidad alegre; Platón se pone rojo de vergüenza y todos los espíritus libres arman un ruido de mil demonios).

6. Hemos eliminado el mundo verdadero: ¿qué mundo ha quedado? ¿el aparente? ¡no! *Al eliminar el mundo verdadero hemos eliminado también el aparente.* (Nietzsche, 1993).

Para evitar reparos exegéticos y eruditos, vale la pena aclarar que este fragmento del libro *El ocaso de los ídolos* del filósofo alemán Friedrich Nietzsche, será comentado con el objetivo de darle sentido al término nihilismo. En efecto, es evidente que Nietzsche se refiere explícitamente a las tendencias de pensamiento filosófico dominantes en la Modernidad (Kant, el positivismo y, cómo no, él mismo). Pero se refiere a éstas en la medida en que implican una cierta comprensión del mundo y de la verdad: Kant, al poner en duda la posibilidad que tiene el ser humano de conocer el noumenon (el en sí), relega al entendimiento a la aprehensión del mundo fenoménico (espacio-temporal). La ciencia es, pues, ciencia del fenómeno y el noumenon aparece como una idea reguladora de la acción humana (moral). Con el positivismo la situación es aún más compleja: ya no importa el noumenon, sino solo los hechos cuantificables y verificables. Esta progresión en la exposición de las ideas de Nietzsche nos permite entender, en una primera aproximación, lo que significa el término nihilismo, a saber: *el nihilismo es aquella situación en que del mundo verdadero ya no se puede saber nada.* Lo que Nietzsche entiende como muerte de dios es la consecuencia lógica del despliegue del proyecto moderno, el cual, de manera general, se caracteriza por la idea de que solo es real aquello que la Razón humana puede conocer y verificar por sí misma. Detrás del escenario en que se desarrolla la escena de la muerte de Dios está, manejando los hilos, la ciencia moderna.

Pero el nihilismo no solo tiene este sentido negativo y oscuro. Es evidente que, a medida que Nietzsche avanza en su exposición, el horizonte de esta fábula se

despeja y aparece de nuevo el sol. Kant y el positivismo se quedan con el mundo aparente (el mundo fenoménico). Nietzsche y su alter-ego (Zaratustra), van más allá: o es necesaria la hipótesis de un mundo aparente. Este nuevo comienzo trasciende los límites de la razón moderna: ésta, confiada en la certeza de sus recursos y en la incuestionabilidad de sus hallazgos, no ha sabido aún liberarse del último vestigio de metafísica, a saber: la fe en la verdad y en el progreso. El nuevo día es aquel en que, incluso la verdad y el progreso serán desvelados en su carácter de ilusión.

Dos son, pues, los sentidos del término nihilismo: por un lado, el nihilismo coincide con la evidencia de que el supremo valor (Dios, la verdad y el progreso) han dejado de ocupar el centro desde el cual se organiza el sentido de la realidad; por otro lado, el nihilismo significa tener la capacidad de estar en el mundo en actitud gozosa a pesar de lo anterior, esto es, ser capaz de crear el sentido de la tierra en un mundo gobernado por la ausencia de un fundamento último: “No se trata de que el nihilismo sea que el ser esté en poder del sujeto, sino que el ser se haya disuelto completamente en el discurrir del valor, en las transformaciones indefinidas de la equivalencia universal” (Vattimo, 1998). Esta tesis de Gianni Vattimo, uno de los continuadores contemporáneos del pensamiento nietzscheano-heideggeriano, resume bien el significado del nihilismo: éste se caracteriza por una permutabilidad constante, toda vez que de las estructuras estables del ser ya no queda, al parecer, nada. Y esta variabilidad conlleva, además, una relativización del conocimiento y de la noción de verdad, toda vez que las variaciones del sentido del ser llevan consigo la necesidad de modificar los modos de comprensión del mismo⁵⁸.

58. No es otra cosa lo que parece afirmar Vattimo cuando sostiene que “El nihilismo acabado, como el *Ab grund* heideggeriano, nos llama a vivir una experiencia fabulizada de la realidad, experiencia que es también nuestra única posibilidad de libertad” (Vattimo, 1998). Son evidentes las resonancias nietzscheanas en este fragmento: tener una experiencia fabulizada de la realidad implicaría, de suyo, construir una noción débil de la verdad que coarte la tentación de la metafísica. En una palabra: evitar la tentación de caer de nuevo en aquellos metarelatos que buscan darle unidad y coherencia a la realidad por medio de totalizaciones teóricas. Es claro el objetivo emancipatorio de esta idea, sobre todo si se tienen en cuenta los efectos fatales del proyecto de la Ilustración en el siglo XX (los campos de exterminio y la bomba atómica, entre otros), pero es también riesgoso, como se verá más adelante cuando se contrasten con algunas ideas de Dussel, habida cuenta de que esta noción débil de la verdad y este relativismo implican una relativización del sentido de la historia, la cual, posiblemente, sea insuficiente para reconocer y dar voz a los oprimidos y a las víctimas. Para profundizar, ver: VATTIMO, GIANNI, *El fin de la modernidad*, editorial Gedisa, Barcelona, 1998.

La modernidad: auge y crisis

Luego de ensayar una aproximación al concepto propiamente filosófico de nihilismo, es menester echar un vistazo a las dinámicas históricas y sociales que acompañaron el despliegue de la Modernidad. Para este fin, se abordarán algunas ideas del sociólogo francés Alain Touraine las cuales, dicho sea de paso, permitirán una comprensión más amplia de dicho fenómeno.

En su obra *Crítica de la modernidad*, Touraine celebra y condena, desde una perspectiva crítica, el proyecto de la Modernidad (Ilustración). De acuerdo con el sociólogo francés, la Modernidad, en su momento de mayor esplendor, significa el paso “del papel esencial reconocido a la racionalización a la idea más amplia de una *sociedad racional*, en la cual la razón rige no solo la actividad científica y técnica sino también el gobierno de los hombres y la administración de las cosas” (Touraine, 2000). De la implementación del método científico a la idea de una sociedad cuyas diversas dimensiones (cultura, economía, política, moral) están regidas por principios racionales, no hay sino un solo paso. De acuerdo con esta posición, pues, el individuo es tal en la medida en que cumple sus roles desde una perspectiva racional (su rol de ciudadano, de padre, de trabajador) y, solo así, se identifica con la sociedad a la cual pertenece. Es este el sueño sempiterno de los ilustrados de desvelar las leyes racionales de cada una de las dimensiones de la existencia humana, para poder de esta manera asegurar el progreso, tanto material como moral. Esta idea lleva a Diderot, entre otros, a afirmar lo siguiente:

El hombre es íntegro o virtuoso cuando, sin ningún motivo bajo o servil, como la esperanza de una recompensa o el temor a un castigo, obliga a todas sus pasiones a contribuir al bien general de su especie, esfuerzo heroico que, sin embargo, nunca es contrario a los intereses particulares del individuo (Ibídem).

Esta idea se sustenta en la creencia en un dualismo constitutivo del ser humano: éste está constituido por dos naturalezas, una racional y otra sensible. Ahora bien, siendo la facultad racional la específicamente humana, debe ser ésta quien gobierne a la sensible y, por tanto, la labor de la filosofía habrá de ser encontrar las leyes en virtud de las cuales la razón funciona adecuadamente (éste es, dicho de manera gruesa, uno de los supuestos de la filosofía moderna, por lo menos de Kant a Hegel). Para la ilustración, entonces, hay una *identidad* entre el individuo

y la sociedad, entre la parte y el todo, toda vez que ambos, de acuerdo con el engranaje de la naturaleza, funcionan bajo los parámetros de leyes racionales⁵⁹.

Pero esta identidad no tardaría en romperse. El siglo XIX así lo demuestra. Las obras de Marx, Nietzsche y Freud sellaron para siempre la crisis de ese proyecto basado en la idea de que la razón científica y técnica conduciría a la humanidad por el camino del progreso. En este punto, Touraine plantea una tesis fundamental: la modernidad (que se concibió en el siglo XVIII como un proyecto unitario y coherente) se ha fragmentado en cuatro elementos (sexualidad, consumo, nacionalismo y empresa).

Esta tesis no es otra cosa sino la corroboración, desde una perspectiva sociológica, de lo que en filosofía política se denomina la fragmentación del sujeto político moderno. En efecto, si en el proyecto de la Ilustración el individuo se identificaba con la sociedad por vía de la racionalización (tanto en el ámbito privado como en el público), desde el siglo XIX hasta nuestros días es perceptible una separación creciente de ambos espacios de la existencia humana:

Lo más visible es la disociación del orden del cambio y del orden del ser que antes estaban asociados en la idea de modernidad, la cual significaba a la vez racionalidad (científico-técnica) e individualismo. *Ahora se acrecienta la distancia entre los incesantes cambios de la producción y el consumo y el reconocimiento de una personalidad individual que es al mismo tiempo sexualidad e identidad cultural colectiva* (Ibídem).

En el horizonte de los debates filosófico-políticos hoy día, es conocida por todos la idea de que el Estado-nación se halla en crisis. El Estado, que se presentó como aquella instancia racional encargada de articular las diversas manifestaciones de la vida humana, se ve puesto en jaque por las dinámicas del libre mercado y la

59. En la primera parte de la Crítica de la modernidad, Touraine pone de manifiesto las transformaciones que hicieron posible la emergencia de la Ilustración como aquella condición en la cual “la idea de modernidad reemplaza, en el centro de la sociedad, a Dios por la ciencia, y en el mejor de los casos, deja las creencias religiosas para el seno de la vida privada” (Touraine, Crítica de la modernidad, p. 17). Desde la posición ilustrada al historicismo de corte hegeliano e incluso marxiano, Touraine recorre en esta primera parte el itinerario luminoso de la razón moderna en virtud del cual se consolidó la noción —e incluso la fe— en el progreso, tanto material como espiritual, del hombre. Se creía, parafraseando de algún modo a Isaiah Berlin, que a través del conocimiento de la realidad los hombres llegarían a ser mejores.

transnacionalización de las empresas⁶⁰. Se podría afirmar, a manera de hipótesis, que hoy los individuos nos sentimos más consumidores que ciudadanos, lo cual trae consigo la crisis de las formas tradicionales de participación política⁶¹.

Esta tesis touraineana permite comprender, de manera esquemática y general, cuáles han sido los procesos de orden social que han hecho posible el advenimiento del nihilismo. Al separarse las diversas esferas de la existencia humana (sexualidad, consumo, nación y empresa) se fragmenta a su vez la consciencia en apariencia unitaria y coherente del sujeto moderno (Ilustración). Y esta fragmentación trae consigo la imposibilidad de poner pie en tierra firme en el mosaico variopinto y cambiante del mundo moderno, impidiendo de esta manera la consolidación de un fundamento último encargado de darle coherencia a la realidad. El nihilismo no es, pues, la idea de unos cuántos filósofos que se sentaron a cavilar largas horas sobre cómo veían y experimentaban el mundo. Es una experiencia histórica concreta que tiene que ver con procesos de índole económica, cultural y política que determinan la manera como nos constituimos en sujetos.

Dussel: el pensamiento político como salida al nihilismo

Hasta este momento, se ha procurado dibujar a grandes rasgos en qué consiste el acontecimiento del nihilismo, el cual se concibe como una consecuencia lógica del despliegue del proyecto moderno (ilustrado). En efecto, la idea según la cual los individuos habrían de identificarse con el todo a través del ejercicio apropiado de la razón, y por medio de una instancia central que se encargaría de gestionar y orientar la vida de las personas (el Estado), se ve reemplazada y rota por la creciente separación de las diversas esferas de la realidad, cada una de las cuales funciona de acuerdo con sus propios principios (esta idea la plantea Habermas en un polémico debate que sostuvo con los defensores de la posmodernidad,

60. Para profundizar en este punto, ver: MONCAYO, VICTOR MANUEL, *El Leviatán derrotado*, Grupo editorial Norma, Bogotá, 2004.

61. En su libro *¿Podremos vivir juntos?*, Touraine plantea el caso de jóvenes comprometidos con la causa musulmana que, no obstante, no dudan en delinquir en sus ratos libres para poder comprar los artículos tecnológicos de última generación, mostrando así las fuertes contradicciones a que se ven sometidos los individuos en el mundo contemporáneo. Para profundizar en este punto, ver: TOURAINE, ALAIN, *¿Podremos vivir juntos?*, FCE, México. A su vez, el concepto de alienación de Marx permite comprender también cómo las dinámicas empresariales de sujeción, rompen la identidad del trabajador consigo mismo, impidiéndole reconocerse en el producto por él elaborado.

entre los cuales se halla Lyotard)⁶². En este sentido, pues, el desenlace de la modernidad es el siguiente: *el cambio permanente de valores sociales hace imposible la instauración de un referente sólido y constante para el ser humano (como lo fuera Dios, por ejemplo, en la Edad media), a la vez que el individuo, sometido a fuerzas contradictorias (las fuerzas económicas del capitalismo no siempre van de la mano, entre otros, con el sentimiento de pertenencia a una comunidad nacional, anclado en referentes culturales fuertes), se encuentra escindido y fragmentado*. La modernidad se caracteriza, pues, como dijera Marx, como aquella época en que todo lo sólido se desvanece en el aire. Y este desvanecimiento de la solidez (valores morales, referentes culturales...) es lo que, desde una perspectiva sociológica, puede denominarse el sustento empírico del acontecimiento del nihilismo.

Si bien muchos autores celebran el advenimiento de una difusa posmodernidad, a la vez que dan al traste con el proyecto moderno, hay otros que ven en la agudización de las tendencias disociadoras de la modernidad más un peligro que una oportunidad. Como se anotó anteriormente, cuando se abordaron algunas tesis de Vattimo, la posmodernidad entendida como la época del nihilismo realizado, tiene una fuerza liberadora, a saber: rompe las amarras, de manera definitiva, con las supersticiones teóricas y religiosas que quisieron gobernar la existencia de los seres humanos durante siglos (incluido el relato de la Razón y el progreso). Y la relativización de los puntos de vista (recuérdese que ya no hay Verdad sino relatos verosímiles), permite la emergencia de perspectivas que, históricamente, se vieron sojuzgadas por discursos dominantes⁶³. Pero al parecer, desde una perspectiva política, esta liberación frente a metarelatos dominantes no resulta ser suficiente.

El debate con el liberalismo

No hay concepción de la política que escape del todo de algún tipo de determinación ontológica puesto que, mínimamente, hay una noción del sujeto que

62. En este ensayo Habermas responde a los críticos de la modernidad con la tesis de que, si bien es necesario reconocer en qué puntos ha fracasado el proyecto ilustrado, también es necesario retomar ese proyecto y buscar la manera de llevarlo a buen término. Para profundizar en este punto, ver: HABERMAS, JURGEN, , "Modernidad un proyecto incompleto", aparecido en *El debate sobre modernidad posmodernidad*, 1989, E. Puntosur, pag 143.

63 La filosofía crítica de Michel Foucault, entre otros autores, tiene el mérito indudable de mostrar la manera como ciertos discursos aunados con determinadas prácticas, ejercieron un poder de normalización y de exclusión de formas alternativas de expresión de la vida. Para profundizar en este tema, ver: FOUCAULT, MICHEL, *Historia de la sexualidad I: La voluntad de saber*, FCE, México.

subyace a la idea que se tenga de la libertad, los derechos y la justicia, entre otros. Esta idea la sustenta Charles Taylor cuando afirma:

En la teoría social y, en especial, en la teoría de la justicia es frecuente hablar de la diferencia entre liberales y comunitaristas. En efecto, parece que se ha establecido un debate entre dos equipos: por un lado, el equipo Liberal y, por otro, el equipo Comunitarista (...) En este debate hay auténticas diferencias pero creo que hay también muchos equívocos y simple confusión. Y ello es así porque se tiende a considerar conjuntamente dos cuestiones bastante diferentes. Podemos llamarlas, respectivamente, cuestiones ontológicas (ontological issues) y cuestiones de defensa (advocacy issues). (Taylor, 1997)

Desde esta perspectiva, las cuestiones ontológicas son aquellas que se refieren a los principios y fundamentos últimos que sustentan la explicación que se tiene de la vida social, mientras las cuestiones de defensa se refieren a la postura moral que se asume y a los principios que la orientan. En el debate entre liberales y comunitaristas, por ejemplo, las cuestiones ontológicas se ponen de manifiesto en una concepción atomista-liberal y en una holista-comunitarista.

La concepción atomista-liberal es aquella que concibe “la sociedad como una asociación de individuos, en la que cada uno de ellos tiene una concepción de buena vida o de una vida que merezca la pena y un correspondiente plan de vida. La función de la sociedad debería servir, en la medida de lo posible, para facilitar estos planes de vida de acuerdo con algún principio de igualdad”. (Idem) ¿Qué significa esta afirmación? Que los individuos son, ontológicamente hablando, anteriores a la organización social, es decir, la sociedad se estructura partiendo de las necesidades e intereses individuales y de las relaciones que se establezcan entre éstos. Por otro lado, y dado lo anterior, que la función de la sociedad no es definir los fines y bienes de los individuos sino proveer una estructura de justicia que les permita a éstos alcanzar, cada uno por su cuenta, la idea de bien que tenga:

La ética central de una sociedad liberal es una ética del derecho y no del bien. Es decir, sus principios básicos tienen que ver con la forma en que la sociedad debe responder y arbitrar las demandas en competencia de los individuos. Estos principios incluirán obviamente el respeto por los derechos y las libertades individuales, pero para cualquier conjunto que se pueda llamar liberal el principio central sería el de la facilitación máxima e igualitaria. (Idem)

El fragmento anterior ilustra de manera clara el desplazamiento de las cuestiones ontológicas a las cuestiones de defensa mentadas anteriormente. Una perspectiva atomista del sujeto implica, como postura ética en el liberalismo en general, una defensa de un sistema de derechos y libertades que salvaguarden la libertad y la dignidad individuales.⁶⁴ Es decir: de una determinación ontológica se deriva una postura ética específica. Remontándose a la ontología del sujeto de corte cartesiano que desemboca en el sujeto trascendental de Kant, el liberalismo pareciera reconocer la subsistencia de una entidad esencial que define al sujeto *a priori*. En este punto, vale la pena recordar las palabras de Sandel en su ensayo *La ética liberal y el comunitarismo*, aun cuando en este punto el interlocutor de Sandel es Kant:

(...) el yo kantiano es un yo que elige independientemente de los deseos y fines que pueda tener en un momento determinado. Como escribe Rawls: “el yo es anterior a los fines que él mismo afirma; incluso un fin dominante tiene que ser elegido entre numerosas posibilidades. (Sandel, p. 51)

Ahora bien, ¿qué relación tiene esta noción atomista del sujeto político liberal con el acontecimiento del nihilismo mentado anteriormente? En este punto, resulta pertinente apelar de nuevo a Taylor:

(...) la cultura contemporánea se desliza hacia un relativismo blando. Ello otorga un valor esencial a una presunción general: las cosas no tienen significación en sí mismas sino porque las personas así lo creen, como si pudieran determinar qué es significativo, bien por decisión propia, bien quizá solo porque así lo piensan. (Taylor, 2002)

64. En este punto es menester hacer una aclaración. Desde la perspectiva de un liberal como Tugendhat, por ejemplo, la noción de libertad como no coacción resulta bastante miope. Y es así, porque de acuerdo con Tugendhat no se pueden excluir del problema de la libertad a las condiciones de la misma, lo cual implicaría contravenir a los liberales libertarios (Nozick y Friedman, entre otros) en lo que concierne a la definición de los derechos civiles como los únicos legítimos. En efecto, desde la perspectiva de Tugendhat habría que ampliar la cuestión del derecho al problema de los derechos sociales y económicos, en la medida en que, desde una perspectiva ontológica, la libertad individual es imposible sin tener en cuenta las oportunidades materiales concretas en que los individuos viven. Me atrevería a afirmar que Tugendhat combina una posición atomista con una holista, toda vez que considera imposible concebir al sujeto independientemente del contexto socio-económico que define sus posibilidades reales de ser libre. Para profundizar en este tema ver: TUGENDHAT, ERNST. *Liberalismo, libertad y la cuestión de los derechos humanos económicos*, pp 36-40.

El atomismo liberal en política es una expresión más del acontecimiento del nihilismo moderno, en la medida en que si es el individuo la medida de lo bueno y la fuente de los juicios morales, entre otros, entonces todos los valores de esta índole están supeditados al juicio que cada quien tenga al respecto. El mismo Taylor pone un ejemplo caricaturesco. Si alguien quisiera sostener que el acto más significativo es chapotear con los pies en barro tibio, o que aquello que le hace ser lo que es, consiste en que tiene 3567 pelos en la cabeza, ¿estaríamos nosotros, como interlocutores, dispuestos a asentir por el simple hecho de que alguien lo sostiene? ¿Una mera ocurrencia o percepción individual es suficiente para sostener un valor o un principio?

La posición de Dussel: el principio material de la política. Fraternidad

Dussel es, desde todo punto de vista, crítico de esta ontología liberal del sujeto político. Es más: su proyecto político no resultaría viable si no se desplazara del punto de arranque del liberalismo, para buscar un fundamento más afín con la noción de democracia que él mismo plantea. En lo que sigue, debe verse un ensayo de construcción de una posible crítica del pensamiento dusseliano a la tesis ontológica central del liberalismo político partiendo, básicamente, del análisis del principio material de la política.

En este sentido, el filósofo latinoamericano formula el principio material de su política como “el deber de producir, reproducir y desarrollar políticamente la vida humana de toda la humanidad, y como condición de su posibilidad la existencia de la biosfera. *Este deber es el principio deóntico material fundamental de toda política*” (p. 457).

No es descabellado afirmar que a través de esta nueva forma de comprensión de lo político, Dussel está buscando ir más allá de la modernidad. El principio material de la política debe operar tanto en el mantenimiento, producción y reproducción de la vida humana en el interior de la comunidad política, como en la relación de la comunidad política (local-global) con la biosfera, la cual es condición de posibilidad de la vida humana en particular. Como es evidente, esa razón calculadora, ese saber-poder instaurado en el interior de la ciencia y la técnica modernas, es desvirtuado en favor de una nueva comprensión de la vida, concebida ésta como un valor que está más allá de los logros culturales del hombre. Esa titanomaquia narrada durante siglos, que llevó a la humanidad a concebirse como un imperio dentro de otro imperio toca a su fin: *la cultura*

moderna enfiló sus armas en contra de la vida, y lo que ha quedado de esto es la promesa de una catástrofe incontenible, de no tomarse los correctivos necesarios.

Ahora bien, para concretar su comprensión del principio material de la política, Dussel apela a la noción de *vida inmediata*. En efecto, antes de la juridicidad, *antes de ser un sujeto de derecho (o en su defecto, un sujeto privado de derechos), el hombre es un sujeto corporal viviente*. El carácter de viviente es el que funda el campo político, no al revés. Lo que le cuestiona Dussel a Agamben y a Foucault es la falta, en sus respectivas reflexiones, de una determinación ontológica del concepto de vida. Es cierto: Foucault y Agamben nos alertan sobre los graves peligros que trae consigo el ejercicio del poder político moderno sobre la vida, pero no determinan en qué consiste esta vida. Dussel invierte la relación: es la vida, el sujeto en tanto ser viviente, el principio que funda y legitima la creación de un orden político. De allí que la política, desde una perspectiva claramente ontológica, se subordine a la vida.

Ahora bien, ¿en qué consiste esta vida inmediata de que habla Dussel? El filósofo argentino se acerca en este punto a la posición de Marx. De acuerdo con esta posición, el ser humano es un ser de carencia, un ser plagado de necesidades. De acuerdo con tales necesidades (vida, salud, emociones...) se constituyen (ora natural, ora artificialmente) tales satisfactores que son posibilitadores, a través del consumo, de la vida humana. Este juego inacabable de la carencia y la satisfacción de necesidades, constituye el marco material-empírico del quehacer político:

Lo político debe cruzarse con esta esfera de las necesidades en general y debe establecerse una política con cada una de ellas. Es responsabilidad de las instituciones políticas, de la sociedad civil y política (El Estado), el gobierno, el incidir en este cruce de campos, donde el político tiene una responsabilidad, regida por una normatividad material urgente, en especial en los países del Sur (p.461)

Como es evidente, el principio material de la política se concreta cada vez más en el discurso dusseliano: se pasa de un imperativo de producción y reproducción de la vida humana, a especificar cuál es el eje alrededor del cual se puede articular un juicio valorativo sobre lo que significa producir y reproducir la vida humana, a saber, el campo de las necesidades de esos seres finitos que somos, en cada caso, nosotros mismos.

En este sentido, pues, la *vida inmediata* de que habla el filósofo argentino es una vida definida por una negatividad radical, a saber, aquella que se expresa en la concepción del ser humano como ser de necesidades. Pero esta necesidad, esta negatividad radical, es el fundamento de una concepción positiva del campo político, toda vez que el sentido de la acción política no puede ser, de entrada, una exclusión, sino por el contrario una inclusión de los sujetos vivientes en tanto que sujetos que buscan satisfacer sus necesidades para que su existencia sea viable. Por esta razón, la reflexión sobre las necesidades humanas lleva a Dussel a formular un imperativo categórico bastante curioso, si tenemos en cuenta que este imperativo tiene marcados acentos materialistas: “*Hay que obrar siempre de tal forma que cada norma o máxima de toda acción, de toda organización o institución (micro o macro) de todo ejercicio del poder consensual, tengan siempre por propósito la producción, mantenimiento y aumento de las dimensiones propias de la vida inmediata (léanse necesidades-satisfactores), en último término de toda la humanidad, siendo responsables también de esos objetivos en el mediano y largo plazo (los próximos milenios)*” (p. 462).

Otro de los puntos cruciales del pensamiento del Dussel de la *Política de la liberación* (obra en la que, dicho sea de paso, el filósofo argentino busca desmontar los principios fundamentales del liberalismo político) es la aplicación de la ética al campo político a través de la raigambre de tres momentos normativos implícitos en toda sociedad histórica y política, los cuales a su vez subsumen los principios éticos:

1. La obediencia al principio *material* de verdad práctica, que es el deber del querer vivir de una comunidad conforme a un *principio político de fraternidad* (subsunción del principio ético-material de la vida)
2. La obediencia al principio *formal* de igualdad, que es la participación discursiva en las tomas de decisiones políticas que afectan a la vida de la comunidad conforme a un *principio democrático o de legitimidad institucional* (subsunción del principio ético-formal del discurso)
3. La obediencia al principio de *factibilidad*, que es la libertad en la aplicación de las posibilidades ecológicas, económicas y técnicas, entre otras, para preservar y desarrollar la vida en comunidad, conforme a un *principio político a la vez instrumental y estratégico* (subsunción del principio ético de factibilidad).

En este sentido, afirma Dussel, su argumentación muestra la necesidad de las instituciones políticas como formas de garantizar el cumplimiento efectivo de los

principios formal y material de la política. A partir de esta confrontación, Dussel considera haber fundamentado la necesidad del principio estratégico-político, toda vez que su función esencial es ensamblar permanentemente las exigencias de los principios formal (principio democrático) y material (fraternidad), teniendo siempre en mientes la cuestión de la posibilidad de efectuar las mediaciones adecuadas para el mejoramiento de las condiciones de vida de la comunidad política (en este sentido hay una codeterminación entre los diversos principios, encargándose el de factibilidad de la concreción de las acciones estratégicas idóneas para lograr ciertos fines e implementar tales medios).

Finalmente, la formulación del principio material de la política sirve, esquemáticamente, para señalar algunas críticas puntuales de Dussel al liberalismo político.

La recuperación de la vida como fundamento de la vida política. Este es el primer desplazamiento, a saber: mientras para los liberales el fundamento de la política es un sujeto *a priori* (abstraído de sus necesidades concretas y de sus pasiones), que decide asociarse con otros sujetos iguales, para Dussel el sujeto que funda la comunidad política es un sujeto determinado por una dimensión vital caracterizada por la carencia o la necesidad (este es el sentido básico de la noción dusseliana de vida inmediata).

La fraternidad es el fundamento material de las relaciones intersubjetivas. En lugar de libre mercado, mano invisible, PIB, crecimiento económico y demás, es la fraternidad, entendida como responsabilidad para con el que carece de los medios apropiados de subsistencia, la que permitirá articular los intereses de las personas que habitan una comunidad política. La dimensión material de una comunidad política no está constituida exclusivamente por la generación de bienes, productos y servicios; es, fundamentalmente, la responsabilidad ante el cumplimiento del principio esencial de la política, a saber: producir y reproducir la vida de la comunidad política (incluida la biosfera).

Las instituciones políticas deben orientar las actividades económicas, puesto que la política legítima es aquella que se constituye para favorecer el principio de mantenimiento y crecimiento de la vida de la comunidad política. El poder se fetichiza cuando deja de representar y suplir las necesidades de vida de la comunidad

El poder legítimo es el que manda obedeciendo⁶⁵. En este sentido, la idea de liberalización de la economía (la cual va de la mano con la concepción liberal

65. En efecto, Dussel sostiene al inicio de su obra *Arquitectónica de la política* que la fuente original del poder está en nuestra voluntad-de-vivir. Este momento, previo a toda cons-

de la libertad negativa)⁶⁶ no es legítima para Dussel: la producción de bienes y servicios, tiene un sentido político (léase público) toda vez que es la vida el objetivo de la gestión política. Por tal razón, afirma Dussel: “Todos los sistemas políticos tuvieron conciencia de la importancia condicionante de la economía. La política debe conducir al bien común las actividades de un sistema concreto del campo económico. No hay que confundir el campo económico con el sistema económico capitalista (...)” (Dussel, 2006).

Estos tres puntos permiten entender, de manera general, las diferencias sustanciales entre el pensamiento dusseliano y el liberalismo político de un Nozick (un anarquista de derecha).- Y es que, como el mismo Dussel muestra en su obra *Arquitectónica* de la política, el punto débil del argumento anarquista estriba en el hecho de que un sistema tal es posible si, y solo si, todos los ciudadanos son éticamente perfectos (lo cual es improbable) y, por tanto, al postularse la imposibilidad de la perfección ética se abre la puerta a todos los fenómenos de dominación y de violencia de unos contra otros (la vida sería inviable, al igual que la libertad y la felicidad). He aquí entonces una propuesta ético-política vigorosa pensada desde América latina. Una propuesta que ofrece horizontes de reflexión novedosos para salvar los abismos de exclusión e inequidad que la experiencia generalizada del nihilismo ha extendido y multiplicado en todos los rincones del mundo en los últimos cincuenta años. Un propuesta filosófica

titudinación política, representa un fundamento afirmativo del poder (en contra de una larga tradición europea que entiende el poder como dominación: Hobbes, y Schmitt, entre otros.). El poder de actuar en pro de la vida (de mi vida, pero ante todo de la vida de la comunidad política), se pone de manifiesto como potencia, como capacidad popular de lo político (o también poder político en-sí) el cual instituye el orden político para que cumpla con el mantenimiento y reproducción de la vida de la comunidad política. En este sentido, la potestas (las instituciones y estructuras del poder político concreto), representa un poder obediencial, es decir, un poder fundado sobre el carácter primigenio de la potencia. Esta diferenciación constituye, según Dussel, los dos momentos fundamentales de la política, inevitables en toda agrupación social histórica. Para profundizar, ver: DUSSEL, ENRIQUE, (2009). *Política de la liberación*, Vol. 02, *Arquitectónica*, Trotta, Madrid.

66. La libertad negativa (o libertad de oportunidad) consiste en aquello que el individuo puede hacer, o en las ventanas que se le abren para hacer tal o cual cosa, independientemente de si lleva a cabo efectivamente las acciones correspondientes. Como es evidente, esta noción es expuesta por Berlin en la introducción a su ensayo *Dos conceptos*: se debe garantizar, por ejemplo, la libertad de expresión independientemente de si los individuos hacen uso de este derecho específico. Y esto es así, porque ni siquiera el Estado puede forzar a los individuos a asumir comportamientos ni valores como fines apropiados de vida. La libertad negativa, que se expresa en libertades particulares y específicas, consistiría pues en el hecho de no encontrar obstáculos en el camino propio –tanto físicos como legales- impuestos por terceros. Para profundizar en este tema, ver: BERLIN, ISAIAH, *Dos conceptos de libertad*, Alianza editorial, Madrid, 2004.

latinoamericana que, no obstante su distanciamiento respecto de la modernidad eurocéntrica, se atreve de nuevo a rescatar la dimensión normativa de lo ético y lo político en un mundo gobernado por un relativismo blando.

Bibliografía

- BERLIN, Isaiah (2001). *Dos conceptos de libertad*. Barcelona: Alianza Editorial, p. 234
- DUSSEL, ENRIQUE (2006). *Veinte tesis de política*. Madrid: Siglo Veintiuno.
- _____ (2009). *Política de la liberación*, Vol. 02, Arquitectónica. Madrid: Trotta.
- SANDEL, Michael (1982). *La ética liberal y el comunitarismo*, pp. 51-54.
- TAYLOR, Charles (1997). *Argumentos filosóficos*. Barcelona: Paidós, pp. 239, 245, 246
- _____ (2002). *Horizontes ineludibles*. En: *Doce textos fundamentales de la ética del siglo XX*. Madrid: Alianza Editorial, p. 233.
- _____ (2001) *What 's Wrong with Negative Liberty?* p. 104.
- TOURAINE, Alain (1994). *Crítica de la modernidad*. México: FCE.
- VATTIMO, Gianni (1998). *El fin de la modernidad*. Barcelona: Editorial Gedisa.



V
*Las imágenes
rememorativas*

El vestuario de la independencia recreado durante el Bicentenario

María Claudia Cabezas Charria



Muchacha de Guaduas en traje de domingo. Acuarela sobre papel de Edward Walhouse Mark, 1846. En: Museo Nacional de Colombia (2003). Ojos británicos. La formación de la imagen visual de Colombia en el siglo XIX. Bogotá. Museo Nacional.

Dirección: María Claudia Cabezas Charria. Profesora historia de la moda y los textiles, Universidad de San Buenaventura Cali, Facultad de Arquitectura, Arte y Diseño. Carrera Diseño de Vestuario. 2010.

Proyecto: “El vestuario de la Independencia recreado durante el Bicentenario”.

Elaboración del vestuario y de los accesorios de la exposición: Kathlen Ascúntar Cerón, Ana Cristina Betancourth Valencia, Lissa María Buitrago Ramírez, Laurie Stephanie Castillo Tello, Natalia Gaviria Tobón, Alexandra Gómez Solano, Sigfrida León Ramos, María Alejandra Millán Potes, Carolina Ocoró Albán, Cindy Johana Orozco Giraldo, Sandra Pérez Cometta, Karen Jimena Sánchez Rodríguez.

Colaboración: Sandra Julieth Cruz Salazar. Laboratorista del Programa de Diseño de Vestuario. Universidad de San Buenaventura, Cali y Hugo Mondragón Ochoa. Asesor Pedagógico de la Carrera de Diseño de Vestuario. Universidad de San Buenaventura, Cali.

Introducción

Para determinar el concepto de moda que se reflejó en el vestuario empleado durante la época de la Independencia en La Nueva Granada, de la cual Colombia formaba parte, debemos remitirnos a los estudios de Historia de la Moda durante el siglo XIX, influenciados por la cultura francesa e inglesa.

Han sido varios los documentos de estudio consultados (aparecen en la bibliografía), Pero dejamos en claro que el material escrito y gráfico que más se ha documentado ha sido el referido al de las clases con mayor poder adquisitivo, puesto que sobre ellas existe una mayor información.

Esta recopilación tendrá como idea vertebral la descripción del vestuario femenino y masculino y algunos accesorios utilizados por los diferentes grupos étnicos, sociales y culturales.

Contexto histórico

El traje en la Nueva Granada entre 1819 y 1899 estuvo condicionado por la estratificación de la sociedad neogranadina en clases definidas según etnia y jerarquía, que se vuelven más complejas con las variantes surgidas por las diferentes mezclas raciales y las procedencias de poder económico, político o religioso, tal como sucedió durante el período colonial, puesto que la independencia generó nuevas castas y relaciones de poder.

Contexto geográfico

Debido a que no se contaba con la demarcación geográfica del mapa actual se ubicaron grupos de referencia dentro de la topografía nacional, a saber: los habitantes de la costa, la montaña, la sabana, el valle y la selva.

Contexto político

A raíz de la condición de personas dominantes y personas dominadas generada por la jerarquía administrativa iniciada en la Colonia, se le da al vestido femenino y masculino un significado de poder, de mando o de limitación.

Contexto económico

La capacidad económica y de producción que ostentaban los habitantes del Nuevo Reino de Granada determinaba la calidad y cantidad del vestuario empleado.

Contexto social

El lenguaje del traje se manifiesta y enriquece cuando deja de usarse exclusivamente para protegerse de los factores medio ambientales. Los cambios en las estructuras políticas y sociales determinaron la evolución de los materiales y modelos en los diferentes círculos sociales según los nuevos pensamientos y conceptos alrededor del “hombre libre”. En la Nueva Granada tras un intenso mestizaje racial se notaba la inmersión cultural hispánica en todas las formas de la vida cotidiana. Al finalizar la Independencia subsistían los prejuicios y discriminaciones del período Colonial, al considerar a los indígenas y esclavos “gente baja y plebe”, y al limitar sus derechos y oportunidades, los mestizos poco a poco se iban ubicando socialmente y la “gente decente” denominados antes de los cambios políticos como “criollos” era la gente blanca que se mantuvo y adhirió a la nueva aristocracia de “los próceres”. La gente pobre como era natural casi carecían de vestimenta, así como los esclavos, y la precariedad en los trajes de los indígenas y mestizos fue cambiando al avanzar el siglo debido a las ideas sociales que condenaban esta situación.

Descripción del vestuario

Analicemos el vestuario de la época para comprender mejor como el contexto social definía la vestimenta usada. Lo dividiremos en indumentaria masculina, indumentaria femenina y el traje nacional

Indumentaria masculina

Uniformes militares

Los atuendos militares resaltaban dentro de la población neogranadina debido a las intensas campañas de la Independencia. Hay poco dinero y los oficiales de los ejércitos patriotas con su propio dinero financian los ejércitos que dirigen, el ejército español se nutre de los aportes de los Virreinos de México y Perú. Los soldados revolucionarios estaban irregularmente uniformados, casi siempre descalzos o usando alpargatas y con una cinta atada al cuello. Los oficiales

patriotas vistieron caprichosamente trajes ideados por sus hermanas y consistían básicamente en un pantalón, una camisa y una chaqueta con insignias y galones y que era reservada para el momento en que ingresaban a la batalla. Hacia 1821 el Congreso de la República firmó un contrato con talleres de Londres y Alemania para surtir de uniformes al ejército, pero el tallaje de las chaquetas no se adecuaba a la contextura física de los soldados y las telas empleadas eran excesivamente pesadas. Se han encontrado diversas descripciones de uniformes militares negociados con comerciantes extranjeros como por ejemplo: "1822: chaquetilla de dril con puños y cuello de color azul, pantalones de dril y gorra de cuero guarnecida con muselina, muy pocos con alpargatas, la mayoría iban descalzos." 1824: cada batallón debía distinguirse por el color de la casaca y el cuello". El primer encargo surtido con elementos nacionales fue hacia 1825: "ruanas de paño amarillo" para que lucieran uniformados en un desfile después de la Batalla de Santuario donde iban a presentar unificados a los ejércitos de Colombia y Venezuela; esta tela fue surtida por el comercio bogotano y en una noche confeccionaron las prendas. Al transcurrir los años se fueron adjudicando contratos para la confección de uniformes con determinadas exigencias: "calzón en manta azul turquí, con franjas celestes, casaquita con cuello para talla regular en la misma tela del calzón con vueltas y barras celestes, camisa en lienzo regular con cuellos y puños de lino y alpargatas" (Martínez, 1995).

Los textiles empleados para elaborar estos uniformes eran confeccionados en fibras de algodón, lino, lana y seda representados en lienzos, paños, linos, géneros, driles y muselinas. Los accesorios se componían de cintas de oro y plata, charreteras, botones, galones de oro, gorras de cuero, alpargatas, corbatines, botines de paño negro con botones negros, botines de lienzo, botas de caballería, botones amarillos con la inscripción "República de Colombia", calzones de lienzo, capote de paño fuerte color marrón, morrión completo de adornos militares con la inscripción "República de Colombia", zapatos claveteados, gorros de paño negro, kepis para cubrir la cabeza, sombreros de paja con el kepis puesto encima y como armamento rifles, espadas, cuchillos y palos.

Hábitos religiosos y vestidos eclesiásticos

Las comunidades religiosas que se trasladaron a América desde el siglo XVI y participaron en la conquista fueron los franciscanos y dominicos y las que se instalaron después de la Colonia fueron los agustinos, los capuchinos compuestos en su mayoría por españoles de nacimiento quienes se vieron forzados a emigrar al conocerse el triunfo de los patriotas y los jesuitas estos últimos expulsados en 1760. El clero secular se formaba de algunos de los criollos vinculados al

proceso de la Independencia y cambiaron sus hábitos por trajes de la época. A los religiosos quienes conservaron sus atuendos, los caracterizaban las sotanas negras, con capa amplia y gran sombrero “de teja”.

Clase alta

Debido a las continuas guerras para lograr la independencia la ropa de buena calidad comenzó a escasear obligando a los hombres a usar una y otra vez los mismos trajes que comenzaron a verse raídos, desteñidos y deshilachados. El atuendo se componía de chaquetas de paño, esclavinas, camisas, redingotes, fraque, levitas, botas altas, sombreros con inspiración militar, cubiletes, chalecos, corbatas de seda y ruanas.

Hacendados

Estos personajes organizaron un atuendo propio de las labores del campo empleando sombreros de jipijapa, guantes de cabritilla, botas con espuelas, ruanas quiteñas de seda con listas de colores vivos, zamarros o pantalones de cuero y un pañuelo anudado al cuello.

Hombres de los sectores populares

Los vestidos del mestizo y de los indígenas consistían en un pantalón a media pierna, calzoncillo de manta blanca y casaca de algodón y en algunas ocasiones una camisa blanca completando el atuendo la ruana. Los accesorios empleados eran sombreros de fibra vegetal, de lana prensada o tejida y unas alpargatas. Los textiles empleados eran de algodón y lana y se encontraron lienzos gruesos y delgados, mantas, mantellinas y cintas.

Indumentaria femenina

El vestuario femenino reflejaba la cambiante moda europea que se veía específicamente en Francia y en Inglaterra y que llegaba con los inmigrantes al comenzar la República. Las mujeres neogranadinas comenzaron a adaptar la indumentaria cuando se desvincularon de la Colonia y conjugaban la moda extranjera con las creaciones regionales, y variaban los materiales textiles empleados según el clima tan diferente de una región a otra. Esto creó una “singular forma de vestir que no se veía en ningún otro sitio del mundo y que encantaba o sorprendía a los viajeros” de acuerdo a escritos extranjeros, citados por Martínez, que describían la nueva sociedad después de la Independencia. Entre otras cosas

relataban la costumbre practicada por las jovencitas de consultar con sus amigas íntimas lo que iban a usar para asistir a una determinada reunión y así llegar “uniformadas” con el mismo estilo en el traje, en las telas y en los adornos, con lo cual demostraban su mutuo cariño.

Hábitos y vestidos de religiosas

Las pocas monjas que se encontraban en el territorio eran de clausura y conservaban los hábitos con los colores de la orden a la que pertenecían: azul y blanco las Concepcionistas, pardo las Carmelitas, gris y negro las Clarisas, negros las Dominicas y las de la Enseñanza. Durante esta época se apreciaba sin embargo que algunas mujeres que pedían una gracia con fervor y devoción lucían un traje de paño de color café en forma de hábito ajustado en la cintura, y lo acompañaban de una mantilla de paño blanco y sombrero negro.

Damas de clase alta

El vestuario femenino se caracterizaba por diferencias según la ocasión en que iba a ser lucido. Veamos por ejemplo la siguiente descripción señalada por algunos autores que aparecen en la bibliografía:

Señalan ellos que dentro de la casa las señoras permanecían con una falda larga y una blusa, para salir al vecindario se cubrían con una mantilla, si el desplazamiento era más largo usaban sombrero de paño prensado con un estilo muy masculino. Usaban medias de algodón de colores vivos o bordadas, las cuales sostenían con ligas, y los zapatos de cordobán tenían el estilo de las chinelas que protegían con unos chapines en caso de que el sitio a visitar estuviera húmedo y lluvioso. Estos zapatos tenían una plataforma de corcho que ostentaban una altura entre 15cms y 45 cms., y protegía el pie de la humedad y el borde de la falda de la suciedad. A los chapines se les adaptaron ciertos lujos como recamados con piedras preciosas, bordados de seda, oro y plata, en algunas regiones como Pamplona las damas los dejaban en el atrio de la iglesia antes de entrar a la misa y al terminar la celebración los volvían a usar. Otras “damas” los utilizaban para agredirse en mítines políticos. En algunos escritos realizados por extranjeros se describen los vestidos de las mujeres jóvenes como “chillones” mientras sus madres iban envueltas en hábitos oscuros. Lo que veían eran unas señoritas peinadas con un estilo romántico adornando su pelo con peinetas, flores naturales y lazos. Las joyas eran pesadas y abundantes a pesar de los sucesos ocurridos durante la Época del Terror y de la Independencia. El calzado consistía en unas babuchas de seda o cordobán en colores vivos y

que se ataban con una cinta a la pierna. Complementaban el atuendo con una mantellina de tela delgada cruzada sobre el pecho con un broche de pedrería no siempre auténtico. Otros documentos nos relatan cómo era la vestimenta para hacer visitas o para una gala: los vestidos eran de muselina, adornados con guirnaldas y festones blancos, los sombreros de estilo masculino elaborados en paja o en castor adornados con una cinta y flores o plumas, se ponía sobre la cabeza cubierta de un chal ricamente bordado y suficientemente amplio para cubrir el talle, con lo que reemplazaban la manta; los zapatos eran de satín y las medias eran de seda. Podemos concluir que la vestimenta básica de las damas de la alta sociedad neogranadina se componía de:

- Mantilla para cubrir la cabeza elaborada en paño de color azul o negro con un adorno de terciopelo.
- Peinetón para sostener la mantilla.
- Sombrero negro de forma redonda y ala ancha.
- La mantilla caía sobre los hombros, cubriendo la espalda y el pecho y dejando libres las mangas en forma de globos.
- Camisas que variaban el largo de la manga desde el hombro hasta el puño, escotes que se cerraban o se pronunciaban dependiendo del clima y se adornaban con encajes y bordados de flores elaborados a mano.
- La falda larga elaborada en paño de seda azul o negra se adornaba en el borde del dobladillo con una franja de seda o terciopelo del mismo color y canutillos.
- Para darle vuelo a la falda usaban debajo de ella una enagua y el borde del dobladillo de esta prenda interior era adornada con labores de hilos entresacados o puntas de encaje.
- Adornaban sus orejas y sus cuellos con pendientes y collares elaborados en oro y piedras preciosas y relojes marcados y adornados con rosas en forma de pendiente que colgaban de cadenas de oro.
- Bata (robe de chambre) para estar en casa acompañada de chinelas del mismo color.

Campesinas y mujeres de sectores populares

Los escritos, dibujos y pinturas referidos a la época se refieren con elogio y admiración los atuendos empleados por las mujeres que no tenían un rango social

asignado por un apellido encumbrado o por una riqueza material que conseguían al casarse con un hombre que concentraba su prosperidad en tierras, esclavos, ganado y dinero. Las prendas del vestuario de las señoras de la alta clase social fueron las mismas que llevaron las mujeres de las clases inferiores, se diferenciaban en los materiales textiles, en lo tosco de los sombreros y en la ausencia de calzado. Manifiestan de forma reiterada estos narradores su admiración por el aseo y la pulcritud de estas féminas, quienes tenían unos rasgos hermosos de tipo indígena, con su rostro enmarcado por sus largos cabellos negros separados en la mitad y sostenidos a los lados por dos trenzas que les caían hasta la cintura. Como la mayoría eran artesanas pues sabían bordar, tejer y coser o eran esposas de maestros artesanos, por lo que podían lucir en su vestuario algunos lujos en los accesorios que competían por su calidad y finura con el vestuario de las señoras de clase alta. Estas mujeres mestizas dedicadas al campo y al pueblo recibieron diferentes nombres, lo que dependía de la región en que habitaban. Por ejemplo: AGUADORAS en Bogotá, CINTURERAS en Cundinamarca, Huila y Tolima, ÑAPANGAS en Popayán (viene de la voz quichua *llapango* que quiere decir "descalzo") CHINAS (voz quichua que quiere decir "doncella muchacha del servicio") en Bogotá.

A continuación reseñaremos algunas descripciones de ciertos atuendos:

- Enaguas de bayeta rosada con cintas celestes, mantellina de paño azul.
- Cubanos con cinta de raso, mantillas y enaguas de paño azul.
- Las mujeres del pueblo en Cartagena usaban un jubón corto de sarga, de indiana o de muselina, ajustado por un cinturón de vivos colores, camisa muy escotada sin mangas y los bordes adornados con encajes. Para salir se cubrían con un chal de algodón, lana o seda que cruzaban sobre el pecho, y dejaban los bordes colgando en la parte trasera de la espalda.
- Un vestido largo y sencillo elaborado en algodón estampado era lo que empleaban las muchachas del servicio.
- Las indígenas ordinarias usaban una blusa larga llamada "cusma" con abertura para meter la cabeza y los brazos, la anudaban a la cintura y se cubrían con un chal sobre sus hombros.
- Las mujeres de maestros artesanos lucían gruesas sortijas, enormes anillos, zarcillos grandes y gargantillas de oro o de plata con relicarios de Santa Bárbara, collares de coral o cuentas de vidrio.
- El peinado podía variar entre las dos trenzas largas o en un rodete sostenido por peinetas de concha o de metal dorado.

- La mayoría van descalzas y solo las más elegantes en algunas ocasiones, por ejemplo para salir, llevan zapatillas de lana o alpargatas.
- Los sombreros complementaban todos los vestuarios y podían ser de palma con tejidos trenzados, de paja o de castor negro de copa redonda, extendido.

Uniformes militares femeninos

En las guerras las mujeres no se contentaron con cumplir un papel de viudas o huérfanas resignadas. Llevaban mensajes, espían, esperaban y anunciaban movimientos o intenciones. Abastecen a los combatientes de víveres y munición. La moda en las faldas con vuelos se vuelve cómplice de transportes “ilegales” y el honor, el pudor y la caballerosidad impedía a la mayoría de los militares requisar debajo de escotes y dobladillos.

Un apasionante relato de María Martínez de Nisser quien participó en las batallas de guerra hacía 1840, cabalgando y guerreando junto a los soldados, cuenta como muchas mujeres fueron personajes activos de las contiendas, al utilizar las telas de sus enaguas para vendajes, las varillas de los *corsets* para inmovilizar fracturas, anestesiando y curando a los combatientes heridos y disparando cuando un soldado cae y ellas toman su arma para continuar la labor del fallecido. Describió el vestuario que usaban así: “con tela burda y como a la media noche me la metí y una de mis hermanas que creía que todo era en chanza, ha llorado mucho de verme cortar el pelo y ponerme vestido de hombre” (Cit., por Montaña, 1993).

Se puede decir lo mismo de la famosa Manuela Sáenz quien entre sus extravagancias más reconocidas estaba la de vestir uniformes de húsar con sus correspondientes pantalones rojos, encima una ruana de terciopelo negro y complementaba el carácter castrense de su indumentaria con botas largas de color oscuro. En alguna ocasión para una fiesta de disfraces lució un completo uniforme militar masculino por lo que generó el rechazo de la conservadora sociedad bogotana.

Accesorios

Para destacar la gracia y feminidad de las mujeres en nuestro país se usaban ciertos artículos de lujo que llegaban importados desde París; entre ellos encontramos los siguientes:

- Corpiños.
- Sombrillas de seda y encaje con cabo de marfil.
- Pañuelos de lino bordados y marcados.
- Pañolón de lana.

- Guantes de cabritilla.
- Gorras blandas con adornos.
- Plumas, flores, moños de cinta adornados con pedrería y peinetas de carey.
- Sombreros grandes.

El traje nacional

Como se ha especificado desde el principio de este documento, el traje autóctono, regional o nacional se fue construyendo con la amalgama de estilos que reunieron tendencias de la moda del siglo XIX en Francia e Inglaterra usadas por los extranjeros que llegaban a nuestro país, y que la alta sociedad Granadina copiaba y acondicionaba con los materiales textiles y artesanales que las clases campesinas y del pueblo elaboraban. Estas personas a su vez tenían su propia manera de vestir un tanto recargada y florida para los ojos de los extranjeros quienes desde su llegada reseñaron esta y muchas costumbres del nuevo pueblo libre. Después de muchas investigaciones y estudios realizados desde 1852 por la Comisión Corográfica dirigida por Agustín Codazzi, los cuales dejaron como resultado documentos respaldados con dibujos que concluyeron que hubo una prenda común para todas las personas sin importar su condición social: la ruana. Esta prenda se ha conservado a través del tiempo y ha servido como abrigo o complemento del vestuario en toda Hispanoamérica, y ha recibido diferentes nombres.

La ruana

El nombre seguramente procede del genérico *Ruan*, utilizado para denominar a los paños que procedían de la ciudad francesa de Ruan. No se conoce exactamente cuando la pieza de paño se abrió en la mitad para formar un ojal por donde entrara la cabeza de quien la usa. Desde 1579 se tejía la lana en nuestro territorio para elaborar esta prenda. El término “ruana” se extendió hasta perder el significado original de pieza de paño, y algunas tejidas en algodón recibieron también este nombre.

Pañolones, rebozos y mantillas

La palabra procede de pañuelo y éste del latín “*pannus*”. Es el resultado de un aumentativo: pañuelo grande. Estos accesorios llegaron con las españolas y se conocían como “mantón de manila” eran elaborados en seda, y los bordes del dobladillo se adornaban con flecos, con un deshilado trenzado o con un tejido de macramé. Su uso se fue extendiendo a las clases populares especialmente a la clase campesina donde las mujeres no solo lo usaban para abrigarse sino también para cargar en él a los niños. El rebozo sustituía el pañolón y era empleado para

cubrir la cara y el cuello de las campesinas cuando hacían labores externas y debían cubrirse del sol. La mantilla recibía también el nombre de *mantellina* y era un tocado que usaban sobre la cabeza y que cubría el cuello y los hombros.

Camisas y enaguas

La camisa fue originalmente una prenda interior (*camisia*) “porque con ella yacemos en la cama”. Se usaban debajo de un vestido exterior que al volverse escotado dejaba ver los hermosos bordados y adornos de esta prenda. Poco a poco se comenzó a usar sola convirtiéndose en una prenda que con algunas variaciones en los adornos usaban los hombres y las mujeres. La enagua es la prenda interior debajo de la falda, elaborada generalmente en lienzo.

El carriel antioqueño

Se conoce desde el siglo XVI y recibió el nombre de “*guarniel*”. Lo describían como un cinturón con bolsillos elaborado en cuero o en cabritilla. Poco a poco se fue adaptando con una correa para llevar colgado del hombro. Desde su origen fue usado por los hombres para llevar documentos, dinero y otras especies.

A manera de conclusión

Luego de la lectura y estudio de diferentes documentos se ha logrado elaborar un compendio con las prendas básicas que conformaron el vestuario que se usó, hace 200 años, durante el período de la Independencia en nuestro país. El resultado es la descripción de una conjunción de culturas, lo que se hace evidente cuando se viven estos cambios de poder. Más allá de la presentación de cada prenda, es importante valorar el significado que cada una de ellas tenía, de cada detalle, costura y adorno, porque eso era lo que nos caracterizaba y nos hacía diferentes frente a los ojos, modas, gustos y estéticas extranjeras.

A través del tiempo hemos conservado este sentido autóctono en el vestuario y lo que en la actualidad somos y estamos explorando en el marco nacional e internacional, tiene sus raíces en esa amalgama de colores y texturas que imprimimos en los diseños de cada prenda.

Sugiero finalmente que ojalá este documento pueda abrir una puerta a la investigación histórica y estética de nuestra vestimenta autóctona por parte de los docentes y de las y los estudiantes de nuestra Carrera de Diseño de Vestuario. Tal vez, si conocemos de dónde venimos, podamos entender y apreciar mejor hacia donde debemos ir.

Glosario

ALPARGATAS: Calzado rústico hecho de lona, con el piso de cuerda de cáñamo o esparto arroyada formando una plancha de la forma de la suela.

BABUCHAS: Zapatilla sin talón, de las usan los musulmanes o parecidas a ellas.

BAYETA: Tela de lana floja y poco tupida.

CABRITILLA: Piel curtida, blanda, de cabrito o de otra res pequeña. Que se emplea, por ejemplo, para guantes.

CAPOTE: Prenda de abrigo de forma de manta con un agujero en el centro para pasarla por la cabeza.

CASACA: Vestidura con mangas y faldones ceñida al cuerpo-

CHAPINES: Especie de sandalias o chancla de madera o corcho con suela gruesa que se pone debajo del calzado y se sujeta por encima del pie con una dos tiras de cuero y sirve para preservarse de la humedad.

CHARRETERAS: Insignia del uniforme militar consistente en una pieza forrada de tejido de seda, oro o plata, con un fleco, la cual se lleva en el hombro de la guerrera.

CHINELAS: Zapatilla sin talón.

CORDOBÁN: Piel de cabra curtida; eran famosas las que se fabricaban en Córdoba (España).

CUZMA: del Quechua. Túnica o algodón de lana, sin cuello ni mangas que baja hasta los muslos.

ESCLAVINA: Prenda a modo de capa muy corta que se lleva sobre los hombros, pegada con frecuencia a otra prenda.

ESPUELAS: Arco de metal, con una estrella o ruedecilla con dientes, que se ajusta el jinete al talón para picar a la cabalgadura.

FRAQUE: Frac. Vestidura de hombre que por delante llega hasta la cintura y por detrás tiene dos faldones más o menos anchos y largos.

FUSTAN: Tela gruesa de algodón, con pelo por una de sus caras.

GALON: Cinta de tejido grueso, generalmente de seda,, o también de hilo dorado o plateado, que se emplea para ribetes o como adorno. Específicamente, distintivo que llevan en el brazo o la bocamanga, indicativo de su graduación, los miembros del ejército y otras organizaciones jerarquizadas.

GUARNECIDAS: Poner en un vestido o una prenda un adorno. También significa, desde el punto de vista militar, colocar fuerzas en una plaza para su defensa.

HÚSAR: Soldado de caballería ligera que iba vestido a la húngara.

INDIANA: De las Indias. Nombre aplicado a América en la época del descubrimiento y conquista.

INSIGNIA: Bandera o estandarte u otro objeto llevado en alto como distintivo y para agrupar a un conjunto de personas. Objeto, a veces en forma de plaza con un dibujo, otras con la forma de cierto objeto. Que se lleva, por ejemplo, en la solapa, como distintivo de una asociación o cuerpo.

JIPIJAPA: Es el nombre vulgar que se da a la Iraca en regiones como el departamento de Bolívar y el Tolima. Se usa para hacer sombreros, entre otros usos. Los sombreros elaborados en Suaza (Huila) eran muy populares en la campaña Libertadora (1813-1819).

JUBÓN: Prenda de vestir con o sin mangas, que cubre hasta la cintura.

KEPIS O QUEPIS: Gorro de uniforme militar cilíndrico y bajo, con visera.

MANTELLINA: Mantilla corta, en forma de toca confeccionada en lienzo que ceñía la cabeza y caía sobre el cuello y los hombros.

MANTILLA: Prenda de seda o paño que se pone sobre la cabeza y cae por los hombros, que forma parte del traje de las campesinas de algunas regiones.

MORRIÓN: Casco de armadura de forma esférica. Con un reborde a modo de ala y un adorno desde la parte anterior a la posterior dividiéndolo en dos mitades.

MUSELINA: Tela de algodón fina y poco tupida. También las hay de lana, seda. etc.

REDINGOTES: Capote de poco vuelo y con mangas ajustadas.

SARGA: Tela de seda que hace cordoncillo.

SAYUELA: Camisa de estameña.

ZAMARROS: Calzones amplios de piel con el pelo hacia afuera usados sobre otros pantalones para montar a caballo.

Bibliografía ampliada

- ARRIETA Otero, Jorge. (2010). Bicentenario de la Independencia de Colombia. En Revista Fucsia, *200 años de moda*, N°113., p.42-43

- BARTHES, R. (2003). El sistema de la moda y otros escritos. Barcelona. Paidós Iberoamérica S.A.
- BERMÚDEZ Escobar, I.C. (1997). La caña de Azúcar en el Valle del Cauca. Bogotá. En: Credencial Historia Valle del Cauca. Edición 92, p.8
- CASTAÑEDA León, L. (1981). Vestido tradicional del Perú. Lima. Museo Nacional de la Cultura Peruana.
- CASTRO Carvajal, B. (1994). Las fiestas de abolición de la esclavitud. Bogotá. En: Credencial *La libertad de los esclavos*. Edición 59, p.14
- CORPORACIÓN Ballet de Colombia. (1972). Trajes regionales de Colombia. Bogotá Litografía Arco.
- DEAS, M. (1990). Tipos y costumbres de la Nueva Granada. 60 Acuarelas y dibujos descubiertos en Londres muestran cómo eran los colombianos al comenzar la República. Bogotá Credencial historia. En: *Tipos y costumbres de la Nueva Granada*. Edición 1, p.4
- FAJARDO Barragán, Arnovy. (2008). Santiago de Cali, una ciudad de dinamismo permanente. Bogotá. En: Credencial Historia. *Santiago de Cali. Quibdó*. Edición 227, p.2
- GONZÁLEZ de Cala, M. (1997). Oficios y artesanos en la Colonia y en la República. Bogotá Credencial historia. En: *Oficios y artesanos*. 87, p.8
- IRIARTE NUÑEZ, A., y C. Trujillo Avila (1995). Trajes, historias y leyendas de Santafé. Santafé de Bogotá. Fondo Cultural Cafetero.
- LONDOÑO Vega, P. (1995). Las colombianas durante el siglo XIX. Bogotá. En: Credencial Historia *Las mujeres en Colombia*. Edición 68, p.7
- MARTÍNEZ Carreño, A. (1995). La prisión del vestido. Aspectos sociales del vestido. Santa Fe de Bogotá. Planeta colombiana Editorial.
- MARTÍNEZ Carreño, A. (1982). Un siglo de moda en Colombia-1830-1930. Bogotá. Fondo Cultural Cafetero.
- MARTÍNEZ Carreño, A. (1993). La industria femenina de los sombreros. Bogotá Credencial historia. En: *Orígenes de la industria en Colombia*. Edición 43, p.4

- MARTÍNEZ, M.P. (2003). Las mujeres al final del período colonial. Bogotá. Credencial historia. En: *150 años del voto femenino*. Edición 163, p.7
- MELO GONZÁLEZ, J.E. (1996). Lo que hay que leer para conocer la Historia de Colombia, II. Bogotá. En: Credencial, *Una perfecta casada*. Edición 77, p.12
- MOLINER, M. (2000). Diccionario de uso del español. Madrid. Editorial Gredos.
- MONTAÑA. A. (1993) Cultura del vestuario en Colombia. Bogotá. Fondo Cultural Cafetero.
- MOYA, R. (1988). Los tejidos y el poder...el poder de los tejidos. Quito. Cedime, Serie Difusión Cultural.
- MURILLO Vacareza, J. (1982). La pollera: indagación social e histórica. La Paz. Ediciones Isla.
- Museo Nacional de Colombia (2003). Ojos británicos. La formación de la imagen visual de Colombia en el siglo XIX. Bogotá. Museo Nacional.
- RIVADENIERA, R. (2010). La moda en 1810. En: Revista Fucsia, *200 años de moda* N°113. , p.44-45
- RIVADENEIRA, R. (2010). Los peinados en 1810. En: Revista Fucsia, *200 años de moda* N°113. , p.58-59
- RIVADENEIRA, R. (2010). La belleza en 1810. En: Revista Fucsia, *200 años de moda* N°113. , p.62-63
- RIVADENEIRA, R., y Pablo Rodríguez (2010). Los accesorios en 1810. En: Revista Fucsia, *200 años de moda* N°113. , p.52-54
- RODRÍGUEZ Jiménez, P. (1994) La vida doméstica en la Colonia. Bogotá Credencial historia. En: Vida diaria. Edición 55, p.4
- RODRÍGUEZ Jiménez, P. (2003) Bailes prohibidos y estamentos sociales. Bogotá Credencial historia. En: *Bailes y fiestas*. Edición 168, p.7

- Sin nombre autor. (1957). La seda en la indumentaria, siglos XVI-XIX. Colección Rocamora. Exposición organizada por el colegio del Arte Mayor de la seda. Barcelona. Palacio de Comillas. (Cit., por Martínez Carreño, 1995).

La exposición del vestuario de la independencia recreado durante el Bicentenario



Panorámicas de la exposición



La profesora María Claudia Cabezas Charria, directora del proyecto, al lado de algunos de los trajes exhibidos



El Rector, Fray Álvaro Cepeda Van Houten, con las estudiantes de Diseño de Vestuario, artífices del proyecto



En primer plano, un traje clerical decimonónico



Estudiantes de la Universidad apreciando la exposición



Diversos planos de la exposición





Otros aspectos de la exposición



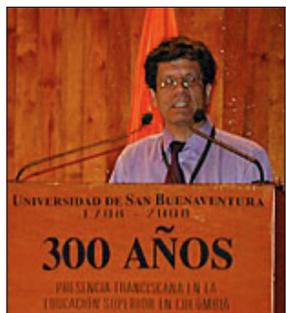
Noche de gala por el Bicentenario



El 20 de mayo, con la Noche de Gala, se coronaron las actividades realizadas, en el marco de la celebración del Bicentenario a lo largo del primer semestre de 2010



El profesor Pedro Mario López Delgado en la lectura de los Actos Protocolarios



El profesor Alexander Muriel realiza un inventario de lo que hemos logrado como colombianos, en la proximidad del Bicentenario



Intervención de Fray Álvaro Cepeda Van Houten, OFM, Rector de la Universidad de San Buenaventura, Cali.



Fray Álvaro Cepeda Van Houten, Rector de la Universidad de San Buenaventura, Cali. A su lado, el doctor Juan Carlos Flórez Buriticá, Vicerrector académico y el doctor Claudio Camilo González Clavijo, decano de la Facultad de Ingeniería.



En primer plano, el doctor Walter Mendoza Borrero, decano de la Facultad de Educación y el doctor Nicolás Orejuela Botero, decano de la Facultad de Derecho.



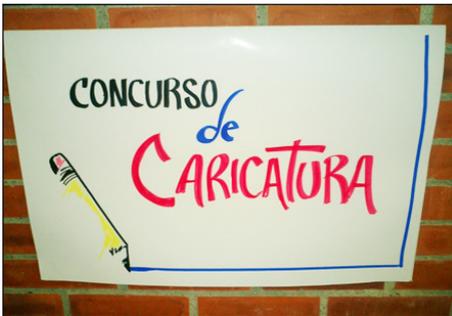
Aspectos de la entrega de premios en los concursos



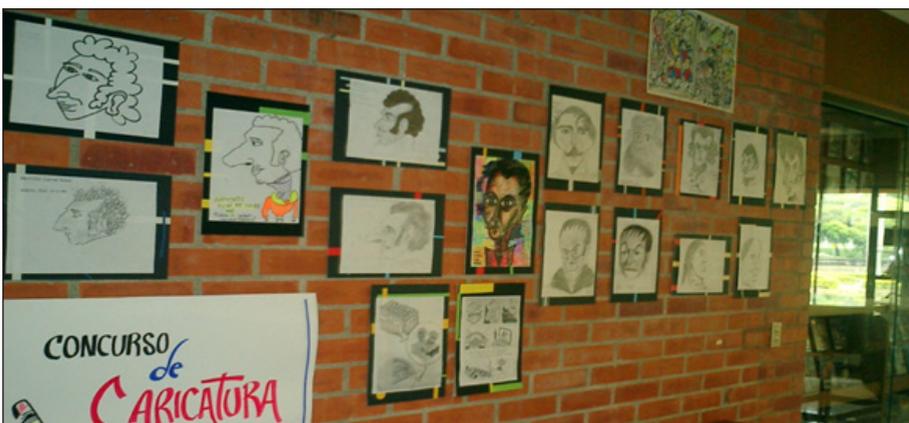
Aspectos de la intervención musical del grupo Tamborimba



Los concursos



20 de mayo de 2010



Vista parcial de la exposición de caricaturas en la Biblioteca de la Universidad

Exposición de Antigüedades Mayo 20 de 2010



Gran parte de las antigüedades eran piezas de gran factura y admirablemente conservadas



Utensilios que en el pasado centenario fueron de gran utilidad y hoy tenidos en alta estima



Y entre el misterio de las vasijas vaga la sombra de los abuelos



Pluralidad de prendas que sugiere entonces historias de la historia



VI
*Las voces de
los estudiantes*

Bicentenario: ¿celebración de la Independencia?

Estefanie González Córdoba*

Por estos días vivimos la sensación de celebración, alegría y júbilo en cada rincón de nuestro país, ya que conmemoramos 200 años de ser, como nos dicen todos y la gran mayoría de periódicos, revistas, canales de televisión y radio: independientes. Pero muy pocas veces asumimos una postura crítica frente al rumbo, que a través de todos estos años ha tomado Colombia. ¿En realidad hemos logrado consagrarnos como un país autónomo y libre? ¿Qué significado tiene esta celebración cada año? Y por último ¿en qué hemos convertido esta fecha de patriotismo especial? Veamos qué podemos decir a propósito de estos interrogantes a lo largo de este escrito.

El día de la Independencia Nacional es quizás el evento histórico más importante de todo el país pues hacia el año 1810 se daba el primer atisbo de lo que podría ser nuestro futuro: desde luego no podemos asegurar que con esto empezaba la construcción de la identidad nacional de Colombia. Esto porque no es dable pensar que la Independencia signifique toda una revolución política o social, pero podemos decir que se vislumbra un primer horizonte hacia la concepción del ciudadano de estas latitudes; del “ciudadano colombiano” y con ello una paulatina aprehensión del sentido de pertenencia, de inherencia y ponderación de lo que significa ser colombiano; sentido de pertenencia, pues, a la sociedad colombiana, a la nación colombiana.

*. Estudiante de la Facultad de Psicología.

Construcción por tanto de la nacionalidad que en esta trayectoria bicentenaria, ha ido incorporando, a fuerza de una traumática beligerancia que enfrenta a los colombianos, esa voz del pueblo, silenciada, excluida, desoída. Pero esta situación de rechazo y discriminación se volvió inherente al ser colombiano. Y en el eje central en la edificación de la estructura política, social, cultural de esta gran nación. Cientos de ilusiones permanecen aún allí plasmadas, anhelantes de cambios, de reformas sociales; en la búsqueda del bienestar colectivo y la meta de proyectarse hacia un futuro en el cual Colombia llegue a ser, efectivamente, no simbólicamente como pudiera hacersele ver a través de celebraciones que tal vez poco le dicen a las grandes mayorías, un país libre, autónomo, incluyente, participativo, equitativo; una nación respetada, solidaria y significativamente convertida en hogar de cientos de sueños, alegrías y promisorias existencias de seres universalmente identificados como colombianos.

En gran parte este ejercicio de nación que arranca con aquellas gestas independentistas, se debe al accionar de un pueblo, no perceptible todavía en una historia escrita, porque hasta ahora, esta ha sido la historia de los vencedores. Pero en la historia real el sacrificio, el dolor, la horrible noche, los representa eses pueblo, y la gloria, el honor, la victoria se le atribuye a unos pocos. Pero esto no debería excluir el quehacer de esos ciudadanos anónimos, humildes, activos y participantes que día a día, año tras año, a través de nuestro devenir, aportan sus victorias y luchas imperceptibles para el ojo de la historia elitista. Victorias ganadas en contra de la injusticia y a favor de la igualdad, y que trascienden cada vez más los límites de la iniquidad y la violencia, y poco a poco nos abren un camino que promete grandes oportunidades de desarrollo. En este sentido, la Independencia es aún bicentenaria y señala un horizonte de plenitud y realización material, espiritual y moral para todos y todas. Así la Independencia se convierte no en una situación del pasado mítico superado, sino en una cuestión de palpitante actualidad a la que se debe aspirar como imperativo y como posibilidad de ser colombiano.

Tiende a pensarse que la situación de Colombia ería otra si hubiéramos seguido con esa pasión con que empezamos ese largo camino hace 200 años. Quizás este ha sido el camino obligado, camino que ha conducido a la actualidad que nos ha correspondido vivir. Quizás podamos ver otra realidad distinta, opuesta al ideario libertador de nuestros próceres; quizás no estaba a la orden del día de aquellos primeros años decimonónicos, ni a lo largo de estos doscientos años, cambiar esa realidad, porque lo que ha imperado es la conservación de un cierto status quo estratificado y elitizado, el cual sí ha sido preservado desde la Independencia.

De ahí que hoy en día este acto se vea reducido a un gran conjunto de eventos, festejos y actos que principalmente promueven lo trivialmente nacionalista, proclive a lo carnavalesco, lo turístico lo exultante, lo cual puede tener alguna importancia, pero en realidad lo que se busca es desinformar, distraer y obtener algún lucro. Y todo esto lo ocultan bajo el pretexto, para mí intrascendente, de “recordar aquel pasado glorioso e histórico”.

Particularmente, en escuelas y/o centros educativos y de desarrollo cultural se organizan eventos en el marco de estas festividades del Bicentenario, en muchos casos por entrar en una moda y se llevan a los estudiantes y demás personas interesadas a ver galerías de imágenes de aquel acontecimiento, películas, obras de teatro, y en general un sinnúmero de prácticas relacionadas con el Bicentenario de la Independencia Nacional de nuestro país, pero no queda más allá de estas efemérides y conmemoraciones que la noción de un espectáculo en el cual lo que importa es el número de asistentes y el éxito que la institución pueda tener en su organización; en estas condiciones, el sentido crítico, rememorativo, reflexivo y ponderativo que sirva de horizonte para la acción, es postergado. La pregunta entonces es si ¿algún día será posible evaluar la calidad formativa como situación que involucra la actitud política y la actitud moral en aras del progreso y mejores realidades para los colombianos?

Probablemente la respuesta a esta cuestión se halle en la reflexión que cada uno de nosotros hagamos sobre el significado que tiene esta fecha para nosotros más allá de todo el economicismo y la intrascendencia de estas celebraciones. Como estudiantes nos vemos expuestos en estos días, a situaciones de insustancialidad, desinformación, que muchas veces vienen de ciertos maestros, si se les puede llamar así, permeados por esta cierta ideología de la intrascendencia histórica.

Afortunadamente para ninguno de nosotros es un secreto la pésima situación que nuestro país afronta, la transformación que la política ha tenido, tantos problemas que jamás habíamos enfrentado: la parapolítica, la narco política, y el desvío de la atención hacia temas irrelevantes como los pleitos entre Venezuela y Colombia; y qué decir respecto a la actual dependencia que el gobierno tiene con países como Estados Unidos, la increíble situación de confusión e incertidumbre que pasamos frente a las próximas elecciones, porque ya no tenemos que decidir el próximo presidente libertador sino el dictador menos cruel e inhumano. Creo que son estos y muchos más los asuntos que en realidad importan en este momento, son estas las principales pruebas para permitirnos replantearnos si de verdad ahora somos un país libre, exentos de esclavismo y desigualdad. Hablamos de libertad sin condiciones y nuestros secuestrados se debaten entre la vida y la muerte en las más precarias condiciones, en la densidad

impenetrable de las selvas de Colombia, sin ninguna posibilidad de libertad en una época que celebra la libertad.

Proclamamos un avance en ideologías y proyectos sociales para un futuro mejor, sin embargo nuestros niños cada vez más sucumben en la extrema pobreza y miseria que los azota cada día. Nos sentimos orgullosos porque nuestros jóvenes serán el mañana de la nación, pero a la hora del Estado pronunciarse con recursos y oportunidades para ellos simplemente reina el silencio. Cada uno de nosotros tiene la vana ilusión de la idea de progreso en las reformas constitucionales y parece que no nos damos cuenta de que en la actualidad ya no tenemos leyes, ya no somos Estado, los políticos son la nación y los que dictaminan nuestra forma de vivir. La gran mayoría de la población colombiana, cerca al 75% de habitantes, ni siquiera sabe reconocer entre derechos y deberes que supuestamente se nos han otorgado, pero esto no importa pues el consumismo e industrialización de la política en los procesos educativos, sociales y culturales nos venden la idea de desarrollo, de avance, de que Colombia está saliendo del atraso frente a los demás países. Sin embargo, en realidad pocas veces nos damos cuenta que es todo lo contrario, cada día la idea de pueblo se desvanece, pues ya no existen actores políticos en contra del absolutismo ideológico que hoy nos rige.

Por lo tanto, en un primer punto aceptemos que el proceso de independencia de Colombia fue un hito nacional, pero esto sucedió hace 200 años, y no ahora, ya que un verdadero “mérito” que hemos logrado hasta hoy es el retroceso de nuestra sociedad. Siguiendo esta línea de reflexión creo que deberíamos pensar lo que esperamos de esta conmemoración nacional; si es preciso rechazar esta convocatoria festiva o por el contrario adoptarla sin ningún tipo de reparo y consideración.

Mi respuesta es que según lo que hemos discutido anteriormente no debemos adoptar ninguna de estas dos posturas, ya que el verdadero significado que se le debe dar a estas efemérides es que son la ocasión para asumir una verdadera postura crítica y analítica que provoque que estudiantes, maestros y cada uno de los habitantes colombianos replanteemos lo que se ha hecho hasta ahora en los procesos de desarrollo del país con el fin de reescribir la actividad política en nuestras vidas, participar en la construcción de nuevos relatos diversos y plurales, construir en realidad la nueva y correcta ruta hacia la Independencia, o sea el camino a la libertad; pero a salvo de la pobreza, la corrupción, la violencia y la marginalidad. En este sentido la actualidad del Bicentenario es una invitación a todos los que hayamos nacido en suelo colombiano a construir debates, foros y campañas con sentido crítico, para una reforma totalmente

radical en lo social, en lo educativo, en lo político y en todo los aspectos que haya que tratar; a partir de lo cual todos salgamos a poner la cara y la voz por Colombia y por nosotros mismos, y dejemos de lado esa inútil dependencia a los representantes ineptos que hemos tenido, Porque todos nosotros somos el Estado, y no solamente los que se han sentado en “el canapé del contubernio republicano”. La democracia debe ser algo más que lo representativo, puesto que esta noción de representatividad hoy en día significa dar la voz y permitir que nos representen aquellos cínicos y arrogantes dirigentes de saco y corbata que sólo vemos a través de la televisión. La representación debe ser la del pueblo mismo, en vivo y en directo.

Para finalizar quisiera mostrar, el hipismo en el que hemos convertido esta fecha de orgullo patriótico. Sin ánimos de ofender o deshonorar y mucho menos asumir como burla, haré una pequeña explicación de cuál es el punto al que quiero llegar.

**“¡MÁS COLOMBIA! ¡MÁS COLOMBIA!
¡MÁS COLOMBIA!”**

El sol hoy brilla más.
Más de lo que somos
hoy vamos a dar.

Para construir
un país más unido
una Colombia que brille más.

Más de mi tierra,
más identidad.
Más grande se hace el orgullo
en cada palpitar.

Más Colombia,
más de mi País.
Más quiero vivirme

(Participaron Carlos Vives, Andrés Cepeda, Maía, María Cecilia Botero, Cecilia ‘Chechi’ Baena, Humberto Dorado, Silvia Tcherassi y, por supuesto, el omnipresente Jorge Celedón)

Esto es considerado himno oficial del Bicentenario del día de la Independencia; himno de la vaciedad, que nos muestra el desarrollo como un cuento de hadas, un país lleno de amor, felicidad, sonrisas y paz. Un país en el cual podemos estar seguros y contagiados de *las buenas vibras* que se respiran en la atmósfera nacional; cada una de nuestras ciudades están invadidas por la ola de carteles anuncios y actos que nos invitan a estar dichosos por estos 200 años, a sentirnos los hombres y mujeres más orgullosos del planeta por haber nacido en suelo colombiano. El gobierno, mientras tanto, se preocupa más por campañas publicitarias que atraigan a turistas y extranjeros, para que vean esa fachada bien pintada que oculta el patio de la miseria; gente amable y bonita venida de otras latitudes invitados a acompañarnos en la celebración de este otro tipo de Independencia y que en realidad oculta la otra cara de la moneda o la siempre oculta cara de la luna.

Para la historia oficial es urgente mostrar que Colombia es un Disneylandia Latinoamericano donde existen puestos y puertas para todos sin importar clases sociales o etnias, sin importar género o condición social. Esta historia oficial no puede admitir otra realidad que de ninguna forma es colombiana. Porque la historia maniqueizada, entiende el crimen organizado, las mafias del narcotráfico, el narco-paramilitarismo, la narco-política, en fin la pobreza delictógena, como situaciones indeseadas, opuestas a la realidad, a los hombres y mujeres que finalmente hacen parte oficial y legal de la sociedad del bien, considerados ejemplos de superación personal y ejemplos a seguir para nuestros jóvenes. En realidad Colombia es la politiquería, el clientelismo, el frentenacionalismo, la ley del más fuerte, del más déspota; el terreno de la indignidad, del desempleo, la miseria, la delincuencia infantil, la discriminación, la pobreza, el desplazamiento, los grupos al margen de la ley, el desempleo, la privatización, etc. lo otro, lo que aparece en ese himno de la vaciedad y en esta celebración intrascendente, es la excepción.

Es por eso que por medio de este pequeño escrito he querido plantear la disyuntiva que cada una de las personas demócratas de este país debe asumir como replanteamiento de lo que verdaderamente significa para Colombia la celebración del Bicentenario: es un hecho fiestero de iniciativa economicista, intrascendente y tergiversante; pero que de verdad debe ser un punto de partida para pensar lo que se ha hecho por el país o, mejor dicho, para pensar lo que hemos hecho y debemos hacer por llevar esta sociedad a un futuro de plenitud, con carácter de posibilidad, con carácter realizable. Pensemos por un momento ¿Qué ha logrado Colombia en estos casi 200 años? ¡Ahora sí, a actuar!

Bicentenario de la independencia de Colombia

Eylen Yanina Terán Martínez*

En la conmemoración de los 200 años de nuestra proclamada Independencia, el 20 de julio de 1810, me surgen algunas inquietudes que nunca he logrado resolver del todo.

Recuerdo mi profesora de historia, (no recuerdo su nombre), pero si aquel disfraz que llevaba consigo puesto el día de la celebración de nuestra Independencia, de la que yo también participaba con algunos otros compañeros de tercero de primaria. Mi abuela me prestó el florero de su casa, era un florero bien extraño y de color azul púrpura. Le dije un día antes a la maestra: “Profe, ¿no importa el color?” “no, no importa”, dijo ella, “lo importante es que recordemos esa fecha tan especial”.

¿Qué tan especial es esta fecha para mí? Me pregunto hoy en día. En esa época, en mi niñez, era muy divertido ver como simulaban los sucesos del Pantano de Vargas, ver los disfraces de Simón Bolívar, Antonio Nariño, Francisco de Paula Santander, en general, nuestros héroes de la patria, que tanta admiración despertaban en nosotros. De hecho esas imágenes pasaron a ser parte regocijante de nuestra niñez. Escuchar de la voz de la maestra las luchas y guerras que fueron necesarias para conseguir la tan anhelada independencia de la Corona Española se ha hecho parte importante de nosotros. Incluso, ha trascendido tanto que ahora, a partir de esos hechos independentistas podemos decir que somos colombianos.

*. Estudiante del programa de Contaduría

Sólo hasta los 11 años entendí qué era la independencia, fue cuando empecé a leer un diccionario que mi papá me había regalado, tenía muchas figuras, y entre ellas: “El florero de Llorente”. Allí estaba la definición; entonces comprendí qué era la Libertad: no depender de otro país.

Me pregunté: ¿era necesario tanta sangre vertida? ¿Por qué a los seres humanos nos cuesta tanto desprendernos de lo que no es nuestro? Evidente paradoja que nos lanza a reflexionar sobre el hecho de que aún somos extraños en nuestra tierra y que tanta sangre vertida, tal vez en medio del despilfarro innecesario de la vida, ha sido infructuosa si pensamos en la vaguedad de lo que significa Independencia hoy para nosotros como colombianos, como latinoamericanos.

Lo empecé a entender con los años. Mi tía solía decir: “Después lo comprenderás: imagina, ahora que eres pequeña, lo que es para ti una gran pared. Luego, a medida que vas creciendo, podrás ir viendo qué hay del otro lado”. Y me ha costado comprender muchas cosas, no porque no crecí lo suficiente, sino por lo que he visto del otro lado.

El afán por el poder es una de ellas, donde “el todo vale”. Aquí la inocencia es un defecto y el cinismo es un exceso. Los más indefensos, que curiosamente son la mayoría, sufren por su inocencia. Los cínicos sufren por alcanzarlo. Es el origen de muchos conflictos sociales y de casi todas las guerras. Todos llevamos dentro un deseo de poder, en el trabajo, en la familia, en la política; deseo que muchos debemos y podemos morigerar, en aras de la convivencia pacífica. Pero otros, diríamos minoría cínica, ambiciosa y despiadada, acompañándose del inconformismo, caen en esta dinámica que les lleva a desear más y más; ámbito propicio para la corrupción. Esto en sí parece ser cada vez menos perverso y más elogiable en un mundo que se ha proclamado de iniciativa competitiva. No obstante, la diferencia la enmarca el tipo de prioridades que sobrepone el bien y los intereses comunes a los particulares y ante lo cual es necesario plantearse ante lo que quieres interrogantes del tipo, qué es lo que quieres, cómo lo obtienes y a quién perjudica o beneficia lo que quieres.

Al llegar a América cada grupo conquistador tenía unos intereses particulares, que afectaron a la población más para mal que para bien, historia que hemos escuchado una y otra vez. La Corona Española se apoderó de nuestros tesoros y nos sometieron a su yugo. Pero como todo tiene un límite en esta vida, llega el momento en que algunos inconformes pensaron y dijeron consignas del tipo: “las cosas tienen que cambiar, debemos hacernos valer”. “No es más que exigir que se respeten nuestros derechos”.

Será que hoy nos falta valentía para continuar expresando y haciendo efectiva nuestra inconformidad actual, urgente; como dicen en mi tierra, “las agallas” para enfrentar con entereza a esos hambrientos de poder, de reclamarles lo que nos pertenece y que con cinismo se han robado. Esa es la palabra, ¿no?; robado, porque eso es lo que hicieron, y que lamentablemente siguen haciendo.

Cerca de mi tierra natal, Cartagena de Indias, se encuentra una población llamada San Basilio de Palenque, allí viven las palenqueras que se pasean por las playas, vendiendo dulces, alegría, cocadas, caballitos..., esta es considerada como la primera población libre de toda América. Estos negros valientes liderados por Benkos, esclavo traído de África, huyeron y se proclamaron: libres del yugo español. Digno de admirar.

Siempre, a lo largo de la historia han surgido los superhéroes. De ellos nace un gran ideal patriótico y un ideal de independencia muy fuerte. Muchos criollos sentían un gran descontento por las autoridades españolas, sentían malestar hacia ellos. No fue suficiente que Manuela Beltrán rompiera el edicto.

Campeños, indígenas y mestizos se sublevaron luego de que el gobierno español no cumpliera con las capitulaciones que se habían firmado, para dar ciertas preferencias hacia ellos. Terminaron presos, por hacer este tipo de manifestaciones, reclamaban que se cumpliera la “ley”. Estaban escritas, pero eran solo de papel, como muchos otros decretos hoy día.

Intento de dignidad, pues, el de los Comuneros, sin embargo, “sus cabezas, manos y pies fueron expuestas en estacas en las plazas públicas de la capital virreinal y en los pueblos más activos de la rebelión. Sus descendientes fueron declarados infames, todos sus bienes confiscados y sus hogares destruidos y regados con sal.”⁶⁷ Con todo, la revolución comunera es el inicio ya de la penosa marcha del pueblo colombiano en procura de los derechos: económicos, políticos, culturales y sociales. Una situación que no cesa de reclamarse nuestros días. O quizás la historia se repite...

Como los españoles no darían su brazo a torcer, a las buenas o a las malas, poco después nuestros héroes independentistas, movidos por unos intereses particulares de clase pero que tuvieron la virtud de hacerlos aparecer como deseo de libertad general, dieron el gran paso hacia la independencia del yugo español.

67. Restrepo, José Manuel (1974), *Historia de la revolución de la República de Colombia*. Medellín: Editorial Bedout.

Dicen que fue el 20 de julio de 1810 el primer grito de independencia, otros dicen que fue mucho antes. Cada quien cuenta la historia como le conviene. Lo que sí es cierto es que se necesitaron muchos años de cruentas batallas para alcanzar la “victoria”, aceptando en este sentido que lo que realmente tuvimos fue muchas independencias de la independencia.

Pero, ¿quiénes se liberaron? Los esclavos siguieron siendo esclavos, los nativos seguían desapareciendo, las tierras pasaron de mano de los españoles a manos de los grandes terratenientes criollos. Así se inició la historia de la inequidad de la tierra en nuestro país, y también del dinero.

Se necesitaron muchos años de reformas constitucionales para reconocer los derechos y deberes de los ciudadanos, hasta llegar a nuestra actual carta magna: La Constitución Política de Colombia de 1991. La cual, al igual que los comuneros, nos ha correspondido defender a punta de participación: protestas, sufragios, huelgas, paros y manifestaciones.

Aunque estamos independizados, aún guardamos la mala herencia de la clase de personas que enviaron a conquistar nuestras tierras: egoísmo, violencia, injusticia y resentimiento. Pareciera que estamos obligados a repetir la historia, esta herencia nos condena.

Sin embargo, estoy segura que se puede cambiar nuestra sociedad, creo que cualquier cambio positivo debe empezar por el individuo como primer paso para despertar nuestra conciencia colectiva; cambiar nuestras relaciones con nuestros compatriotas, respetar la vida, la nuestra y la de los demás. Cambiar nuestro sistema de valores, cómo hacer las cosas, nuestra forma de actuar y pensar. Y por último, recordar que lo más valioso no es lo que tenemos materialmente, sino ese inmenso potencial espiritual y moral que rige el cómo vivimos y lo que hacemos día a día.

Un encuentro con Bolívar

Ricardo Andrés Urrutia Vivas*

Un viajero no sería un mejor viajero si conociera sobre la historia de la región que visitara, por ejemplo Colombia. Quien recorra nuestra tierra, más si somos nosotros mismos, debe inquietarse por saber por qué tanto conflicto entre los mismos colombianos, si tenemos un país que podríamos catalogar como el más hermoso y generoso del mundo. Tal vez por eso precisamente es la lucha.

En el devenir reciente de nuestro país han pasado más de 50 años de conflictivos contrastes que registran memorias y olvidos, sufrimientos y plenitudes, luchas y consensos, sinsabores y esperanzas. Pero por muy trágico y doloroso que sea este devenir, realmente ha valido la pena tantos combates entre nosotros mismos; cómo se puede olvidar el sentido de un recorrido histórico que se encuentra plasmado cada vez que lo recordamos, porque la historia que dice haberse ya establecido, depende de nosotros cambiarla. Pero no es fácil. Tenemos que hacer valer esta postura que llamo de posibilidad. Así, recordar la historia, ponderar la historia, reflexionar la historia, es importante para no cometer los errores que cometimos.

Ahora, un misterioso viajero del tiempo me inquieta:

Viajando por el mundo escuchando voces de fuentes claras, viendo la verdura del prado con olores a flores diversas y estando en Colombia un país de ilusión y fantasía, conocí la historia, historia que con dolor y muertes plasmó un letrado y que con valentía y hombres con liderazgo, poder y convicción, puede transformarse.⁶⁸

* Estudiante de la Facultad de Psicología

¿Pero qué razones podría darme un ser que es un nómada para decir que podría cambiarse la historia, cuando ni siquiera puede venir a constatar la actual historia que se está escribiendo de mi país, cuando no convive con mi gente y no puede cuestionar algo que no ha vivido?

Sí, conozco lo suficiente, porque estuve al principio de todo esto; pero con las razones que me estás dando voy a responder tu pregunta: sé que el obtener el vigor para enfrentar la problemáticas de un país no es fácil, jamás pensaría eso, pero te puedo decir que cuando uno puede transmitir lo que quiere con las razones suficientes para enfrentar lo que se acerca, puede obtener grandes resultados; además si te confieso que a pesar de no haber estado en Colombia en los últimos años, hace alrededor de doscientos lo estuve, aunque, confieso, no hice lo suficiente o no intuí bien la unión y convicción que debía lograrse.

¿Cómo puedo llegar a aportar y a transmitir nuevas esperanzas si lo que ha logrado la minoría poderosa es traer pobreza, ruina, desolación y hambre como parte casi que sustancial y razón de ser para la mayoría de las gentes?; ¿cómo poder arrancar algo que ya se vuelve casi que necesario? ¿Cómo llegar y acabar de un momento a otro una guerra que nos ha tenido atados hace tanto tiempo y ya se vuelve conciencia militarista? Condición guerrerista entonces que ha servido de soporte para que la ruina y los desequilibrios económicos y sociales conduzcan a que los ricos sean más ricos y los pobres más pobres.

Sí, entiendo que la queja sea paño de lágrimas y arma de la impotencia; pero si eres consciente de todo, por qué no realizas algo para empezar el cambio, además si te llena de tanto rencor el saber lo que está pasando en tu país por qué sigues apoyando la quietud, la inacción, las falsas ideologías del éxito individual; por qué dejar triunfar hoy la barbarie; por qué elegir el continuismo, acción u omisión. El hecho de estar callado te hace un cómplice.

Sabes que tienes razón, el buscar una solución a veces nos causa tanta dificultad que preferimos callarnos y quejarnos a escondidas, pienso que si veo cual es la realidad de mi país, por qué no ver qué hacer; ¡sí, ya sé! Me cuesta trabajo ponerme a pensar si me está afectando, porque no es sólo el hecho de decir si están bien o mal las cosas. Es necesario avanzar hacia el hecho de preguntarme qué estoy haciendo para mejorarlas y luego actuar.

Sabes a veces debemos reflexionar y poner a funcionar los pensamientos; sé que Colombia ha sido un país que ha enfrentado guerras y pérdidas constantemente; pero si te pones a analizar todas estas situaciones o la gran mayoría, verás que han sido ocasionadas por nosotros mismos. Por qué no ver más allá del sueño bolivariano, que aunque es difícil de lograr es un pensamiento de grandeza, unión y fraternidad; mientras no veamos que todos podemos aportar para una gran alianza, una integración, vamos a seguir perdiendo, porque en la dura faena del individualismo y la desunión, es más poderoso el mal que el bien y se ve reflejado diariamente.

Sí, estas palabras sólo pueden venir de un Libertador. ¡ Bolívar, gracias!

Extensión plegada y ancha, compleja y hermosa.

Plena y fragmentada, irrealizable y promisoría.

¡Oh Gran Colombia!, tu destrucción ha sido nuestra destrucción.

Y ahora, este viajero del tiempo, Libertador noctámbulo,

Viene de nuevo a ayudarnos a hilvanar

el hilo de la unidad.

A pesar que su muerte tu muerte ha sido

Y su dolor de entraña tu desgarramiento,

Hoy su sempiterna actualidad es tu resurrección.

En cuanto a mí, este encuentro de vigor me llena.

De bríos y entusiasmos, no tanto por lo que

Constatamos como realidad,

sino por lo que potencialmente está para lograrse.

Y aún creyendo que la historia vaya de mal en peor,

Sé que la noche es más oscura

en la antesala del amanecer.

Mi mano, cada mano, jalonan lo que habrá de ser.

Para que la nación vuelva a tener una sola voz,

Un solo esfuerzo, un solo canto de esperanza,

Recojamos las voces sabias del pasado,

Que nos aconsejan escribir a una sola mano la historia,

para que la historia no se repita.

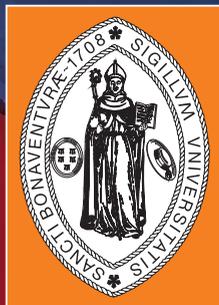
Ahora el mundo podrá saber y reconocer

Lo que un pequeño gran hombre vislumbró,
En su sueño temprano, sueño bolivariano de unidad.

ISBN: 978-958-8436-48-7



9 789588 436487



**UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
SECCIONAL CALI**

La Umbria, carretera a Pance
PBX: 488 22 22 - 318 22 00 - Fax: 555 20 06
A.A. 7154 y 25162 - www.usbcali.edu.co